



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

Viernes 28 de Noviembre de 1873.

DIRECTOR.—D. EUSEBIO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: un real línea.—COMUNICADOS: á precios convencionales.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Villanueva, 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoyena, Benavides, Bueno, Borao, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco (Eu-ebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernández Cuesta, Ferrer del Río, Figuerola, Figuerola (Augusto Suarez de), Forteza, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Feliu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olozaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (G.), Rodriguez (D. J.), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sauromá, Serrano Alcazar, Sellés, Sa Martín, Frucha, Tubino, Varela, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por J. A. y L.—Los antiguos y modernos vascongados, por D. A. Cánovas del Castillo.—No hay mal que por bien no venga, por D. Eduardo Bustillo.—A la marina, por D. José Ricart y Giralt.—Teatro de Shakespeare, por D. Leopoldo Augusto de Cueto.—Proceso del general Bazaine.—El teatro de Apolo por F.—Bibliografía, por D. Ramon Rodriguez Correa.—Sueños, Reclamos y Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Cuando ponemos mano á nuestra tarea quincenal, siempre lo hacemos agobiados por los inmensos males que afligen á nuestra nacion, tanto mas debilitada cuanto mas se prolonga este período de trastornos políticos; solo la esperanza de mejores noticias, nos da ánimos para enumerar las presentes.

Una serie tal de luchas, agitaciones y revueltas anonadaria al espíritu mas fuerte, si á través de tan hondas desgracias no se columbase un lisongero porvenir; solamente cuando desimpresionándose del mal efecto que produce el verdadero caos que nos envuelve, se fija una mirada investigadora en la historia, en cuyas páginas hay tantos ejemplos de desastrosas crisis y sangrientas revoluciones, es cuando se cobran nuevos bríos, porque á través de estas espesas nieblas se divisa á la humanidad siempre marchando en su eterno progreso hácia la realizacion de su ideal.

No pretendemos probar con esto que a fatalidad sola ha de salvar al país; si en cualquier época de la vida de los pueblos, es indispensable un gobierno activo, inteligente y moral que dirija la marcha de los negocios públicos, lo es tanto más en estos períodos de efervescencia social y política para atenuar el mal y poner mas pronto dique á las corrientes revolucionarias.

Esto es precisamente lo que se propuso y está llevando á cabo el actual Gabinete; para ello cuenta con el leal apoyo de todos los hombres sensatos, que ajenos á las luchas políticas no se inspiran sino en el bienestar moral y material del país, y con la adhesión de todos los elementos de orden que en momentos supremos deben sacrificar sus intereses de partido á los intereses nacionales; pero no es dable coronar tamaña empresa, si á más de este apoyo no hay en las esferas del poder unidad de miras y de pensamiento á fin de que no pueda haber ni aun el menor asomo de división.

Por eso desde nuestra Revista nos colocamos del lado de aquella parte de la

prensa que, adiestrada con una larga experiencia, sabe lo fútiles que son las malhadadas coaliciones; porque aun supiese por un momento y despues de un gran esfuerzo de imaginacion, que empiece como posible unidad de miras en elementos tan encontrados como en nuestra patria existen, seria dejar por resuelta la cuestion; es necesario estar ciegos para no ver que de un agregado tan heterogéneo habia de surgir más tarde ó más temprano un nuevo semillero de discordias de peores consecuencias tal vez que el que se trata de combatir.

No sueñen, por tanto, los autores del llamado *Gobierno nacional* con llevar á la práctica su descabellado pensamiento, si, como suponemos, les queda un resto de patriotismo y no son sordos á la voz de la razon y al grito unánime de la opinion pública.

Por otra parte, no creemos que seria aventurado suponer que en las difíciles circunstancias porque atravesamos, no cabe caminar con mas aplomo, no caben tampoco muchos mayores adelantos.

Colocad sobre el poder á un gobierno amenazado por dos distintas insurrecciones en el territorio y otra antigua y tenaz en sus provincias ultramarinas, asediado por doscientas banderías políticas, sin crédito, sin apoyo, con ejército escaso, y éste indisciplinado, y veamos si en el corto tiempo que lleva de duracion puede conseguir mas de lo que éste ha conseguido: castigar las insurrecciones, devolver la confianza, afianzar el crédito, estrechar las amistades, aumentar el ejército y restablecer la disciplina.

No hay que forjarse ilusiones: en teoria se busca en seguida dinero, se levanta ejército, se adquiere armamento, se hacen excelentes planes de campaña, se vence al enemigo y se consolida al país; pero en la práctica, se tocan multitud de dificultades que solo á fuerza de talento, energía, tacto, tiempo, constancia y buen acierto se pueden llegar á vencer.

Los asuntos marchan con toda la rapidez que cabe en tan especiales circunstancias y con toda la lentitud posible si solo se atiende á la natural impaciencia y al buen deseo que á todos nos anima.

Las operaciones militares contra los carlistas han dado como hasta aquí un resultado favorable á nuestras tropas, si bien ningun encuentro de importancia se ha librado.—En Navarra, donde mas temor ofrecian las facciones, ha decaído considerablemente el espíritu de éstas, merced á la actividad y buen acierto de los bravos generales encargados de las columnas; por el Maestrazgo es donde han tomado ahora algun

incremento, intentando un ataque formar sobre Morella, cuyo sitio abandonaron á la noticia de la aproximacion de fuerzas del ejército.

Cartagena, debilitada por sus continuas luchas, sigue, sin embargo, en su formal propósito de resistir; ampliamente facultado el general en jefe del ejército sitiador ha hecho grandes aprestos de ataque y levantado formidables trabajos de fortificacion, montando gruesos cañones de mucho alcance; sin que hayan podido estorbarlo las frecuentes salidas de los sitiados, cuyo resultado, siempre desfavorable, solo les ha proporcionado ver mermadas sus ya reducidas fuerzas por los certeros disparos de nuestra artillería. Por último, noticias posteriores nos han hecho saber que se habia roto sobre la plaza un fuego formal, lanzando por largas horas, y con gran acierto sobre los sitios principales, proyectiles que han conseguido apagar sus fuegos, introduciendo el pánico en la poblacion.

En vista de esto, no será atrevido creer que su resistencia será corta; y una vez pacificada esta desgarradora lucha, el Gobierno podrá fijar toda su preferente atencion en la guerra contra los carlistas, mengna de la civilizacion y del progreso.

Un lance inesperado y que guarda alguna relacion con la cuestion de Cartagena ha tenido por algun tiempo intranquilos á nuestros pacíficos vecinos. Parece ser que con motivo de ciertos gritos subversivos en favor de los cantonales, lanzados por algunos de los individuos que daban la guardia del reten en la Plaza Mayor, el Gobierno tuvo á bien acordar su suspension. Esta medida prudente, tanto mas cuanto que con el nuevo reglamento orgánico de la milicia nacional habia de reorganizarse ésta en breve término bajo nuevas bases, alarmó, no obstante, á los milicianos que por de pronto se pusieron en movimiento, llenándose de grupos la Plaza Mayor hasta hora avanzada de la noche del día 17 y durante el día 18. Hubo diferentes pareceres sobre la conducta que con este motivo habian de adoptar, reinando la consiguiente alarma, esto unido á una detonacion producida por un disparo casual de carabina, produjo algunas corridas; el Gobierno velaba en tanto por el orden, hasta que la prudencia del sensato pueblo de Madrid y los saludables consejos de los comandantes de los batallones pudieron más que las excitaciones de los revoltosos, é inspirados aquellos en un sentimiento patriótico acordaron, para dar fin á este desagradable incidente, conducir á las casas consistoriales las banderas que existian en el Principal, cerrando este, sin otro percance que algunos silbidos de las bulliciosas turbas.

Nuestros asuntos de Ultramar, si bien marchan favorablemente, han dado de sí una cuestion que ha podido ser de consecuencias y cuya importancia ha tenido ocupada la atencion pública durante la pasada quincena, con motivo del apresamiento del vapor *Virginus*, de que dimos cuenta á nuestros lectores.

Como la tripulacion del mencionado vapor se componia en parte de súbditos ingleses y Norte-americanos, algunos de los cuales fueron inmediatamente pasados por las armas por las autoridades militares de nuestra Antilla, segun los tratados sobre declaracion de piratería, concertados con nuestra nacion, se pidieron explicaciones sobre el hecho á nuestro Gobierno, quien, á la verdad respondiendo más á los sentimientos de humanidad, que á la bárbara ley de represalias que preside á todos los actos de esa sangrienta guerra, habia mandado acto continuo suspender las ejecuciones, noticia que no pudo llegar á su debido tiempo, por una interrupcion del cable.

La actitud al parecer levantada de los Estados Unidos alarmó como es consiguiente el espíritu independiente y digno de nuestro pátrio suelo y bien pronto por medio de la prensa significó su firme adhesión al Gobierno, cuya conducta prudente y mesurada no podia inspirar ningun recelo en la presente ocasion.

Los filibusteros han tratado de cundir falsas noticias y trabajan por indisponer los ánimos; pero en la ilustracion del pueblo Norte-Americano y en la sensatez del Gobierno inglés favorablemente dispuesto á las leales explicaciones de nuestro Gobierno no puede haber sino una transaccion honrosa y razonable.

Así que el aspecto serio y alarmante que aparentó tener esta cuestion en un principio va siendo cada día mas favorable, pudiéndose hoy asegurar, en vista de las francas declaraciones que han mediado por una y otra parte, que terminará en breve de una manera amistosa.

Con referencia á noticias de la corte Pontificia, se sabe que el Papa ha autorizado el nombramiento del Obispo de Urgel para Vicario general castrense del ejército carlista; los papas cuya perniciosa influencia en los asuntos de Europa fué en tiempo de tan funestas consecuencias, sirviendo siempre de obstáculo á la libertad, quieren aun hoy en que solo les resta la influencia espiritual, desacreditar ésta, mezclándola en asuntos y luchas políticas á que tan ageno debe estar siempre el padre de los fieles.

Esto debe de servir de leccion al Gobierno para que no guarde mas mira-

mientos á quien trabajando por cuenta propia para el bien de su causa, que no es la de la libertad, añade combustible á la hoguera de la rebelion, y rompa de una vez, en cuanto sea posible, todo vínculo que dentro del Estado le una con la Iglesia, germen de tantos males.

En Francia se sigue agitando la cuestion sobre prórroga de poderes al general MacMahon, la minoría rectificando el dictamen de la comision acerca de la proposicion de Mr. Ghanganier quiere que la prórroga no sea sino por cinco años y que no tenga efecto hasta despues de promulgadas las leyes, acordándose en su consecuencia la disolucion de la Asamblea, convocando una constituyente.

La derecha pide la inmediata prórroga de poderes por diez años, eligiendo, despues de planteada esta, la comision constitucional.

Este debate ha quedado al fin zanjado en favor de la mayoría con la modificacion ligerísima de prolongar el poder por siete años y nombrar tres días despues de constituido este una comision de treinta miembros para el exámen de las leyes constitucionales.

Obligados á dar fin á nuestra revista solo nos resta indicar á nuestros lectores ó seala cuestion de orden va, como se desprende de los anteriores apuntes, ganando terreno, y en breve podrá el Gobierno, desembarazado de uno de sus mayores obstáculos, enviar los necesarios refuerzos á Ultramar y hacer que las operaciones contra los carlistas tomen un movimiento mas activo.

J. A. y L.

LOS ANTIGUOS Y MODERNOS VASCONGADOS,

su origen y sosiego secular y su situacion é inquietudes actuales, á propósito del libro del ilustrísimo Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer intitulado: *Los vascongados, su país, su lengua y el príncipe L. L. Bonaparte*, con notas, ilustracion y comprobantes, etc.

II.

Allá en otros tiempos cuando la lingüística y la filología comparada todavía no alcanzaban el dictado ambicioso de ciencias, nuestros historiadores, llevados como de la mano, por la recta razon y la verdad revelada, resolvian este árduo problema del origen del vascuence sin muy grande esfuerzo. No hallándole parecido con ninguna otra lengua, resueltamente afirmaron que era de las originarias y primitivas del humano linaje; y no solo esto, sino que el insigne Estéban de Garibay, la declaró ya, en términos concretos, una de las setenta y dos de la dispersion del mundo. Fué Garibay de los primeros que en el decimosesto siglo inclinaron la atencion de varones graves hácia el fenómeno, poco ménos que inadvertido hasta allí de su nativa lengua, persuadiendo á muchos, segun refiere él mismo, no ya solo de que fué ella la primera que se hablase en España (1), sino de que los que la hablaban, derechamente descendian de Armenia y Caldea, desde donde en compañías numerosas los trajo por mar á España el famosísimo Tubal. Ha sido acusado, y no sin razon, Garibay de tener por las cosas de su país, verdaderas ó falsas, algun flaco; pero en esto de reputar primitiva lengua al vascuence ó euscara, habia sido ya precedido por el arzobispo D. Rodrigo, el cual lo hizo accidentalmente, y como cosa que de puro sabida se podía callar sin ningun riesgo.

Pero lo cierto es que ni en el juicio de D. Rodrigo, ni en la lengua misma sobre que recayó paraba mientes ningun sabio, cuando Garibay reivindicó para ella tan ilustre abolengo; opinion bien pronto compartida por muchos, y entre otros, por el sapientísimo P. Moret, que sin más ni más declaró tambien al vascuence no tan solo «lengua matriz» sino una «de las setenta y dos de Babel» (2). Llegó el estudio de esta cuestion hasta Méjico, donde Baltasar de Echaue, dió á luz en 1607 sus raros *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra vascon-*

(1) *Compendio historial de España*, lib. IV y en especial el capítulo V.

(2) *Investigaciones históricas de las antigüedades del reino de Navarra*, Pamplona 1665, lib. I, capítulo V.

gada; y á decir verdad, los que la hablan, no han dejado ya más esta cuestion de la mano. Cuando hácia fines del décimo sétimo siglo, y el primer tercio del siguiente, reverdecieron lozanamente en España los estudios criticos, cobraron tambien mayor vuelo que hasta allí trajeran los relativos á esta lengua y gente vascongada, tomando ya en ellos no escasa parte los hijos de otras provincias de España.

No es, ciertamente, mi intento repetir aquí lo mucho y bueno que la obra del señor Rodríguez Ferrer contiene acerca de la bibliografía vascongada, ni siquiera aumentarla ó completarla con lo que en ella pudiera hacer falta.

Por de pronto, dejaré á un lado los escritores de Francia, donde tambien los ha habido insignes, como por ejemplo, Arnaldo de Oihenart, el cual dió á luz en 1638 su grande obra intitulada *Notitia utriusque Vasconia*, y en 1657 su coleccion de proverbios y poesias. Tampoco haré aquí mencion alguna de aquellos autores nuestros, que solamente han escrito sobre puntos de la gramática euscara, ó impreso libros en idioma vascuence. Limitaréme á hablar de los que han tratado del origen de los vascos y de su lengua, porque de eso y nada más estoy discutiendo ahora.

Ni aun el oculto germen de credulidad que Baily y Voltaire, más ó ménos directamente sembraron en la critica española del décimo octavo siglo, pudo echar por el suelo la grande hipótesis bíblica sobre aquella, oscuro problema formado por Garibay y Moret. Un autor célebre en aquel siglo, y todavía estimado de los que le conocen, aunque ménos que á mi juicio merece, D. Francisco Javier de Garma, disertó nuevamente y con bastante amplitud sobre la lengua euscara en su *Teatro universal de España* (1), pretendiendo dejar fuera de duda, en virtud de cuatro demostraciones racionales, que era *conjeturable, con la mayor congruencia*, ser ella una de tantas entre las setenta y dos consabidas.

Y casi á la par que Garma que publicó en 1738 su obra, dió á luz el Padre Larramendi (1720 á 1745) su disertacion *De la antigüedad y universalidad del vascuence en España*, su gramática intitulada *El imposible vencido*, su *Discurso histórico sobre la Cantabria*, y su *Diccionario trilingüe* (2); obras todas apreciabilísimas, y algunas de las cuales van alcanzando enormes precios, merced á su estimacion y rareza, y á la poca esmerada reimpresion de ellas hecha modernamente. Da la palma á Larramendi, entre todos cuantos vascos han tratado de su propio idioma, el abate Darrigol, que él mismo pasa por ser el más discreto y sabio de los que sobre esto han escrito del lado allá de los Pirineos, en una Memoria anónima celebradísima, y justamente coronada por el Instituto francés (3). Larramendi opinaba, en sustancia, lo mismo que Garibay y Moret, por lo que hace al carácter primitivo del vascuence; y reparando, cual estos autores, y mucho más recientemente Guillermo Humboldt, en el gran número de nombres geográficos de origen vasco que ha habido y hay en la Península, dedujo de ello, que el uso de aquel idioma fué universal por el continente español, en edades remotas.

Confirmó, por último, tales juicios (que tiempo es ya de suspender las citas) el presbítero D. Pablo Pedro de Astarloa, en su Apología de la lengua vascongada, diciendo, no sin discreta mesura, que, si bien la opinion de que la lengua vascongada se hubiese formado en la confusion de ellas referida por Moisés, no podía justificarse positivamente, debia juzgarse como verdadera, en buena filosofía, hasta que no hubiera certeza de lo contrario; ni más ni ménos que aquella otraracional conjetura, hermana gemela de la anterior, de que fuesen los antepasados de los vascos primitivos habitantes de España (4). Astarloa es escritor

(1) Tomo I, cap. XXII.

(2) La primera edicion del primero de estos escritos se publicó sin fecha en Salamanca antes de 1728, fecha de la segunda edicion.

(3) *Dissertation critique et apologetique sur la langue basque, par un Ecclesiastique du Diocésis de Bayonne*.—Nota del prefacio.

(4) *Apología de la lengua vascongada*. Madrid, Jerónimo Ortega, 1803, páginas 261 á 269.

bastante estimado, no solamente en España, sino en Francia; y dió muestras de no escaso saber en su propia lengua euscara, y otras muchas clásicas y bárbaras, al refutar con patriótica vehemencia la extraña opinion apuntada en el artículo *Navarra* del Diccionario geográfico-histórico de la real Academia de la Historia, de que el vascuence no debió tener forma ni consistencia de lengua particular hasta el siglo VII «debiendo de haber empezado á introducirse á mediados del siglo VIII,» para figurar sus naturales total independencia del extranjero.»

La hipótesis que Traggia, autor de aquel artículo, impugnaba, es sin duda más racional y verosímil que esa arbitraria suposicion de que *el poco de aire articulado*, en que supuso el docto académico que consisten todas las lenguas, y por tanto la euscara, se formase, así, como por aluvion, ó de un modo convencional, y en tiempos recientes. Ni la antigüedad remota, ni la singularidad entre todos los idiomas del vascuence, ni siquiera su carácter primitivo, son cosas en que ya quepan formales dudas. Donde únicamente cabian en tiempo de Fraggia, y caben aun seguramente, es en la hipótesis de su origen bíblico, y el fundamento de ella estriba para los más en la certeza de la venida á España de Tubal. Por eso el P. Isla, que se encolerizaba á la sola idea de que se omitiera en las historias semejante viaje, resumió con destreza aquel debate en estas palabras un tanto desenfadadas indudablemente: «Lo cierto es que Tubal trajo á España alguna lengua, porque ni él ni sus compañeros eran mudos; que de este achaque adolecieron poco los que asistieron al soberbio edificio de Babel» (1). Y dada la venida de Tubal no era, en verdad, temeraria la consecuencia.

Sé muy bien, y sin el menor esfuerzo confieso, todo cuanto hay de cándido en semejante critica, y lo mucho que se presta á la ironía involuntaria que tales razonamientos suelen provocar hoy día. Quizá no estoy yo mismo tan exento de ello como quisiera. Pero la verdad es, que tambien se cometen hoy frecuentes y enormes errores de critica, por no separar con esmero lo que es accidental ó aparente de lo que constituye el fondo real é íntimo en las cosas. Piénsese lo que se quiera, tocante á algunas de las partes de aquella antigua hipótesis, no por eso es ménos cierto, que lo que encierra de bueno para la historia, todavía vive y anda por el mundo, aunque algo mudado de traje. Ni se ha de pensar que sea solo tal hipótesis de origen español, ó de usanza vascongada únicamente; que es europea tambien, y muy moderna. No há muchos años que el abate D'Iharce de Bidassouet, bien que tímidamente indicó en Francia, que pudiera muy bien ser el vascuence el idioma que Dios hablase en el Paraiso terrenal. Por extravagante que á tal extremo llevada parezca, todavía muestra esa hipótesis mejor espíritu científico, que el famoso médico y filólogo Julio César Scaliger ó Scaligero (autor por cierto de la primera grande obra escrita sobre los fenómenos lingüísticos), demostrara cuando, pecando por el contrario extremo, resumió un día su juicio sobre el habla de los vascos, de esta suerte: «Dicen que ellos se entienden, mas yo no lo creo.»

Pero conviene saber, que no son como el abate D'Iharce, ni aun como Scaligero, los que suelen hoy tratar estas materias; y que no falta entre los más doctos y graves, quien realmente encuentre en el euscara conexiones con el hebreo y señales evidentes de influencia bíblica.

Ya el insigne abate Darrigol observó y estableció con su circunspeccion ordinaria, ciertos hechos y relaciones no desatendibles entre el vascuence y la lengua de Abraham, ó sea el antiguo caldeo. Pues en nuestros propios días, el docto vascófilo M. Francisco Michel, que nada tiene de crédulo, al parecer, confirma y confiesa en una obra muy estimada, que pocas lenguas hay, si alguna existe, cuyo *vocabulario conserve tanto el sello de la tradicion bíblica* (2).

(1) *Compendio de la Historia de España*, primera parte.

(2) *Le pais basque, par Francisque Michel*. Paris, 1859, núm. 2.^o

Por otra parte, desde los ya lejanos días en que Oihenart dió á luz sus obras diversas hasta cuatro años há, que es la fecha que tiene el libro de M. D. J. Garat, intitulado, *Origine des basques de France et d'Espagne* (1); nunca han dejado de aparecer, de vez en cuando, libros encaminados á demostrar los vínculos del idioma vascuence con el fenicio, que lo propio que el caldeo, el cananeo y púnico, era dialecto hermano del hebraico. Sabido es por demás que San Jerónimo y San Agustín afirmaron el íntimo parentesco de esos dialectos con el hebreo, allá en tiempos en que era mucho más fácil que hoy sea probarlo; y nuestro ilustre Perez Bayer demostró la verdad del aserto de aquellos santos sapientísimos en una disertacion bien conocida de todos, aunque no sea más que por la régia magnificencia con que está impresa.

Pero bueno es que conste que la moderna critica confirma tambien la opinion de los santos referidos y del ilustre colaborador de D. Gabriel de Borbon. Limitándome á lo más reciente, recordaré ahora que, á propósito de un libro del profesor Tiele de Leyden, acaba de publicar M. Albert de Reville un erudito trabajo, en el cual, apoyándose en las investigaciones de aquel sabio, afirma expresamente que los fenicios eran de la misma raza, y hasta cierto punto hablaban idéntica lengua que los israelitas, siendo probabilísimo que otro tanto aconteciese á los cananeos (2). La venida de Tharsis á las costas meridionales de España, la fundacion de Cádiz, por los fenicios, son tambien hechos que los señores Tiele y Reville admiten como otros sabios modernos y sin el menor escrúpulo, ni más ni ménos que los admitieran los historiadores antiguos de España.

Por desacreditada, pues, que esté hoy en día la venida de Tubal á España, como reconoce el Sr. Yanguas Miranda, gran conocedor de las cosas de Pamplona y aun de las de todos los vascos (los cuales en tiempos de Garibay eran todavía unos con los habitantes de aquella ciudad y su término), el caso es, que los hechos capitales en que cimentaron nuestros historiadores su hipótesis bíblica, están todavía en pié como se ha visto. Nada pierde tal hipótesis de su valor histórico y profano aunque con el moderno M. Garat (3) se suponga que, en los vascos de Francia y de España, está sin alteracion representada en la raza monotheista de Sem, opuesta á la pagana de Jafet; y que, desde Fenicia y las regiones á Fenicia vecinas, vino la gente vasca á formar el cuerpo de nacion que todavía existe en los Pirineos occidentales (4). Ninguna region más vecina de la Fenicia que la que el pueblo de Dios habitara; y, dado el supuesto de Garat, facilísimo es explicar despues la existencia de nociones ó ideas bíblicas, que Darrigol y Michel han señalado en el idioma euscara, y lo que hay de primitivo y hasta de *genesíaco*, al decir de esos propios autores y algunos sabios españoles, en la semana vascongada. Todo eso pudo muy fácilmente transmitirse del fenicio al vascuence. Y en resolucion nadie negará ya esto, á saber; que entre españoles y franceses, teólogos y lingüistas, antiguos y modernos autores, son grandes la calidad y el número de los testimonios que deponen en favor del estrecho parentesco de los vascos con ciertas tribus antiquísimas, hebreas, caldeas ó fenicias, las cuales debieron, en tal supuesto, arrojarse intrépidas al Mediterráneo con sus amosas naves, y dar fondo en las costas españolas de Levante ó Mediodía, como si dijéramos en Cádiz ó Tarragona, extendiéndose luego á su placer por toda la Península y llegando hasta descubrir los valles y laderas de los Pirineos occidentales; donde, maltratados al fin por la beleidosa fortuna, tomaron quizá asilo, y fundaron esos que todavía alli vemos honrados y libres y de ordinario pacíficos lugares.

Contraria á esta es, sin embargo, la

(1) Paris, 1869.

(2) Véase *La Revue des deux Mondes* del 15 de Mayo de 1873.

(3) Hubo otro de su nombre, que anteriormente sostuvo en Francia una opinion muy semejante.

(4) *Origine des basques de France et d'Espagne*, pag. 237 y 238.

opinión generalmente admitida por los escritores modernos. «Era, dice, por ejemplo, mi buen amigo y colega el señor Fernandez Guerra, idioma de los vascos el euscara (1) que á ninguno de los de Europa se asemeja ni se asemeja» y partiendo de este hecho fundamental é incontrovertible, afirma luego: primero, que los términos boreales de nuestra Península, desde el cabo de Finisterre hasta la desembocadura del Vidasoa y arranque de los Pirineos fueron en la más remota edad asiento de aquellas tribus *jaféticas* un tiempo acampadas entre la Colquide, la Armenia y la Albania, las cuales se decían *iberas*, esto es, *ribereñas* en oposición á las *celtas ó montañosas*: segundo, que una misma cosa es raza vasca ó ibera primitiva (2). Por donde se vé que este diligentísimo autor, el más perito á mi juicio de cuantos han estudiado la geografía antigua de España, tiene á los vascos por de raza *jafética*, no semítica, considerando la venida á España de la gente ibera ó vasca y de la céltica, como una irrupción ó invasión terrestre, casi idéntica á la que en tiempos ya bien conocidos, dió fin al imperio de Roma y comienzo á la monarquía visigoda.

Otro escritor nacional que comparte en el punto en cuestión las opiniones del Sr. Fernandez Guerra, ha dicho muy recientemente, en los *Recuerdos de la villa de Laredo* (3) que es «venerable resto el vascuence de la primitiva lengua ibérica; dialecto *tártaro*, perteneciente á la familia de las lenguas de aglutinación, que hablan aun más de medio millón de españoles en el espacio comprendido entre el Ebro y el golfo de Vizcaya, dividido en tres ramas, el *labortano*, el *vizcaino* y el *guipuzcoano*; eslabon evidente por sus analogías con las lenguas americanas, entre estas familias y la úgrico-tártaras (4). Y tal es, con efecto la opinión de M. Maury en su obra intitulada *La terre et l'homme*; el cual dice asimismo del vascuence, que es «anillo que junta las lenguas americanas con las úgrico-tártaras.» confirmándolo en su concepto, «muchas particularidades comunes entre el dicho vascuence y otros varios idiomas hablados, desde el Norte de Suecia hasta los últimos términos del Kamchatka, y desde Hungría al Japon.

Pero esta opinión que nunca ha andado tan desvalida, cual otras, no necesita por eso mismo que la exponga yo aquí extensamente. Se bastan y se sobran los que la sostienen, para ponerla en alto punto, enalteciendo los fundamentos en que se apoya. Ni fuera propia de un trabajo de la índole del mio, la pretension de agotar la materia. Pero no he de callar, con todo, que entre los que niegan, y no sin desden á las veces, el origen semítico de la lengua vasca, convencidos de que fué *jafética* la raza que la habló primeramente, reina una singular discordancia de juicios. Guillermo Humboldt, por ejemplo, que tanta importancia dió al euscara en Europa, cada dia imaginaba hallar en él mayores afinidades con el griego, sin poder convencer por eso á nadie de la autenticidad de sus hallazgos, y el infatigable vascófilo Agustín Chaho ha expuesto luego, con no mejor éxito, otras pretendidas semejanzas del sanscrito y la lengua euscara.

Francia, Alemania, Inglaterra, desentendiéndose por completo de la hipótesis bíblica, ó más bien semítica, han multiplicado durante estos años últimos sus trabajos puramente racionalistas y críticos, y con marcada predilección al origen *jafético* del euscara; pero ni en las actuales lenguas de América, ni en las del Asia ni en las del Norte de Europa, pudieron hasta aquí hallar positivos datos para resolver satisfactoriamente este problema, segun lo demuestra el señor Rodriguez Ferrer en su libro. España misma ha puesto su piedra y muy bien labrada en esta obra comun, por medio del distinguido lingüista D. Francisco García Ayuso; mas sin mejor fortuna.

Este modesto escritor que en su clasificación general coloca al vascuence, lado

(1) La Academia Española ha adoptado después euscara en lugar de eúskaro, y por eso lo escribo ya de aquel modo.

(2) *El Libro de Santoña*, páginas 13, 18 y 21.

(3) Madrid, 1873.

(4) Anglo-tártaras dice el texto, más debe ser yerro de imprenta.

por lado de los idiomas americanos, formando con ellos el grupo intitulado *lenguas de intercalación*, que no es sino una subdivisión hecha para mayor claridad, en el antiguo grupo de las *aglutinantes, ural-altaicas ó tartáricas*; expone luego su juicio particular del modo que sigue. Lenguas hay aisladas dice, «que no presentan afinidad verdadera ó conocida con familia alguna, como el *vascuence ó vascuence* (1). Si pusiéramos aquí *participación por afinidad*, la sentencia del nuevo juez, después de un pleito tan largo, sería del todo idéntica á la que dió de plano Garibay; y lo es en el fondo de todas suertes. Creo que la última vez que científicamente se haya tratado del vascuence, sea en el mes de Setiembre del corriente año, con ocasión del Congreso de orientistas convocado en París.

Uno de sus más reputados miembros, monsieur Chavé, ha demostrado allí concluyentemente, segun dicen, que la familia de las lenguas de *aglutinación*, á que se pensaba que pertenecía el vascuence, ni siquiera existe en realidad. Esa forma de expresar las relaciones gramaticales por medio de elementos distintos de la raíz con que se unen, ya como prefijos, ya como afijos, quedando invariables la raíz y ellos igualmente, hasta aquí característica del grupo particular de las llamadas lenguas *aglutinantes*, corresponde, segun M. Chavé, á una edad ó periodo de vida, necesario y pasajero, por donde ha tenido que pasar todo idioma. Después de destruir así hasta el grupo fundamental en que estaba englobada, trató especialmente M. Chavé de la lengua euscara; mas para separarla del modo más terminante de las familias turánica, mongola y filandica, con las cuales se trataba últimamente de identificarla. «Y no basta y sobra con lo dicho, para hacer incontestable la proposición al principio asentada, de que lo único que se sabe aquí de cierto es que nada se sabe?»

III.

La geografía bastante insegura tambien, pero no tanto como la lingüística ni la historia de los tiempos primitivos, es la que en realidad enseña cuanto se conoce con alguna certeza de los primeros *euscara* ó *vascuence*. Después de largas y doctas controversias, de que no he de hablar sino ligerisimamente, por lo mismo que tanto me he detenido en el filológico y étnico, hánse esclarecido y determinado por fin cierto número de verdades geográficas, que bastan á dar seguro punto de partida. Nombré antes ya al jesuita Larramendi, con toda la estimación y respeto que sin duda merece: mas fuerza es confesar tambien, que en esto de la geografía, ni el sutil arte escolástico, ni el ingenio agudísimo, ni el profundo saber filológico, de que tan claras muestras diera en su *Diccionario* y en su *Gramática*, bastaron á sacarle con bien de los malos pasos en que le metía su exagerado y mal entendido patriotismo vascuence. Verdad es que hubo de habérselas mano á mano con un contendiente de implacable y avasalladora crítica, con el inmortal padre maestro Enrique Flores.

No quiso este sagacísimo varon entrar en la cuestión de origen de la lengua euscara, ni se curó siquiera de si era ó no una con la cántabra, porque, segun lecia, con llaneza, «no entendía ni la una ni la otra.» Mas por lo que hace á la cuestión geográfica, no ya solo venció al P. Larramendi, sino tambien al padre Henao (á quien ya hubiera citado antes, si me hubiera propuesto ó fuera aquí posible citar á todos los autores que lo merecen); y aun cabe decir que, de antemano, cerró el paso á cuantos, llevados de igual precaución, quisieran seguir la infundada opinión de los primitivos historiadores españoles, que extendían hasta los Pirineos la Cantabria, incluyendo por tanto en ella nuestras provincias vascas. El debate larguísimo y reñido, pienso yo que lo ha cerrado para siempre el Sr. Fernandez Guerra, al exponer en exactísimos términos, que lo que en puridad poseían los cántabros era, «la marina que corre de Villaviciosa á Laredo y lo mediterráneo limitado por

(1) García Ayuso, *El estudio de la Alogia en su relacion con el sanscrito*. Madrid 1871, cap. v.

las guájaras de Covadonga y Liébana, fuentes del Carrion, Buenavista, en las márgenes del Valdavia, confluencia del río Fresno ú de Amaya, con Pisuegra; y desde la antigua Móreca hasta el río de Agüera, occidental á Castrourdiales» (1).

Desde Castrourdiales á Bilbao, comenzaban, sin duda alguna, los autrigones, segun los caristos, luego los vándulos, y por último, los vascos ó montañeses del Pirineo, es decir, los que poblaban ya desde Pasajes, Fuenterrabia, Irún y el valle de Oyarzun para arriba: antepasados diferentes de los actuales vizcainos, alaveses, guipuzcoanos y navarros españoles, todos los cuales, segun el P. Flores, «bajaban mucho del Norte al Mediodía,» penetrando por unos lados más, por otros menos, en el interior de la Península. Tal es en suma el sistema geográfico expuesto por el P. Flores, respecto á la extensión de la Cantabria, confirmado por el P. Risco, en lo tocante á los límites vascos, y sustentado por Llorente en los primeros años de este siglo; sistema que deberá su perfección al Sr. Fernandez Guerra en nuestros dias. No difieren los juicios de los críticos franceses de los de aquellos críticos españoles en la materia. M. Cenac de Moncaut, por no citar otros, en su moderna y extensa obra sobre los Pirineos (2), reputa á los vascos españoles por tronco y progenie de los vascos franceses; y explica este parentesco, diciendo á poco más ó menos, que la irrupción céltica, de todos los historiadores admitida y que quince ó diez y seis siglos antes de Cristo, penetró en España por las fronteras pirenaicas más vecinas al Mediterráneo, obligó á los iberos á cejar hácia el Pirineo oceánico, desde donde se fueron dilatando hasta topar con los cántabros, los cuales pusieron ya un dique á su inundación, obligándolos á contentarse con el abrigo de los fragosos montes que se alzan en las modernas provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, ó á pasar del otro lado á los vertientes septentrionales de la gran cordillera, como con efecto pasaron muchos, ocupando y poblando la Aquitania. Por donde se vé que tambien para este autor la Cantabria estuvo siempre de todo punto separada del territorio que poblaron las antiquísimas tribus iberas; teniendo solo por tales á autrigones, caristos y vándulos. Todo lo cual está muy conforme con lo que tengo yo tambien por más averiguado y verdadero, después de leer y releer como tantos otros, los cien y cien veces citados, copiados, traducidos y comentados textos de Tholomeo y Estrabon, de Plinio y Pomponio Mela.

IV.

No aceptan esta conclusión, los más de los escritores vascuences todavía; y por una razón muy singular, principalmente. Quieren que sus antepasados fueran unos con los cántabros, por presentarlos como indóciles, belicosos y ferocísimos, segun fueron, á no dudar, los naturales de la Cantabria antigua. Pero la historia, mucho más clara ya, desde la época romana, que en los anteriores tiempos, donde no se ofrecen por lo comun sino hechos conjeturables, y admirablemente manejada por el Padre Flores, se niega á complacerles en semejante pretension. Al uno y otro extremo de la montuosa faja de tierra que corre entre el Nervion y el Vidasoa, ni más ni menos que ahora dividida en tres distintos pueblos, autrigones, caristos y vándulos, sin contar los vascos que, comenzando no lejos de San Sebastian, cual ya he dicho, ocupaban los Pirineos occidentales, oyóse con frecuencia el rumor infausto de la guerra, durante los largos siglos que precedieron á la edad moderna, ora por causa de los cántabros, ora por causa de los celtíberos, á las veces cogidos con los vascos de la parte del Arga y Pamplona; pero lo que es del territorio que realmente forma el *Irurac-bat*, ó sean las tres provincias hermanas, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, apenas hallan ocasión de hablar, hasta los últimos siglos, la historia universal,

(1) *El Libro de Santoña*, pág. 18. Véanse tambien *La Cantábrica* del P. Flores y el tomo 32 de *La España Sagrada*, en el cual fijó el P. Risco los límites de la Vasconia.

(2) *Histoire des Pyrénées et des rapports internationaux de la France avec l'Espagne*. Paris, 1853. Parte 1.ª, capítulo 1.ª

ni la historia patria. Y si es cierto que los pueblos sin historia son felices, como alguien ha dicho, por tales han de tenerse á los vascuence durante siglos y siglos.

La gente que Augusto venciera para cerrar el templo de Jano, no fué otra que la cántabra. Lejos de tener por objeto sus armas reprimir ó subyugar á los habitantes de la actual Vizcaya, esgrimieron en auxilio de estos, ó sea de los autrigones sus antepasados, á los cuales molestaban é insultaban los vecinos cántabros constantemente. Los vizcainos fueron entonces de los vencedores, no de los vencidos. Caido el imperio romano, sobrevinieron largas guerras entre los vascos de Pamplona, y su término hácia la Celtiberia con los visigodos: guerras comenzadas en los dias de Eurico, y que solo tuvieron término cuando Taric-ben-zeyad y sus bereberes andaban ya dentro de España; dado que los historiadores árabes afirman que la noticia del desembarco de ellos le alcanzó al rey Rodrigo guerreado en las vecindades de Pamplona. Recaredo, para dominar á los *vascones*, con quienes tambien guerreó mucho, se coligó con los francos de la Galia Narbonense, lo cual muestra por sí solo que se trataba de reducir habitantes de la Navarra oriental y el Alto Aragon, no de Guipúzcoa, ni alaveses, ni vizcainos.

La confederación vascona, que llegó por entonces á tener cierta importancia, para visigodos y francos, estuvo constituida con las gentes de Dax y Oloron, por la parte de Francia, y con la de aquella parte de los Pirineos, que por nuestro lado corresponde á dichos lugares franceses, Sisebuto y Swintila pelearon asimismo con la gente vascona en los llanos de Alava y la Rioja, sin penetrar, ni intentarlo siquiera, en el interior de las montañas vascuence. La marcha del último de los citados reyes á Pamplona, para cortar desde allí la retirada de sus contrarios, mientras que ellos se señoreaban triunfalmente de las riberas llanas del Ebro, demuestra que hacían sus irrupciones desde Pamplona hácia el lado de Levante; siendo su punto extremo de retirada Pamplona; y que sus huestes se componían de celtíberos y vascos orientales únicamente. Por lo que hace á la famosa rebelión contra Wamba, que él tan gloriosamente reprimiera, capitaneada por aquel traidor duque Paulo que se tituló *rey del Este*, no cabe duda que tuvo su principal asiento en la Septimania francesa y en los Pirineos catalanes, decidiéndose la contienda en los muros de Narbona y en los montes del Rosellon y la Cerdania (1).

Para concluir: el territorio comprendido entre los términos de Pamplona, Logroño y Zaragoza, los Pirineos aragoneses y catalanes, y alguna vez que otra los llanos de Alava, donde los cántabros y celtíberos, fácilmente hacían incursiones, lo mismo que los vascos orientales, fueron el teatro constante de aquellas confusas luchas; nunca el antiguo territorio de los autrigones, caristos y vándulos, ni siquiera el de los vascos que habitaban entre el Urumea y el Arga, y que hasta los tiempos de Garibay hablaron el vascuence, como lo hablan en gran parte todavía. Lo cual quiere decir, que en la region donde más viva ardió la pasada, y arde más viva la presente guerra civil (que no es posible que me hagan olvidar los sucesos antiquísimos que hasta aquí he recordado), tampoco se conoció el furor bélico, sino de nombre, hasta la época visigoda; ó, cuando más, por la escasa participación que pudo tener la gente autrigona, carista y vándula, y la que realmente tuvo la vascona en el cómputo de las legiones romanas, y por la que algunos aventureros vándulos tomaran después, ayudando contra visigodos y francos á los vascos limitrofes.

Los mismos árabes no consta que pelesen en otras tierras que las que por aquellos siglos comenzaban á llevar el nombre de Alava, y en los términos de Pamplona, segun se ve por las primitivas relaciones de Ajar Machmúa que dió á luz Lafuente Alcántara. Y si es indudable que faltan reliquias de dioses olímpicos, de aras y templos romanos

(1) Véase todo esto ampliamente narrado en la obra de M. Cenac de Moncaut, antes citada, *Histoire des Pyrénées*, etc., etc.

en el suelo vascongado, probabilísimo es asimismo, que ni montones de huesos de guerreros extraños, ni viejas armas rotas se encuentran jamás en sus frondosos montes. Marte penetró todavía menos que Júpiter y los otros falsos dioses, en aquella región de España, sin duda alguna; que no siempre en vano brindó ella con el amor y la paz.

V.

Nadie piense, no obstante, que con esto que digo tienda á negar el notorio y esforzado valor de la gente euscara en la guerra. ¡Ah! no por cierto. Lo que hay es que las tierras conocidas bajo el nombre de Vascongadas, estuvieron, á mi parecer, mucho más cubiertas de bosque que hoy en día, en los tiempos antiguos, hasta el punto de ser casi impenetrables. Sin cultivo sus valles angostos, azotados por innumerables y libres torrentes las laderas de sus sucesivas é interminables montañas, no dando abrigo á las vides, ni calor á las espigas de trigo los fríos y húmedos huecos de sus rocas, muy pobres y muy pocos debieron ser sus antiguos habitantes.

Si aquellos valles murados por los troncos añosos de hayas y robles, ó aquellas rias cenagosas, las hubieran juzgado á propósito los romanos para los bienes ó los gozos de la vida, viéranse todavía allí los simulacros de sus dioses y los escombros de sus templos; que lo primero que donde quiera llevan los hombres, son sus altares y sus dioses, y más si estos hombres son conquistadores y gobernantes. Allí donde dentro y fuera de España vivieron los romanos realmente, tropiézase á cada paso con sus monumentos, y esto ya se sabe por demás que no acontece en las Provincias Vascongadas. No há mucho que el señor don José Amador de los Ríos ha estudiado especialmente las antigüedades vascas (1), confirmando con su acostumbrado acierto y profundo saber en tales materias, esta verdad conocida de antiguo. En aquellas exigüas y pobres naciones, que poblaban las tres provincias hermanas, apenas dejaron los romanos otros monumentos que las monedas que gastaban en el escaso tráfico de las costas; y alguno que otro de piedra en los llanos de Alava, ó por uno y otro lado de la gran vía militar que iba de Astorga á Burdeos.

A nuestros vascongados nadie los envidiaba entonces; y encerrados ellos, en tanto, entre los feroces cántabros y los poco menos inquietos y potentes celtiberos, sin necesidad ni codicia, ni fuerzas bastantes para salir de sus montes y conquistar y ocupar la tierra llana, porque hasta los caballos, indispensables en las algaradas, debían faltarles para tales empresas, tampoco estaban bien hallados sino con la paz. De aquí que los austríacos dieran fácil paso por sus campos, á las legiones de Augusto, á fin de que más cómodamente sujetase y aquietase la Cantábrica. Por eso mismo se les vé luego constantemente sosegados, sin atraer á sus valles y costas; en las frecuentes guerras que originó la caída del imperio romano, ni á los ejércitos de Swintila, ni á los del activo y esforzado Wamba, que ningún obstáculo fué bastante á refrenar en sus marchas militares. De Swintila se dice que corrió la costa hasta el Pirineo con sus armas; mas esto probablemente se limitase á una expedición marítima, que obtendría fácil acatamiento de los pescadores humildes, guarecidos en aquellos llamados puertos, á poco más ó menos situados donde hoy Bermeo, Lequeitio, Deva ó Fuenterrabía.

A ser los iberos ó vascos y no los celtiberos y vascones ó navarros occidentales, los que con frecuencia bajaban á robar el llano de Alava y las riberas castellanas y aragonesas del Ebro, no se detuvieron los monarcas visigodos delante de sus montañas, ni dejaron de visitar sus rios y valles, como no los contuvieron los Pirineos más altos, para perseguir por sus cumbres catalanas, aragonesas y francesas, á cuantos desconocían é insultaban su autoridad. Quien hoy repare en la situación topográfica de las poblaciones vascongadas y recuerde al propio tiempo la que tienen

las de Cataluña, Andalucía y otras regiones montañosas de España, á la simple Vista se hará cargo de que se edificaron en estas últimas partes, contando siempre con la guerra y sin contar para nada con ella en Alava, Vizcaya y Guipúzcoa. No debían, no, de esperar á los visigodos, ni á los moros, sus vencedores, los que abrieron en los valles más hondos y á orillas de rios constantemente vadeables, los cimientos de las actuales villas y aldeas vascongadas, cuando tan fácil les era hacerlas inexpugnables, sin otro muro que la fragosidad de sus montes. Y con efecto, no solo no se guerreó allí con romanos ni visigodos, sino que tampoco tomaron tan á pecho los pastores y pescadores vascos, cuanto los moradores de otras regiones más pobladas y ricas, y más cultas, sin duda, la independencia política, que ellos de hecho conservaban siempre entre sus breñas; por lo cual tampoco figuran los vascos en la heroica empresa de Iñigo Arista y Pelayo.

Debían de vivir entonces como antes, y todavía siglos después, en un pasivo pero inflexible aislamiento, de que sus costumbres dan aun idea. Historiadores hay, y M. Cenac de Moncaut es de ellos, que piensan, que ni siquiera el cristianismo penetró en sus montañas durante la época visigoda; y lo cierto es que en el alto Aragón y en Asturias y hasta en medio de Castilla, por ejemplo, en Baños, todavía quedan iglesias cristianas, anteriores á la invasión sarracénica, de la cual no hay reliquia en las provincias vascas. No menos faltan allí los visigodos altares que los romanos. Los toscos sarcófagos de Elorrio son cristianos y muy antiguos seguramente; pero no hay en ellos que les impida pertenecer al primero y no al segundo tercio del siglo octavo, es decir, al tiempo en que los sacerdotes y los fieles fagitivos del gran valle del Ebro buscaron por allí seguro asilo.

Mientras aquellas pacíficas tribus iberas vivían así apartadas de todo esterno influjo, y sin entender por lo común á los beligerantes, ni ser por ellos comprendidos, reyes, caudillos, naciones enteras, pasaban al pie de sus montañas sin hacer alto, curándose poquisimo de tal gente y de la tierra, inhospitalaria á la sazón que la habitara.

Concibese bien que ni romanos ni visigodos, ni árabes, ni siquiera los primeros reyes cristianos, experimentaran la menor tentación de acampar allí, y penetrar con el hacha en la mano por aquellos bosques, para descuajarlos y robar á las rocas, que penosamente sustentan las raíces, algunos pies de tierra de sembradura, cuando tanta y tanta de sobra dejaban hácia el Ebro, y todavía más y mejor desde el Ebro hácia el Mediodía. Todo les faltaba, pues, á los vascos para tomar por oficio la guerra, sin contar con su escasa inclinación.

En resumen: jamás hubo, en mi concepto, verdadera independencia política en las provincias vascas, cual se ha pretendido y se pretende por sus naturales aun, porque ellas reconocieron sin dificultad por señores lo mismo á los romanos y visigodos, que á aquellos primeros cristianos que fundaron reinos en los montes contra la gente mora; jamás pensó nadie en oprimirlos y tiranizarlos tampoco, disputándoles sus estrechos y pedregosos predios, sus maderas, su pesca, ni siquiera el régimen de todo punto patriarcal, por el cual debían ya de gobernarse cuando apareció el feudalismo, y surgieron las monarquías ambiciosas de la Edad Media. Y si han conservado igualmente, desde entonces acá y al través de los siglos, su lengua, sus costumbres, la pureza de su raza ibera, es para mí la razón clarísima, y consiste, en que no han llamado tampoco á sí, ni con su poder, ni con sus riquezas, ni siquiera con su soberbia, el hierro implacable de los conquistadores.

Diré mas, y es, que si los vascongados hubieran sido tan indóciles como ahora parecen en todo tiempo, no ya solo habrían experimentado la mano dura de los conquistadores en siglos de opresión y bárbarie, sino que en la propia edad moderna, y bajo el cetro de la monarquía española, tampoco fueran lo felices que han sido: sufriendo sus privilegios suerte igual á los de Aragón, Cataluña y aun Navarra, que no son, por cierto, provincias escasas en constancia y valor. Ostentaron los vascongados la

ocupacion de algunas poblaciones guipuzcoanas por los franceses de la Regencia, hasta que andando el tiempo, estalló guerra formal entre Carlos IV y la primera república francesa.

No está escrita aun la historia de aquellas campañas, especialmente por lo que toca á la frontera vascongada, que de Cataluña hay mayores noticias; y dueleme muy de veras que no sea esta oportuna ocasión para escribirla con detenimiento. Sin embargo, es tal la importancia que para mí han tenido aquellos sucesos en las modernas relaciones de las provincias vascas con el resto de la nación, que no puedo menos de andar más despacio de aquí adelante, dilatando más que hasta el presente mi relato.

VI.

Debí á la generosidad de un buen amigo mio, hace algun tiempo, el más curioso expediente ó coleccion de papeles que imaginar quepa, relativo á las cosas de la guerra y de la paz, en las provincias vascas, durante el año de 1795. Contiene dicho expediente la correspondencia confidencial y original de D. Francisco de Zamora, alcalde que habia sido de Casa y Corte, y á la sazón asesor ó auditor general del ejército de Navarra y las Provincias Vascongadas, con D. Manuel Godoy, duque entonces de la Alcudia, así como las minutas originales de las respuestas del valido. Era Zamora hombre de confianza de este último, y una especie de comisario civil, no desemejante en atribuciones é importancia, á los que solían enviar á sus ejércitos, por aquel tiempo mismo, la república francesa. No parecia Zamora corto de luces, pero á las veces abrigaba muy singulares ideas, como, por ejemplo, cuando le comunicaba Godoy sus dudas de que conviniese vencer en batalla á los franceses, no fuera que herido el amor propio de ellos se hiciese más difícil la paz. Verdaderamente la paz era ya una aspiración común ya en España aquel año, ó por lo menos en sus regiones oficiales. Y con este motivo tengo que proclamar aquí una verdad que parecerá á muchos extraña, más la historia ha de ser inflexible en materia de verdad y exponer sin miedo cuanto lo sea, por mucho que hiera los sentimientos ó opiniones comunes.

Fuera cual fuese el origen del favor de Godoy, y dígame cuanto quiera de sus errores en otras cosas, la verdad es que toda su correspondencia demuestra una exaltación patriótica y un celo por la gloria de la nación, que estaba muy lejos de ser general entonces. Lo que hacia la paz indispensable era precisamente la indiferencia increíble con que se acabó por tomar una guerra, que fué, á no dudar, popularísima en los principios, aunque la resistiesen algunas personas previsoras ó secretamente amigas de las ideas revolucionarias. Sobrado de sentimientos, como dijo él mismo, y juzgando que sin fuerzas superiores no podía contener ya al enemigo, dejó el mando de aquel ejército su primer general Ventura Caro, sin querer volver á este, aunque luego se le llamara nuevamente. Tomó entonces el mando el conde de Colomera, que no pudo con efecto impedir que penetrasen los franceses hasta el Deva; y el gobierno de Madrid lo separó por lo tanto, fiando el ejército en la campaña de 1795, que debia ser la última, á D. Carlos Sangro, príncipe de Castelfranco. Era este general hombre de talento, según escribían los que le conocieron, y de intenciones excelentes; pero irresoluto y debilísimo de carácter, por lo que resulta de su correspondencia y de sus acciones.

Todo el mundo ha oído contar, ó leído con asombro en España, que durante aquella breve campaña de 1795 llegó el enemigo hasta el Ebro, amenazando el riñón de Castilla; pero nunca se ha intentado referir ó explicar con exactitud hasta ahora semejante suceso, á no ser en las *Memorias del Príncipe de la Paz*, donde se leen algunas pocas líneas de excusa. El redactor de aquellas *Memorias de D. Mariano José de Larra* (bien conocido por sus *Lecciones elementales de ortología y prosodia*), tan difuso por lo común, como quien cobraba por pliegos su trabajo, pecó aquí de sobrado conciso, si no es ya que las instrucciones

(1) *Revista de España*, tomos 20, 21 y 22.—Libros 80, 81, 83, 85 y 87.

benévolas del mismo Godoy contuvieron su pluma. Aunque sea imposible que lleve yo semejante vacío, no dejaré de dar idea clara de lo ocurrido.

Ello fué que, mientras deliberaban los generales españoles sobre lo que habrían de hacer, cuando la nueva campaña se abriera, é iniciaba y seguía secretamente Godoy los tratos de la apetecida paz, el general francés Moncey, que estaba ya libre de enfermos y esforzado, emprendió inopinadamente el 22 de Junio un rápido movimiento de avance, atacando los destacamentos de Ondárroa y Madariaga, que, á las órdenes del entonces brigadier Eguía, cubrían, con otros varios, la línea del Deva; logrando, con poco trabajo, forzar el paso del río, y establecerse en Marquina, Motrico y los altos vecinos.

Seis días después, entre el 28 y 29 de aquel mismo mes, el grueso de la división llamada de Guipúzcoa, que mandaba el teniente general D. José Simón de Crespo, fué atacado por Moncey en Villareal de Zumárraga; y no tan solo evacuaron los nuestros al punto aquella posición, sino que, disputando con flojedad la altura de Descarga, prosiguieron rápidamente su marcha retrógrada, temerosos sin duda, de que por las orillas del Deva, llegasen antes que ellos los franceses á Vergara, sin cesar la retirada hasta Mondragón, base de la segunda línea defensiva. Explicándole Castelfranco al ministro de la Guerra, conde del Campo de Alange, y á Godoy, en 3 de Julio, lo acontecido, decía que en su plan de campaña «defender á Pamplona era lo único que se proponía.» Para eso ocupaba como puntos avanzados el valle de Ulzama y Lecumberri, pretendiendo mantenerse desde allí en contacto incesante con Pamplona, y conservar también libres sus comunicaciones con la división de Crespo, especialmente encargada de defender á Guipúzcoa; la cual estaba extendida, cual hemos visto, nada menos que desde Villareal de Zumárraga hasta Elgoibar y Ondárroa, apoyándose algún tanto en los cuerpos voluntarios del país.

Al saber que aquella extensísima y faca línea estaba rota, cortado el vasto semicírculo que su ejército formaba delante de la frontera, interrumpidas sus comunicaciones con Crespo, y descubierto en virtud de la retirada súbita de éste su flanco izquierdo, tan solo la correspondencia que poseo puede dar clara idea, en verdad, del aturdimiento de Castelfranco y de los demás caudillos del ejército. Llamaron á toda prisa al togado Zamora, que estaba en Pamplona, para que los iluminara; y después de tres consejos de guerra y muchas deliberaciones parciales, se determinó abandonar también el punto avanzado de Lecumberri. Quedó así forzada toda la primera línea de Castelfranco, en una semana, y sin dispararse un cañonazo siquiera. Menos afortunado fué Moncey al querer tomar la nueva posición defensiva de Castelfranco, sobre Erize y el boquete de Ozquia, porque hubo allí un combate empeñado en que, si bien unos y otros se atribuyeron la victoria, quedaron al fin los nuestros sobre las posiciones que defendieron. Pero de todos modos, no pensó de allí adelante Castelfranco, sino en cubrir con los 25.000 hombres que le quedaban á Pamplona, en guarnecerla, librarla de bocas inútiles y disponer todo lo necesario para que sufriese un sitio. Por su parte la *Gaceta de Madrid*, de donde he tomado algunas de las noticias precedentes, no volvió á mentar la guerra, por aquel lado, hasta que tuvo ya que dar cuenta de la entrada de los franceses en Vitoria, sin la menor resistencia; de lo cual, y del abandono de las Provincias Vascongadas por Crespo, se anunció entonces un parte detallado que no llegó á ver la luz pública.

Tal silencio lo suple el *Moniteur Universel* del 6 de Agosto de 1795. Refiere en él Moncey, que su teniente Dessein con 4.500 hombres siguió el Deva arriba como tenía Crespo, entró sin pelear en Elgoibar, abandonado por Eguía, é inmediatamente marchó sobre Eibar, ocupado por los voluntarios vizcaínos, forzando fácilmente las defensas artilladas que cubrían aquel punto, y entrando asimismo, no más que veinticuatro horas después en Durango, donde se apoderó asimismo de artillería y almacenes de víveres. Fué así insostenible la posi-

ción de Crespo en Mondragón; el cual se encontró además súbitamente abandonado por los voluntarios vizcaínos, alaveses y el primer batallón guipuzcoano, que volvieron como llenos de pánico á sus casas. La división española, bien que reconcentrada ya, era por su número impotente para recobrar el terreno perdido, mas no para defender posiciones, si la hubieran ayudado las simpatías del país; y, sin embargo, no hizo más que iniciar una nueva retirada desde Mondragón hacia Vitoria. Por otro nuevo cuerpo de 4.500 franceses, salido de Irurzun, al mando del general Villot, había venido ya á juntarse con el de Dessein cerca de Salinas, por si Crespo quería mantener aquella posición; y, temiendo éste que le cortasen la retirada de Vitoria, resolvió encaminarse á Bilbao, donde él solo estuvo una noche, y entró Moncey al día siguiente, adelantando ya á este otras fuerzas hasta Vitoria.

En el interin que Moncey, desvanecido con sus fáciles triunfos, dividía de nuevo sus escasas tropas, enviando por una parte gruesos destacamentos hasta Puente de la Reina, y por otra, hasta Miranda de Ebro, Crespo continuó retirándose, y fuera ya del alcance del enemigo, siguió hasta Pancorbo, donde estaba el 23 de Julio. En un mes menos un día habían llegado, pues, los franceses desde la orilla derecha del Deva, por la parte en que este pequeño río entra en el mar, hasta la villa, y el castillo de Miranda de Ebro, que ocuparon. Fijo siempre Castelfranco en que él ninguna cosa mejor podía hacer que defender á Pamplona, mantúvose todo aquel tiempo inmóvil, sin saberse de él otra cosa sino que continuando allí á la defensiva, tuvo que sostener el 22 de Julio un nuevo y sangriento combate, honrosísimo aquella vez para nuestras tropas, que conservaron sus posiciones de Erice, junto al boquete de Ozquia y el río Arakil, y sobre el espacioso collado de Ollarregui, en la montaña de Andía. Aquel combate donde el valor del soldado español, hasta allí oscurecido por la irresolución y las malas disposiciones estratégicas de sus caudillos, resplandeció gloriosamente, y el intrépido entusiasmo con que los castellanos acudieron en armas á defender la ribera del Ebro, recuperando prestamente á Miranda, y ocasionando un descalabro á la confiada vanguardia francesa, fueron los hechos únicamente dignos de memoria de aquella triste campaña.

No cabe duda en mi concepto, que, ni aun con los 14.000 hombres que le suponía Moncey, y que quizá fueran menos, podía mantener incólume el general Crespo la dilatadísima línea que puso á su cuidado Castelfranco; sobre todo pensando este último, como pensaba, no abandonar el frente de Pamplona. Vigorosamente atado á un tiempo por los dos extremos de su propia línea, ningún otro recurso le quedaba á Crespo que una retirada más ó menos reñida, y más ó menos desastrosa. Cuando Crespo tuvo ya reunidas sus fuerzas entre Mondragón y Salinas, los vascongados, con cuyo eficaz auxilio debía contar, soltaron de repente las armas; y con los solos 7.000 hombres que, según el propio Moncey, le restaban, no era fácil que rechazara, ni aun contuviera ya al enemigo, superior en número, aunque pudiese disputar algo y mucho las formidables posiciones, que el país presenta. Harto menos comprensible es todavía que dejase Castelfranco disponer á Moncey, cuando le convino, de las tropas mismas con que amenazaba su línea y la plaza de Pamplona, sacándolas un día de Irurzun para operar contra Crespo sobre Salinas, y dirigiéndolas otro, para envolver al grueso del ejército español, sobre Puente de la Reina.

Y todo ello sin la facilidad de comunicaciones que ahora hay, pues los caminos, y más los buenos, todavía eran escasísimos en aquellas provincias. Pero con todo eso, y por más que errasen mucho los generales, nada hay tan censurable como la conducta de los naturales en aquella campaña, muy distinta realmente de la que hubo derecho á esperar de gentes que, si no servían en tiempo de paz á su patria, era á condición de servirla todos, sin excepción alguna, dado el caso de una guerra en la frontera. No se queja en sus partes Moncey de un solo correo detenido, de un solo

convoy asaltado, ni de que se defendiesen pueblos, si se exceptúa Eibar, militarmente ocupado, ni en suma, de resistencia popular de ninguna especie. Por el contrario, si la diputación de Navarra mostró poquísima voluntad para ayudar á la defensa de Pamplona y del reino, según escribían Castelfranco y Zamora, por su lado, Vizcaya y Alava consintieron facilísimamente en nombrar diputaciones nuevas, que tratasen con la república, por haber seguido las legítimas la suerte de nuestras armas. Y Moncey le escribió textualmente á su gobierno que «las poblaciones de Vizcaya y Alava habían recibido á sus soldados como á verdaderos hermanos y amigos, observándose que prestaban sus servicios con lealtad y franqueza.»

En cambio, so protesto de sus fueros, negaban cuanto podían á las tropas nacionales. Solo así, en verdad, se explica la marcha triunfal de los franceses desde muy poco lejos de San Sebastián hasta Miranda de Ebro, en menos de un mes, atravesando las formidables montañas y los desfiladeros, militarmente impracticables, que defienden todo aquel territorio fragosísimo, y con tanta sangre regado después, así extranjera como española. Castelfranco, al limitarse á cubrir á Pamplona, contaba solamente con que la división de Crespo, apoyada por el levantamiento general del país, bastaría para cerrar el paso á los franceses de aquel lado; y otro tanto hubo de pensar el ministerio de la Guerra, que de antemano aprobó su plan. Ni se le ocurrió acaso á nadie, que Moncey intentara y lograra llevar á cabo un movimiento tan imprudente como el de Miranda, dejando los 25.000 hombres del grueso de ejército español á su flanco izquierdo, y á sus espaldas tanto espacio de tierra, y de tierra tal, que el alzamiento en masa de los naturales podía hacer impracticable, si no la entrada la salida, en el caso de haber de tocar retirada.

No hay la menor duda que, sin contar con el país, el plan de defensa español era errado; y toda esperanza en su buen éxito infundada. Tampoco hay duda en que el ejército estuvo imprevisora y flojamente mandado. Pero, á pesar de todo eso, habría pagado muy caro Moncey el movimiento temerario que, con solo 9 ó 10.000 hombres, ejecutó su general de división Villot, hasta Miranda, si en 1795 hubieran respondido los vascongados al llamamiento nacional, como después en 1808, y sobre todo en 1813, respondieron. La propia suerte de Dupont le habría cabido á Villot, al menos, con algo que de su parte hubiera puesto Castelfranco; aun sin dejar el Ebro á las espaldas, que fué lo único que arredró á Moncey. La comparación de la conducta de los vascongados en las dos épocas citadas, quizá no parezca á primera vista indispensable, pero importa á mi objeto, según se verá más adelante.

VII.

Fué principalmente sostenida la campaña de 1813 por los voluntarios vascongados, aunque los apoyasen con vigor las fuerzas navales inglesas y el corto cuerpo de fuerzas regulares que mandaba el valeroso general Mendizabal. La base de operaciones de este y de los ingleses estaba en Castrourdiales.

El relato que voy á hacer de aquella campaña, es en el fondo el mismo que escribió Camilo Vacani, en su *Storia delle campagne e degli assedi degli italiani in Spagna* (1), libro el más imparcial é importante que hayan dado á luz los extranjeros sobre nuestra guerra de la independencia; y, por no entrar en sobrados pormenores, me limitaré á recordar lo más notable. Por largo plazo estorbaron los voluntarios de Guipúzcoa y Vizcaya la marcha de los franceses sobre Castrourdiales, amenazando intrépidamente á Bilbao, ya bien fortificado, y obligando á las tropas italianas á retirarse de la dicha plaza de Castrourdiales, que estaban embistiendo, no sin gran fatiga y pérdidas. Sostuvieron luego entre Ramales, Bárcena y Valmaseda un largo combate, no menos inútil que sangriento para los enemigos, los cuales se hallaban ya, según Vacani dice «con que cada monte que á gran cos-

(1) Milan 1823.

ta ganaban, venía á ser como una nueva estación, en lugar de la *mea* que buscaran.» Lo cual quiere decir que desde el principio hubo de luchar allí el enemigo extranjero con el sistema de guerra tan conocido ahora de nuestros militares.

Pero donde se vió ya una verdadera batalla entre los vascongados y los italo-franceses, fué en las alturas de Guernica y Munguía el 2 de Abril de 1813, mandando á los unos el general italiano Palombini, y á los otros Jáuregui, apellidado el *Pastor*, el cual disponía de unos 3.000 voluntarios contra igual ó superior número de enemigos. Vieron ya allí, según Vacani cuenta, los bravos batallones de Artola y Mugartegui volver caras á los temidos soldados napoleónicos; y no le costó poco á Palombini evitar que lo metieran por fuerza aquella tarde en sus retrincheramientos de Bilbao. Obligados los voluntarios á ceder en Navariz, tres días más tarde á un enemigo, reforzado ya, y siempre superior en organización y disciplina, asombraron no obstante á este con la rapidez y habilidad de sus marchas, señalándose sobre todos Mugartegui en su admirable retirada hasta Deva. Sin pérdidas importantes, reorganizáronse inmediatamente los demás batallones, á espaldas de sus mismos vencedores; y aun á corta distancia de Bilbao, pues el grueso se quedó como estaba entre Guernica y Munguía. Una semana después del último de estos combates, atacaron los imperiales en Azcoitia y sus inmediaciones á los guipuzcoanos, los cuales pelearon muy esforzadamente también, hasta cruzar, y por largo espacio, sus bayonetas con las de los contrarios.

Y en el entretanto, aquellos propios batallones vizcaínos, vencedores entre Munguía y Guernica, y obligados en Navariz á ceder, sin que hubiesen trascurrido sino solamente cinco días, tuvieron la increíble audacia de atacar á pecho desnudo á Bilbao, fortificada, artillada y bien guarnecida por los franceses. Si no les salió bien tamaño propósito, debióse acaso á la *anarquía del mando* que reinara en ellos, al decir de Vacani, allí presente. Era aquella lucha sobre penosísima, cada día más infructuosa para los imperiales, «por la singular agilidad de las tropas, dice Vacani, mediante la cual se libraban de padecer ningún desastre verdadero; y por la destreza y decisión de los paisanos, que, burlando sin cesar á los invasores, poderosamente ayudaban á los suyos á salir con bien del más mal paso.» No andaba el valor en zaga á la agilidad de los soldados ni á la heroica abnegación de todos los habitantes, sin distinción de edad ó sexo. El general francés Foy, que ha escrito las más sentidas páginas que nuestra guerra de la Independencia haya inspirado á los extranjeras, en sus incompletas pero bien conocidas *Memorias*; hombre de no menos valía, que en las asambleas, en los campos de batalla, llegó á todo esto á Bilbao con nuevas tropas, y se propuso, ansioso de gloria, sorprender á los batallones vizcaínos, dándoles un golpe que hiciera posible el sitio y toma de Castrourdiales.

Con efecto, á poco de amanecer el día 28 de Abril, cayó Foy en Ampuero sobre aquellos bisoños, mal instruidos y peor organizados batallones, cogiéndolos de improviso, como quería, aunque un poco más tarde que pensase, porque el guía de quien se fiara, lo engañó según costumbre. Lo que allí entonces pasó, dejáreselonarrar al propio Vacani para poner remate digno á este relato. «Vierais allí, cual vi yo con estos ojos (dice el Vacani textualmente) una pelea semejante á las más fieras que cuentan los historiadores antiguos, entre combatientes al arma blanca. Fué tan largo el empeño, y anduvo tan dudosa la victoria, que ya desesperaba Foy del buen resultado. Cogidos por los cabellos los vascongados á los italo-franceses, y sin valerse más que de sables y bayonetas, destrozábanse unos y otros, perdiendo á la par copiosa sangre, mas ni un solo palmo de tierra. Dos columnas lanzadas por Foy sobre aquel conglomerado de hombres, pudieron al fin y al cabo apartar á los más rabiosos combatientes, mientras que el grueso de las fuerzas se recogía y organizaba á uno y otro lado, procurando tomar posiciones ventajosas y como para ponerse á la defensiva ambos ejércitos.

Dió este caso la medida al general

francés de la bravura de los soldados de aquella parte de España; y le infundió hacia ellos un respeto de que andaba muy ajeno, cual suelen los oficiales jóvenes que desempeñan altos empleos. No fué seguido de otros el ataque de aquel día, bien que el primero quedase indeciso. Foy no quiso repetir la embestida por juzgarla inútil, y no bien llegada la tarde, se retiró hacia el valle de Trucios.» Hasta aquí Vacani; y acaso nació aquel día en Foy el entusiasmo que rebosa en sus *Memorias* por la causa española.

Terminó al fin aquella campaña por la toma de la villa de Castrourdiales vigorosamente defendida, y atacada por los franceses con mucha artillería y grandes fuerzas; pero los voluntarios vascongados no desmintieron el valor mostrado en Ampuero en lo que quedaba de guerra. Tales en legado el caso, como soldados, esos españoles de raza ibera, ajenos al oficio de las armas durante casi toda su vida histórica, y de ordinario pacíficos por temperamento y por costumbres. Aun en la misma guerra de la Independencia, donde tales proezas hicieron al cabo, anduvieron perezosos en tomar de veras las armas, siendo los últimos de los españoles que resueltamente se lanzaron al campo.

Pero en esta época cumplieron tan bien, como sin duda cumplieron mal allá en la guerra con la república francesa. Si Moncey encontrara la resistencia que Clauzel y Palombini, y se hallara en franceses tales como el de Ampuero, ¿habrían tenido que domar sus bríos los castellanos en Miranda de Ebro? Aunque me haya limitado últimamente á referir hechos sabidos y atestigüados por pluma extranjera, pareceme que de sobre he dado á entender, con el modo de contarlos, que está muy lejos de ser mi intento menoscabar en nada el lustre de la nobilísima raza vascongada. Pero la historia tiene el encargo de enseñar la vida, tal como ella es realmente, con sus días buenos y malos, con sus aciertos y errores, con sus acciones heroicas y sus flaquezas, ó malas tentaciones. Por eso se la ha apellidado justamente maestra de la vida; que en otro caso no fuera tal, sino cortesana humilde. Lo que tengo que referir ahora es ménos halagüeño todavía; y también tengo que decirlo, sin embargo, para poner del todo en claro ciertas cosas.

VIII.

Dije antes ya que la correspondencia de Godoy con Zamora demuestra de parte de este grande exaltación patriótica; y ahora debo añadir que algunas veces picaba en exageración y hasta en despecho. Los primeros arranques de su cólera descargaron naturalmente sobre los generales y el ejército. Para muestra, voy á copiar aquí al pie de la letra una de las mas curiosas de sus cartas, escrita el 6 de Julio de 1795, es decir, al saber la retirada de Crespo, y que cortado en dos nuestro ejército, se reducía el grueso de él á ir á cubrir á Pamplona. «Nadie puede engañarse menos que yo (decía) en los cálculos que hago (1) sobre la infelicidad de este reino; y sé que su existencia pende de la paz. No hay otro medio, amigo Zamora, así lo conozco; y en este supuesto me veo comprometido á firmar unos límites más estrechos que los que hasta aquí ha tenido señalados el Rey mi amo. Solo un ejército infiel; sola una turba de oficiales ignorantes, y una sola opinion infame, sobre la cual se apoya el honor de esos caballeros, pudieran haber sido móviles capaces á destruir los planes que tenía formados un ministro que se desvive por ponerlos á cubierto de sus maldades. A ese ejército deberá la España el sacrificio de una parte de sus fuerzas, la pérdida de las provincias y la degradación de la soberanía; pero el Rey hará justicia y jamás negará el premio.»

Siguen algunos puntos indiferentes y termina con esta postdata enérgica: «Todo partido es preferente á la inacción; toda consulta confunde y no ins-

(1) Enmiendo aquí la ortografía del valido, que la tenía bastante mala, aunque no tanto como el general en jefe Castelfranco que escribía *Guerra* por *Guerra*, ni peor que muchos de los hombres que militan y civilmente han figurado y figuran más en nuestros días.

truye; todo ataque trae sus ventajas; bien sean originadas por él mismo, ó bien por resultados del valor que se supone en el que busca al enemigo. Obre Sangro, y estará más seguro.» No hizo Sangro, caso de sus estímulos, y hubo que aceptar al fin la paz, no sin gran júbilo por cierto de la nación vecina, y del mismo gobierno republicano, según demuestran los periódicos franceses de la época, que he habido á las manos (1). Realmente la paz aquella estuvo lejos de ser desventajosa, dadas las circunstancias.

Pero es el caso que Zamora, en lugar de dar como solía en todo la razón á Godoy, tomó por su parte ahora un punto de vista muy distinto, echando principalmente la culpa del mal éxito de la guerra á las provincias Vascongadas. Copiaré aquí lo más notable de los documentos y cartas en que Zamora apoys su opinion sobre lo pasado, y expuso los graves proyectos futuros que le sugeria.

A 11 de Setiembre del referido año de 1795, escribió Zamora á Godoy diciéndole: «Aviso á V. E. para los fines que convenga: que el general Moncey, aprovechando la venida aquí de un oficial paisano de V., y muy confidente, nos ha avisado que tenía grandes y seguras inteligencias en la plaza de Pamplona, diciéndonos que, no siendo decente nombrar los sugetos, me hacia la siguiente graduación de sus apasionados para nuestro gobierno.

«Primero. Los navarros, y entre estos los vecinos de Pamplona. Segundo. En esta ciudad, los eclesiásticos, los frailes, unos veinte nobles, los comerciantes y los curiales. Tercero. Los vizcainos, y entre ellos los mayorazgos y los individuos y aspirantes al gobierno del señorío. Cuarto. Los alaveses y de ellos los abogados, los clérigos y unos trece nobles. Quinto. Los guipuzcoanos, y principalmente los nobles, clérigos y curiales. Encarga se observe estas clases por el orden que las nombra, y el oficial traía escritas en un papelote, de donde he copiado yo esto.» Hasta aquí lo que de esta importante carta hace al propósito.

Sabíase ya, y varios historiadores habían indicado, que los republicano-franceses hallaron inteligencias y connivencias en las provincias Vascongadas y aun se ha condenado por algunos la delación de Moncey, encaminada á prestar auxilio al absoluto poder monárquico de España, y á perder á los liberales vascongados que simpatizaban más con la república extranjera, que con la monarquía propia.

Pero ni el texto, ni la sustancia de la delación de Moncey eran de nadie conocidos, hasta que la carta original de Zamora ha llegado á mis manos. Años há, en verdad, que yo mismo oí decir á personas de edad avanzada, y de importancia muy grande en el moderno partido liberal de las provincias vascas, que el espíritu que á fines del pasado siglo reinaba en sus clases ilustradas, era muy distinto del que luego se viera en la anterior guerra civil; dándose para comprobarlo la curiosa noticia de que la famosa Enciclopedia de Diderot y D'Alambert, cuyo precio no estaba al alcance de muchos, tuvo allí más compradores que en ninguna otra parte de España.

La vecindad de la nueva república, que hacia fácil la introducción de libros y papeles, y frecuente el trato de los naturales de la frontera con muchos demagogos franceses, difundió aquellas seductoras ideas entre la gente ilustrada, pero inexperta, inspirándola viva simpatía por las instituciones republicanas. á las cuales estaban ya más preparadas aquellas provincias que otras, por la manera especial con que se gobernaban. Más esto, repito, debía solamente acontecer entre la gente ilustrada; y, nótese bien, que no es sino á ella á quien concretamente acusa Moncey, es á saber, á los vecinos de Pamplona, capital de vireinato y de audiencia; á los comerciantes, abogados y curiales; á los aspirantes al gobierno del señorío en general, ó sean los políticos; á los clérigos y frailes y algunos nobles.

De labradores, colonos, industriales y

(1) Véase entre otros el *Journal du Bonhomme Richard*, núm. 20. Artículo principal intitulado: *Sur le traité de paix proposé à la Convention, entre la France et l'Espagne*.

vecinos de los caseríos, ó de las anteiglesias y aldeas, ni una sola palabra dice Moncey. Todos estos, y no pocos de los nobles, encastillados como siempre en su lengua, y sin comunicacion con el espíritu de la Enciclopedia, que tales estragos producía por todas partes, entre los que sabían y gustaban de leer libros y periódicos, permanecieron según estaban pacíficos, y hasta apáticos y egoistas, curándose mucho de lo suyo, y de lo ajeno nada ó poquísimo. Por lo demás, fuera vana empresa el negar fé á la delación de Moncey (1).

Júzguesele como quiera, ello es que ningun interés tenía en mentir él; y todo cuanto queda expuesto inclina á creer de otra parte, que no dijo más que la verdad pura. No habiendo dado el apellido de guerra, las clases que allí suelen y pueden darlo, porque de corazón estaban más con los invasores republicanos, que con los españoles monárquicos, las Provincias Vascongadas hicieron la guerra no más que por cumplir, en 1795, ó lo que es lo mismo, sin fé, unanimidad ni constancia; y aprovechándose de ello Moncey, paseó impunemente sus columnas por el país. Harto se conoció ya en 1813, que aquellas mismas clases que mantuvieron inteligencias con Moncey veinte años atrás, habían cambiado de opinion, considerando bajo muy diferente aspecto las nuevas ideas francesas, que defendían y propagaban los ejércitos napoleónicos.

Llamaron ellas entonces de verdad á las armas á aquellos pueblos robustos y esforzados; los cuales, una vez tomado sobre sí el empeño, hicieron lo que saben hacer y harán siempre en ocasiones tales. Hé aquí, pues, explicada la diversidad de conducta en casos que á primera vista parecen idénticos.

Pero Zamora no se contentó con transmitir á Godoy la delación de Moncey, sin duda alguna dictada por su amistad leal á la monarquía española. Al felicitar á Godoy en 10 de Agosto, por la terminación del tratado de Basilea, le escribió lo que sigue: «Si á esta paz, decía, siguiese la union de las provincias al resto de la nación, sin las trabas forales que las separan y hacen casi un miembro muerto del reino, habría V. E. hecho una de aquellas grandes obras que no hemos visto desde el cardenal Cisneros al grande Felipe V. Estas épocas son las que se deben aprovechar para aumentar los fondos y la fuerza de la monarquía.

Las aduanas de Bilbao, de San Sebastian y de la frontera, serian unas fincas de las mejores del reino. Las contribuciones catastrales de las tres provincias, aun bajándolas mucho, pasarían de doscientos mil duros, según mis cálculos. Se puede creer que no bajarían de siete mil hombres las tropas que podríamos sacar de allí. Hay fundamentos legales para esta operacion: *ellos hon faltado esencialmente á sus deberes*; cuesta su recobro á la monarquía una parte de su territorio, y tenemos fuerzas suficientes sobre el terreno para que esto se verifique, sin disparar un tiro, ni haber quien se atreva á repugnarlo. Medítelo V. E.; no lo consulte con muchos (porque le correría riesgo), y cuente para todo con este amigo de corazón que desea sus aciertos y crédito. Conozco que la obra en el día será odiosa á las provincias; pero viendo que entrarán á disfrutar libremente las Américas y gozar de otros beneficios, sucederá lo que con Cataluña, al principio del siglo, que lloró la pérdida de sus privilegios, que desprecia hoy mismo, y ridiculizan sus propios escritores en el día.

«Yo en mi conciencia comprendo que la generalidad de la nobleza y gentes

(1) Además de las cartas originales de Zamora, tengo á la vista copia de una dirigida el 17 Thermidor (4 de Agosto de 1795, año tercero de la República) á Moncey, por el ayudante general Lamarque, en que este último dice: La diputacion de Alava está siempre con la mejor voluntad: os diré en secreto que al parecer temen más que desean la paz. Temen que, olvidados enteramente en el tratado de paz, no sean sacrificados á España, que tal vez los deshojará de todos sus privilegios. *Ellos merecen una suerte mejor*, y están convencido de que, si lo mandáseis, todos correrían á las armas. Los rehenes de Vizcaya se han explicado confidencialmente con el mismo lenguaje. Véase aquí que no teniendo entonces la conciencia tranquila, tenían ya algunos de los vascongados mismos, que terminada la guerra desapareciesen sus privilegios.

ricas de aquel país han abrazado de corazón á los franceses.» Lea V. E. en apoyo de esto las copias de las cartas adjuntas, «que son de las primeras gentes de Bilbao y Vitoria» á sus parientes y amigos; y como por todas partes los tengo yo, me las remite hoy uno bien advertido de Logroño, con la carta adjunta. Mañana espero más noticias de las provincias, y si merecen la pena enviare un correo á V. E. con ellas. Por la calidad, explicaciones y demás señales conocerá V. E. que el confidente de allí es hombre de provecho y de toda mi seguridad. La carta escrita á Moncey no era de uno solo, según la variedad de las firmas que contenía, aunque todo podía figurarlo uno solo, sin embargo, bueno ha sido saberlo y cortarlo con tiempo.

Pocos días despues (en 18 de Setiembre) escribió de nuevo Zamora á Godoy desde Pamplona lo siguiente: «Doy á V. E. gracias por el caso que ha hecho de mi recomendación á favor de Barreña, y crea V. E. que además de sus servicios ordinarios fueron muy estimables los que hizo «cuando en esta ciudad no había en mi juicio otro afecto al rey que él. Se expuso á mucho,» y así es acreedor á su alta proteccion. Estoy bastante aliviado, y el correo que viene contestaré á V. E. sobre mi viaje, porque me duele mucho que dejemos de acabar la visita política por una pequeña parte que queda. Acabemos esta obra que solo el concluirá hará honor á V. E.» A una y otra de ambas cartas de Zamora contestó Godoy con suma reserva y circunspeccion, como reza la minuta que de su puño y letra, lo mismo que todas, aparece en el expediente.

«Si sus males (decía) permitiesen que V. S. finalice la via política, me será muy del caso, pues antes de «ocho meses podrá necesitar todas las noticias que haya producido su inspeccion;» pero no se acelere y véngase á curar, «pues en otro tiempo más pacífico» se espurgará ese rincón que falta.» A esto se reduce en sustancia las noticias que el expediente contiene tocante á aquel importantísimo asunto. No se vuelve ya á hablar de las faltas indudables del ejército: la conducta de las Provincias Vascongadas que, lejos de evitar ó remediar, había facilitado y acrecentado en gran manera los desastres, preocupaba ya exclusivamente al valido.

No estaba Godoy, cuando recibió las cartas de Zamora, falto de recelos y quejas de las Provincias Vascongadas. Aquellas cartas no hicieron más que apartar su cólera del ejército para fijarla sobre los naturales de las provincias. Aparte del expediente de que he hablado, tengo á la vista copias de otros documentos que prueban los recelos y quejas de Godoy.

Fundado en la *indolencia* demostrada por el país, ordenó Godoy en 3 de Noviembre de 1794, que fuese por corregidor á Alava, donde hasta allí no lo había habido, D. Pedro Florez Manzano, del Consejo de Castilla, cosa que el diputado general de la provincia no se atrevió á impugnar resueltamente. Dos cartas de Godoy, al marqués de Rubí, que mandó un cuerpo de tropas en Guipúzcoa y Alava, y que por azar cayeron en manos de los franceses, y de los naturales de las provincias apegados á ellos, muestran también cuáles eran en Setiembre y Octubre de 1794 sus ideas sobre el estado de aquellas provincias. «Es verdad (dice en una de ellas) que los vizcainos rehusan el servicio, y que tal vez se valdría de ese resorte algun partido faccioso que haya en el señorío; pero como la menor alteración de nuestro sistema influiría tanto en el éxito de la campaña, parece conveniente que se halague al país, sacando el partido posible en su situacion.

Los de Alava me noticiaron el frenesí de sus fueros, y prevenían funestas consecuencias si no mediase alguna composicion; escribí asegurándoles la existencia de los fueros, sin perjudicarles el servicio que, unidos con los alaveses licieran las vizcainos. Su respuesta podrá abrirnos camino y entretanto conviene el disimulo.» Conviene, añade en otra, dejar á un lado las desavenencias para tratar de ellas cuando no embaracen las disposiciones de la guerra.» En todo lo cual parecia anticiparse con recato el valido á las intenciones del mismo Zamora.

Pero ni de los consejos de este último,

ni de los indudables propósitos del ministro que en su correspondencia se traslucen, llegaron á tocarse, no obstante, muy ostensibles resultados, ni despues de los ocho meses fijados por Godoy, ni más tarde. Ni siquiera se supo al pronto el reservado encargo que dió el valido á D. Juan Antonio Llorente, el conocido autor de la *Historia de la Inquisición* (1) y otras muchas obras críticas, más ó menos apreciadas, pero siempre eruditas para demostrar, por medio de la antigua historia y de documentos inéditos, que jamás habían sido independientes los vascongados, ni estaban, por tanto, unidos, según decían, con pactos voluntarios á la Corona. El omnipotente ministro quería sin duda, antes de obrar, poner la razón de su parte. Llorente publicó su obra en 1806, con el título de «Noticias históricas de las tres provincias Vascongadas, en que se procura investigar el estado civil antiguo de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y el origen de sus fueros;» pero, según él propio afirma, estaba trabajada desde antes que viese la luz el *Diccionario geográfico-histórico* de la Real Academia, impreso en 1802.

Un tratado como el de Llorente, extenso, muy pesado, y enriquecido además con una colección diplomática formada á placer, tuvo que costarle á su autor algunos años; y todo induce, por tanto á creer, que no bien terminada la paz de Basilea, se puso mano á preparar la obra. Llorente dice en el prólogo de su tratado que «la noticia de la legislación antigua y de las consecuencias que produjo, es el más importante presupuesto para establecer la nueva» (2); y hablando luego de que Alava, Guipúzcoa y Vizcaya presumían de Repúblicas libres, por su voluntad soberana unidas á Castilla, condena el error en que á su juicio vivían aquellos naturales, y dice, que lo que les importaba á ellos era «hacer sus pretensiones con los fundamentos de la verdad, sin alegar causas falsas conocidas ya como tales en la superioridad;» que era lo mismo que decir en el gobierno y en el gabinete del valido.

Los vascongados no han calumniado á Llorente al llamarle escritor asalariado. Estuvo en aquella ocasión, sin duda alguna y el origen de esto ya se sabe. Lejos de mí la idea de tomar parte en esa árdua cuestión, sobre la cual se ha dicho ya cuanto puede decirse indudablemente. Don Francisco de Aranguren y Sobrado salió al punto (1807) á refutar los asertos de Llorente, y rectificó sus textos por lo tocante á Vizcaya; y en 1864, siendo ministro de la Gobernación del reino quien esto escribe, tuvo ocasión de presenciar en el Senado un largo y solemne debate entre el Sr. Sanchez Silva de la una parte, y de la otra los señores Egaña y Barroeta y Aldamar principalmente; debate en que nada faltó á la defensa de los fueros vascongados, ni la autoridad, ni el saber, ni la elocuencia. De los muchos escritos que han visto la luz sobre esta propia materia en el siglo presente, séame lícito citar aquí únicamente el precioso folleto intitulado «Reflexiones sobre el sentido político de los fueros de Vizcaya.» (3) muy poco hace dado á luz por mi buen amigo D. Fidel de Sagarmínaga, obra corta en páginas y rica en mérito, donde la crítica más escrupulosa y grave, la más honrada moderación y el estilo más excelente, campean á porfía en defensa de las glorias y los derechos de su nativa tierra. Sobradamente he dado á entender al principio, que lo que para mí hay de esencial en la cuestión controvertida, no es tanto materia de crítica como de decisión jurídica, inspirada por los principios universales del derecho moderno. No necesitaría, pues, aunque pudiera, tratar más de este punto. Déjolo, por tanto, á un lado, para hablar ya solo de las consecuencias que de los hechos ocurridos desde 1794 á 1814 se han derivado.

IX.

La primera de tales consecuencias, fué que la cuestión de los fueros de las pro-

(1) Documentos curiosos procedentes de la imprenta que sirvió al rey intruso en Victoria, y que vinieron á parar, por compra, á la llamada hoy de Manteli.—Colección formada por un amigo mio que ha tenido la bondad de facilitármela.

(2) Prólogo, página 9.

(3) Bilbao 1871.

vincias quedase desde entonces planteada, no en la forma provechosa y necesaria de una conciliación nacional, sino en forma de controversia apasionada, vecina siempre á ser dirimida por la fuerza. No tengo para qué discutir aquí si la conducta de las provincias Vascongadas justificaba ó no completamente los proyectos vengativos de Zaragoza y Godoy. Bástame con exponer el hecho, según lo he expuesto. Lo que importa saber es que la obra de Llorente, con sus ocultos pero bien averiguados propósitos, alarmó á los vascongados de una parte, y de otra alentó á los naturales adversarios de sus privilegios, dado que trocó en litigiosos títulos reputados, siglos había, por jurídicamente impugnables. Todos los autores del *Diccionario geográfico-histórico*, comenzado á dar á luz por la real Academia de la Historia, habían tomado ya los propios puntos de vista que mantuvo Llorente, influidos también por el Gobierno, sin duda alguna; y esas mismas opiniones cundieron rápidamente por España, alcanzando tanto favor, que no sin motivo recelaron de ellas las provincias exentas. Acrecentó luego tales recelos la proclamación y difusión del principio de igualdad, verdadero en parte y en parte imposible y anárquico, tomado sin reserva de la revolución francesa; por los probos pero inexpertos autores de la constituciones de Cádiz. La igualdad de todos los españoles ante la ley, aunque fuera en sí justísima, forzadamente había de alarmar á la raza feliz que gozaba ya por privilegio no solo de un régimen liberal, sino de exenciones muy provechosas.

Todo esto junto ocasionó el que jamás haya vuelto á haber desde entonces cordial inteligencia entre aquellas y las demás provincias españolas. En el entretanto aquellos mismos vascongados que tan apasionados habían sido de los enciclopedistas y de los republicanos franceses, no bien se hicieron cargo del vivo riesgo que con las ideas nuevas corrían sus privilegios, repentina y casi unánimemente tomaron otro camino, adhiriéndose al principio conservador y de protección á todo *statu quo*, hacia 1815 profesado por la reacción europea. Lo antiguo, solo por serlo, les convino; y lo moderno, solo por serlo, les inspiró desde entonces la repugnancia más invencible; y si esto se vió muy luego en casi todos los políticos vascongados, ¿cuál no debió ser el cambio de opiniones en los clérigos y frailes, que simpatizaron en 1795 con los republicanos franceses? Tenían ya, sin duda, motivos sobrados para aborrecer á los revolucionarios con lo de Francia; pero se conoce que necesitaban experimentar el mal en sus propias personas y acá en el suelo de España, para ser fieles á la monarquía absoluta que los había protegido por tantos siglos. De todos modos, la reacción fué completa, y desde 1814 hasta ahora, no se ha desmentido ni por un momento: reacción no ya solo intelectual y pacífica sino provocadora y guerrera, según se está viendo actualmente.

De otra parte, y por más que ni á mí ni á nadie que pertenezca á la escuela liberal le linsojee, ni puede ni debe negar la historia que Godoy y sus agentes y publicistas fueron los verdaderos padres del liberalismo oficial en España. Ellos comenzaron la desamortización eclesiástica; ellos lucharon con la inquisición y el influjo político del clero; ellos se coligaron al fin estrechamente con la república y el imperio francés; sucesivos é igualmente genuinos representantes de la revolución, ellos formaron ó consintieron la primera constitución política de España en Bayona, y aun pusieron en práctica algunos desde Madrid, y á nombre del monarca intruso, las más de las reformas que los partidos liberales han ido realizando despues. Aquellos de los gobernantes de Cádiz que pertenecían al partido liberal independiente, y ocultamente formado en las tertulias literarias enemigas del valido, durante los dias de Carlos IV, no repararon al lanzar por los castellanos campos *los ecos de la gloria y de la guerra*, que sin remedio se ponían al frente de las clases anti-liberales de la nación. Cególos el amor á la independencia de la patria; santa y gloriosa ceguera, error el más dichoso que pueden padecer los hombres. ¡Bienhadado aquel que pensando solo en su patria, por ella lucha y no más, aunque en tal lucha expongan ó sacrifiquen sus intereses y dogmas de partido,

su consecuencia misma; que la política es hija de circunstancias y la patria eterna! Más lo que antes dije es muy cierto. El partido liberal español recogió, como en todo, en la cuestión vascongada, las tradiciones de Godoy, de Llorente, de Gonzalez Arnao, el redactor del artículo de *Vizcaya* en el *Diccionario geográfico-histórico*, que tan mal parados dejó ya los fueros vascos; de todos cuantos formaron, en fin, la parcialidad reformadora del gobierno de Carlos IV, así como el gobierno del excelente, aunque intruso rey José, tan detestado, por ser extranjero, de los rancios y buenos españoles.

Mientras acontecía esto de la una parte, de la otra el pueblo vascongado, hasta el presente siglo tan pacífico, aprendía combatiendo á los franceses de 1813, el secreto de su fuerza y la táctica defensiva, tan fatal despues á los ejércitos nacionales.

Un escritor suizo de mucho mérito, M. Víctor Cherbuliez, que reúne el ingenio de los franceses con el saber y el juicio de los alemanes, ha dado á conocer en uno de los recientes números de la *Revue des deux Mondes* ciertas opiniones mías sobre las consecuencias de nuestra guerra de la Independencia, reputándolas acertadas; y alentado con su discreta aprobación, voy á recordárselas brevemente, pues que vienen á cuento. Pienso yo, con efecto, y dije á M. Cherbuliez un dia, que la anarquía gobernante, oficial, casi normal, que con tanta sorpresa observaba, y los gérmenes de descomposición que há medio siglo mantienen más ó menos agudamente enferma á la nación española, presentándola bajo ciertos aspectos importantísimos, como una extraña excepción en el continente europeo, tienen por verdadero origen las circunstancias y el modo con que se llevó adelante aquella revolución patriótica y gloriosa. En todos los pueblos modernos ha habido antes y despues revoluciones, y más profundas y más violentas, y más crueles que las de España; y en todas se han conocido tambien periodos largos de anarquía. ¿Pero en qué país se han visto ciertas cosas, que tan frecuentemente se están aquí viendo, desde la guerra de la Independencia?

Ella y solo ella mostró á los españoles todos, que no á los vascos solamente, cuán fácil sea, que los meros paisanos venzan en lugares montañosos á esforzados ejércitos; ella enseñó á los simples labradores ó menestrales, á organizar batallones y verdaderos cuerpos de tropas, trocando el cayado ó la azada, las faenas del molino ó las visitas del médico, por los altos quehaceres que el baston de general impone: ella inspiró á una parte del clero español ese espíritu militar y esa inclinación á los medios violentos de que todo otro clero católico carece felizmente; ella inició, en fin, la costumbre de las juntas soberanas é independientes, que tantas veces han convertido luego en una federación anárquica el suelo español; ella desvaneció, por último el tradicional espíritu de justicia, de orden, de abnegación que los buenos ejércitos necesitan, en el nuestro, y, lo que es peor si cabe, inició esos supremos conflictos entre el deber militar y la conciencia, que obligan á declarar santa y heroica en ocasiones, la desobediencia de la fuerza armada al Gobierno constituido; gloriosos precedentes en Daoiz y Velarde; pretexto de muchos crímenes posteriores. Ninguna nación puede vivir sana con semejantes gérmenes en su seno; y, ó los extingue, ó perece miserablemente.

Las naciones, fábricas lentas y sucesivas de la historia, nacen de una aglomeración arbitraria ó violenta, la cual poco á poco se va solidificando y hasta fundiendo al calor del orden, de la disciplina, de los hábitos correlativos de obediencia y mando, que el tiempo hace instintivos, espontáneos y como naturales. Cuando tocándolas y retocándolas se llega una vez á poner en descubierto los cimientos de tales fábricas, difícil es que no queden cuarteadas, cuando no ruinosas. Levántanse las naciones como las rocas y como toda obra de la naturaleza, sin arquitecto; y al mirarlas por de fuera no sabe nadie cómo y por qué existen ó están de pie. Por eso mismo, cuando por puro acaso ó necia temeridad se desmonta uno de tales relojes, difícilmente se acierta á delectar y encajar de nuevo sus piezas, y acaso no vuelve á estar en hora jamás. La invasión ini-

cua de 1808 sacó á la sociedad española de quicio y serían menester muchos, muchísimos años de ordenado y constante trabajo para que del todo recobrar su asiento, en vez de los pasajeros aunque felices periodos, que ha dedicado á reorganizarse hasta ahora. Fué, en suma, la guerra de la Independencia un esfuerzo tan desproporcionado, que nuestro organismo entero quedó resentido y crónicamente enfermo, cual quedara el de un hombre que sobre sí echase muchísimas más arrobas de peso que sintieran sus hombros. De tal enfermedad todas nuestras provincias se resienten aun; pero ninguna como las vascongadas.

Al leer la relación de los últimos combates, parece que de nuevo se recorren las páginas que escribió Vacani en 1813; y hechos tales se han repetido ya, de entonces acá, otras dos veces. Tres veces, pues, en setenta años, han rotado disciplina, y han apellidado la guerra popular por sus montes, esos pueblos á quienes no se alcanza á ver una vez sola puestos en armas con largos anteojos de la historia. Es caso que anotará ella seguramente.

Pero si las causas hasta aquí expuestas bastan en rigor á explicar la extraordinaria participación que los vascongados tomaron en la primera guerra dinástica, no son suficientes para dar razón de la actual, por sí solas. Durante el largo, próspero y aun glorioso periodo (digan cuanto quieran los dominadores del dia) por que hemos pasado, desde que terminó la primera guerra civil hasta que cuatro años ó cinco há se inició timidamente esta segunda, que amenaza ser tan empeñada que la primera, los privilegios vascongados han sido respetados con tamaño esmero, que sin que el recelo hubiera desaparecido del todo, los ánimos estaban allí ya vueltos al sosiego y la paz. Por otra parte, la prosperidad de aquel país, que tan improductivo parecía en los tiempos bárbaros, y tan fecundo es para la industria y hasta para la agricultura de nuestra época, crecía por maravillosa manera, y, no ya de año en año, sino de dia en dia, anunciando todo á un tiempo el más halagüeño porvenir.

De pronto, y á decir verdad, sin que nadie amenazara sus privilegios, ni dirigiera el ataque más mínimo á sus propiedades, sin que se hiriese nada su justo orgullo local, y cuando el federalismo republicano parecía ofrecerles legítimamente aquello y más, que por tan malos y reprobados caminos buscaron en 1795 sus padres, retumba el tambor en los montes, y la población unánime de los caseríos y aldeas corre á las armas. ¿Qué causa ó razón especial ha habido para ello.

X.

He dicho ya, al comenzar, que, cuando ofrecí escribir estas páginas, era muy distinta que ahora es, la situación de las Provincias Vascongadas. Ofrecíselas á mi ilustrado amigo el Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer, para que sirviesen de introducción á su excelente obra sobre aquellas provincias, por los dias en que él comenzaba á darla á conocer en *La Revista de España*. Por entonces todavía no excitaba grandes temores la guerra en Navarra, ni pasaba ella de ser un bandolerismo, reprobado al cabo por los carlistas mismos en Guipúzcoa; permaneciendo de todo punto tranquilas Vizcaya y Alava.

Por el contrario, cuando sin haber cumplido aun mi promesa, salí yo este año para Francia, andaban ya considerablemente acrecentadas las facciones de Navarra; y Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, comenzaban á tomar las armas. Pero todos aquellos eran combustibles hacinados, faltando aun la chispa que levantase el incendio de la verdadera guerra civil.

Preocupado con los males que ella podría producir, y que no eran siquiera los mayores de que estuviese á la sazón amenazada España, dirigíame yo por Elizondo, el 16 de Julio (dia de la Virgen del Carmen) hacia la frontera, sin que ocurriese nada que de contar fuese, á no ser tres ó cuatro encuentros con insignificantes partidas carlistas, que dejaban pasar la diligencia tranquilamente. La tarde era apacible, sin que hubiera pecado de caloroso el dia, y al descender rápidamente la bajada que,

rodeando algun tanto el valle de Urdax conduce á Dancharinea, desde la cual se distingue, por cierto, la bandera carlista de Peña de Plata, súbito apareció una mujer, que cuesta arriba venia gritando: «¡Ya está ahí, y ya ha comulgado!» A las preguntas de los viajeros, sorprendidos por aquellas voces, cuyo sentido ignoraban, respondió frenética la mujer: «es Carlos VII, que ha comulgado al llegar.»

Inútil fuera explicar la sensación que tales palabras produjeron en los viajeros, los cuales no pudieron dudar, ni por un instante, de su exactitud, porque al tiempo mismo se vió venir, con toda claridad, por uno de los senderos que de la parte de la frontera llegan á Urdax, cierto grupo de caballos, y el relucir de las armas de la infantería carlista, formada allí abajo en batalla; y luego se oyeron distintamente los vivas y el tañido de la única campana, que por lo visto Urdax posee, la cual redoblabá apresuradamente sus golpes. «Parece que tocan á fuego,» dijo alguno de los viajeros; y otro contestó melancólicamente: «A fuego es, sin duda alguna, porque esa campana está anunciando que las llamaradas de la guerra civil, están de hoy más convertidas en un grande incendio.» Entre los que á pie ya, contemplábamos aquel espectáculo, debían de reinar muy diferentes opiniones políticas, porque ¿dónde se juntan diez españoles conformes hoy en día? Pero la verdad es, que todos presenciaban con recogimiento y solemnidad el suceso, sin la menor señal de alegría. Y es, que por muy acostumbrados que aquí estemos á la guerra civil, no deja ella de ser cosa triste á todos; dolorosa necesidad, por lo menos, para aquellos que con honrada convicción la emprenden: suceso horrible para los que no tienen fé en la causa por tan costoso medio sustentada. Perdónese me que haya referido aquí aquella impresión melancólica, que con ella comencé á escribir, y he escrito estas páginas.

Así como así, en el grito de aquella mujer, expresión de un hecho que ni siquiera era exacto, está á mi juicio simbolizada la situación presente. El *¡ha comulgado!* *¡ha comulgado!* de la buena mujer, quería decir: este que viene ahora á mandarnos comulga como nosotras, y nuestros maridos, y nuestros hijos; y los otros, los de Madrid, no: bien venido sea, pues, á esta tierra. No es otra, para mí, la idea que ha levantado ahora á los vascongados en favor de D. Carlos, y en contra del actual Gobierno de España.

Si lo dudase alguien todavía, que no será nadie que imparcialmente juzgue, lea el libro de D. Miguel Rodríguez Ferrer; y viendo en él lo que los vascongados son en el campo, en la familia, en el hogar, en la anteiglesia, quedará convencido por completo.

Después de tratar extensa y acertadamente en el cuerpo del libro del país, de la lengua, de su ilustre cultivador el príncipe Luis Luciano Bonaparte, y de haber disertado en los apéndices, con erudición suma, sobre las dos Iberias que la historia nombra, las antigüedades primitivas, el estado social de los vascos en la época romana y otras posteriores, los antiguos bosques de aquella tierra, la literatura, la música y la danza euscara, los fueros y la legislación entera de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya; y por último, sobre los hombres grandes, las grandes empresas de aquella raza, y otros muchos puntos interesantísimos, el Sr. Rodríguez Ferrer ha puesto fin á sus tareas, exponiendo sumaria, pero exactamente también, las causas que de nuevo han encendido la guerra civil en las provincias hermanas.

La síntesis de su opinión es textualmente esta: «La guerra asoladora y fratricida, bajo que este país se encuentra, es guerra religiosa, agitada é impulsada por otro interés político; en ella se ven las consecuencias de gobernar los pueblos, ideólogos y no hombres de Estado.» Y á esas últimas páginas del importante libro del Sr. Ferrer, remito al lector que apetezca la completa demostración de tal aserto; que á mí con lo dicho me basta, y me urge ya soltar la pluma. No quiero ya hacer si no dos observaciones finales en que procuraré resumir el estudio que del asunto he dicho.

XI.

La primera de mis observaciones de-rechamente se encamina á los vascongados, y consiste en lo que sigue. De su geografía y de su historia, severamente examinada resulta: que sin ser nunca independientes, en realidad bajo el aspecto político, porque nunca han contado para ello con suficientes fuerzas, su carácter laborioso, pacífico, sus costumbres patriarcales, la medianía misma de su condición, les han dejado gozar en todo tiempo, así durante el imperio romano ó la monarquía visigoda, como durante los modernos reinados de las casas de Austria y Borbon en España, de completa libertad administrativa, y de una especie de independencia práctica muy envidiable.

Resulta asimismo, que las ideas liberales, y aun las republicanas, cundieron mucho entre las clases ilustradas de esas provincias por los días de la revolución francesa y de la guerra, á que ella dió lugar; sobreviniendo en pos de la afinidad de ideas, culpables inteligencias con los enemigos de la nación, y mal disfrazadas demostraciones de rebeldía, que dieron ocasion, si no causa bastante, á que se plantease por vez primera formalmente la cuestión de sus privilegios, y la de su completa asimilación á la patria española. Desengañáronse bien pronto los vascongados de las ideas revolucionarias francesas, cuando en parte las vieron poner en práctica por los liberales españoles de 1814 y 1820, no tan solo sistemáticos enemigos del influjo clerical, sino poco reverentes hácia todas las cosas santas; y la reacción que esto produjo duró allí todavía. Reacción facilísima y hasta lógica en los nobles y clérigos y frailes, y aun en la inmensa mayoría de los que simpatizaron en 1795 con la república francesa; y no fué para ellos poca fortuna el que no hubiese tomado parte alguna el pueblo vasco en los absurdos y casi incomprensibles proyectos de otro tiempo.

Estuvo quieto el pueblo entonces, porque sus clases gobernantes ó directivas no le llamaron entonces de verdad á las armas; pero en la ingenuidad y sinceridad de sus sentimientos, nunca pudo simpatizar, ni simpatizó, con los incrédulos invasores. Y á esto debieron luego aquellas clases, cuando desengañadas ya mudaron de opinión, el que respetuosamente los siguiese el pueblo vascongado por sus nuevos caminos, que fueron los del absolutismo monárquico español, coligado con la antigua reacción europea.

Pero, en el entretanto, los sucesos de 1795 dejaron ya detrás de sí una lección que hubiera sido bueno que no olvidasen con tanta frecuencia los que llevan la voz entre las muchedumbres vascas. No solamente los privilegios que han gozado hasta aquí provisionalmente y mientras se llevaba á cabo un arreglo equitativo que legalmente concertara sus derechos é intereses con los de las otras provincias, sido hasta sus fueros locales sus para mí también queridas y venerables instituciones libres, y todo su estado social y político, pueden correr un día ú otro gran riesgo, comprometiéndose ligeramente en defender causas que de su lado no tenga á la gran mayoría de la nación.

Lo que Godoy no llegó á hacer, ó ya por pura falta de tiempo, ó ya por las difíciles circunstancias en que se hallara, desde que en 1806 publicó Llorente su *Memorial de agravios*, bajo la forma de estudio histórico, hasta que cayó del poder en 1808, y lo que desde 1839 á 1872 nadie hubiera imaginado, no tan solo por respeto á la fé jurada en Vergara, sino también por el proceder prudentísimo de los vascos en los posteriores acontecimientos, violenta y totalmente llegará á realizarse algun día, si en las provincias exentas se arrancan con júbilo los árboles plantados en señal de paz, prefiriendo una vez y otra á que lleven olivas el que ostenten hierros de lanza sus ramas. Por más que sea bien conocida mi bandera, y que no se esconda á nadie, cuan distinta sea de la que allí flota al presente, sépase que no es una ni otra causa determinada la que en esto impugno ó defiendo: únicamente me impele á decirlo el interés vasco.

Y llego á la segunda y última de mis anunciadas observaciones, la cual se di-

rige á ciertos partidos, que de algunos años acá preponderan en el Gobierno de España. La libertad no puede menos de consistir en respetar los hechos, y hasta los pensamientos de cada cual, mientras no se opongan al libre obrar y pensar de los demás individuos, ó de todos en comun. La misión del Gobierno siempre, pero mucho más en una nación libre, se cifra en concertar, armonizar y hacer compatibles los intereses, las creencias, las costumbres y hasta las preocupaciones mismas, de todos los diferentes pueblos reunidos en cuerpo de nación.

Al decir que gobernar es resistir, se ha querido dar á entender sin duda alguna, que es primordial función del Gobierno, rechazar en provecho de la armonía general las violencias particulares y defender el orden comun de toda acción ó movimiento desconcertado, y que tienda á perturbar, destruir ó hacer imposible, la indispensable cohesión y combinación de las partes, en el total organismo del Estado. Pensara lo que para sí pensara cada cual de nuestros legisladores y gobernantes de estos años últimos, debieran todos haber tenido muy en cuenta esa inconcusa verdad política: pero ¿qué han tenido en cuenta ellos de lo que importa al bien de la patria? Por eso se han complacido en atentar á la libertad religiosa, y en exacerbar, en vez de armonizar, todas las antinomias existentes entre las distintas clases, ó las diversas provincias de la nación.

¡Ah! Si hubiesen ellos presenciado alguna vez lo que es el levantamiento de una *facción* en las Provincias Vascongadas! Sus ojos, de sobra acostumbrados á toda acción violenta y rebelde, habrían contemplado allí un espectáculo singular é inexplorado. No son, no, turbas famélicas, concupiscentemente enamoradas de los bienes ajenos, las que allí se congregan en casos tales; ni se escuchan allí gritos desordenados y salvajes, ni siquiera se oyen conversaciones ociosas.

Ningun padre esconde cobardemente á su hijo, antes bien le saca de la labor él mismo, trayéndolo á recoger las enmohecidas armas. Ninguna madre, ninguna hermana, ninguna novia llora, cuando el viejo y destemplado tambor bate la marcha. Todo el mundo parece en tal ocasion tranquilo, grave, resignado ó convencido de que está cumpliendo un deber. Solamente los *muchachos*, como por allá les llaman, parecen alegres al verse en armas; despertándose súbitamente en ellos el fiero instinto del combate, que en toda criatura existe más ó menos escondido, hasta en el hombre. Una vez en el camino, suelen divertir el ocio, ya que no conocen la fatiga, con algun cantar monótono, que á poco más ó menos dice: que viva el rey que defiende á la religion, y que no quieren obedecer la ley de los que mandan en Madrid. Las mujeres y los viejos toman á su cargo en el entretanto el trabajo de los *muchachos* que parten; y al paso que labran la tierra ó desempeñan los oficios industriales más duros, unas veces espian á los enemigos, ó los engañan, otras recojen y cuidan á aquellos de los suyos que derriba el plomo, y atienden mejor que ninguna administración militar á que nada les falte.

Pero la guerra es la guerra, al fin y al cabo: la producción de la tierra disminuye, agótase la población lentamente, los caseríos arden, desaparecen bárbaramente los sembrados, dejan los ricos de otras provincias de acudir allí, el comercio cesa; y aquel país abundante, lozano, próspero y dichoso, por donde quiera ofrece antes de mucho cuadros lúgubres. Y todo esto acontece sin que ninguna obligación escrita, ninguna violencia material, ningun extraño impulso, ninguno de los deberes que suelen reconocer por tales los diplomáticos, los políticos y aun los moralistas contemporáneos, mueva á los vascongados á trocar tamaños bienes por tan seguros males. Por contrarios que seamos á la causa que defienden, ¿cabe desconocer que hay mucho en eso que merece respeto, y no poco de grande?

Sabed, los que tanto habláis del reino de las ideas, y de la soberanía de los principios sobre las cosas reales, que esos enemigos vuestros son hombres de ideas también; gente que, de veras y no de burlas, antepone su convicción, su fé religiosa, á todo material interés

y á todos los sentimientos mundanos. Sin poder ganar nada, que ya no tuvieran, ó no les ofrecierais vosotros con larga mano, vedlos ahí exponiéndolo todo por una idea, hasta sus privilegios históricos.

Si sois sinceramente de los que aman las ideas, y no los intereses que con frecuencia ellas disfrazan, debierais respetar, ya que no admirar, sentimientos y principios que tales sacrificios inspiran. ¡Y qué remedio! No todos han de ser libres pensadores en este mundo; y de grado ó por fuerza aprenderéis al fin, que la idea de Dios es mas fuerte que todas vuestras elucubraciones confusas en el orden de la vida. Los habitantes de esos Pirineos que cruzan y dominan nuestras provincias vascas, por más que os ofenda á todos en general, y al Señor Suñer y Capdevia le maravilla, creen, del uno al otro mar, en la Madre de Dios, y en sus milagrosas y misericordiosas intercesiones. Los unos le piden desde el mar su amparo, allá en la santa ermita que corona los bravos montes de Fuenterrabía; los otros van á demandarle el agua que hace falta á sus campos sedientos, desde Jaca hasta la cueva que abriga una de sus benditas imágenes, en la Peña histórica de Oroel. Estos tales, que miran á la Virgen Maria como madre comun de todos sobre la tierra, no han de oír con perpétua paciencia que la insulten, los que á nombre de ellos ejercen el poder y llevan la voz del Estado. Ni basta con despreciar como atrazadas y supersticiosas semejantes devociones; harto las han despreciado ya y en balde los incrédulos. Así y todo tendrían igual derecho los que las practican; á que no sean insultadas ni perseguidas en el Estado de que forman parte; pero bueno es saber además, que no son solamente los ignorantes quienes en ellas persisten.

Al visitar el nuevo y suntuoso templo románico, levantado no lejos del feudal castillo de Lourdes, sobre las vertientes francesas del Pirineo, y su cueva, y fuente milagrosa, hallanse ininidad de peregrinos por el camino, ora siguiendo la verde orilla de la *gabe*, ora remontando la montaña, y poquitos de ellos, indudablemente, tienen traza de ser menos cultos ó más ajenos á los progresos de su tiempo, que los enemigos que por acá encuentran el catecismo y la doctrina cristiana. Lejos de eso, cualquiera reconoce á la simple vista que tales turbas son mucho más civilizadas que las que en otros días aplaudieran, pues ya ni siquiera ellos aplauden, las tristes predicaciones de la demagogia española. Persona conozco yo, que, llena de meditaciones y reflexiones filosóficas, subió á la montaña, y al oír bajo las bóvedas de aquel templo, en la soledad del campo pobladísimo, un himno á la Virgen que centenares de hermanas de la caridad entonaban, reconoció en íntima plática con su conciencia, que, puesto caso que la revelacion faltase, y aun suponiendo que la vida de la Madre de Dios no fuese más que una leyenda piadosa, y dando por seguro, en fin, cuanto proclaman los incrédulos, todavía con eso y todo, se enseñarían más verdades allí que ha expuesto ningun metafísico, ni abrigado Parainfo ó cátedra alguna.

El espíritu se pone allí en verdadera comunicacion con lo inmortal y lo infinito, y lo absoluto, con Dios en suma; y en su bienestar, y en su confianza, y en el súbito crecimiento de sus aspiraciones, siente el mismo que está allí gobernado por sus propias y legítimas leyes: la ley del sacrificio y la del amor. Pero, ¿á qué cansarme en persuadir tales cosas á los que no tienen hecha el alma á alimentos espirituales y morales? Lo que importa es que la incredulidad sepa á lo menos, que no anda ella sola por el mundo; que hay quien vé, ó piensa todavía, lo que ellos ni piensan ni quieren ver; por los oscuros caminos de la vida; que los que semejantes convicciones abrigan, son tambien legítima parte del Estado; y que los hay entre esos creyentes capaces de exigir y quizá de lograr con las armas en la mano, el debido respeto á su fé. Tarde es ¡ay! para que se aprenda todo esto, porque gran parte del mal está ya hecho; y lo que mas era de temer imprudentemente se ha provocado y realizado al fin, que es la guerra civil, dentro y fuera de las provincias vascas.

No falta quien diga, y con razon, que

es cosa irritante el que ciertas provincias por sí solas, y más siendo privilegiadas, quieran imponer rey y leyes al resto de la nación española. Pienso lo mismo en ese punto, y comparto con toda su severidad, semejante juicio. Pero hay que reconocer á la par, que no es ménos irritante, el que unos cuantos sugetos, ganosos de ostentar la fácil sabiduría que basta para hacer menosprecio de las creencias seculares, insulten la fé unánime de esas mismas provincias, y de la inmensa mayoría en las demás, derribando, usurpando, declarando mercancia del Estado sus altares, intentando hasta profanar los sepulcros de sus padres y de sus madres, so pretexto de secularizar los cementerios, condenando á vivir de limosna á los ministros del culto, y al culto mismo, despues de haberse empleado en las necesidades públicas el inmenso patrimonio eclesiástico. La historia no podrá fallar este litigio en favor de ninguna de las dos partes que actualmente están contendiendo, porque ni una ni otra tienen de su parte toda la razón.

Y hace ya sobrado tiempo que los partidarios de doctrinas extremas, esos valientes pensadores que se precian de no hallar nunca sino *sies ó noes* que pronunciar en las cosas del mundo tan variadas y complejas y tan oscuras, son absolutos dueños del campo, para que los desdichados campeones de las doctrinas medias y conciliadoras en España, no tengan ya derecho á que se oigan también sus consejos. Así como así los resultados que hasta ahora ofrecen las opuestas políticas anti-doctrinarias, inflexibles, absolutas, nadie puede negar que están lejos de ser felices.

Si el fruto da á conocer el árbol, mal árbol debe ser el que no engendra sino impotentes y eternas y desoladoras guerras civiles; malísimo aquel que no alcanza otro fin práctico que una anarquía permanente y el decaimiento sin ejemplo de la patria, ni otro fin teórico que apostasias plausibles y honradas. ¿Cabe negar que entre unos y otros absolutistas han puesto á España en una posición europea, inferiorísima á la que con sus hechizos y todo nos conservó Carlos II?

Ni esta tristísima situación en general ni la que especialmente alcanzan hoy las provincias vascas, cesarán ya hasta el día en que sea posible practicar en España una política totalmente diferente: política de orden, de libertad, de concordia; política que respete las creencias de los vascongados, y de los más de los ciudadanos españoles, sus templos y los ministros de sus templos, los sacramentos y los cementerios; política que, inspirada en las progresivas ideas del siglo, dé también satisfacciones legítimas á la opinión liberal, no amenazando ni alarmando á la ciencia, no desconociendo las costumbres, ni los intereses, ni las necesidades económicas y políticas del día; política, en fin, verdaderamente protectora del derecho de todos, bastante flexible para olvidar cuanto perturbe ó divida, ó cuanto impida en lo futuro la indispensable armonía de las fuerzas sociales, bastante enérgica y poderosa, de consuno, para desahuciar irracionales pretensiones y exigencias incompatibles con el deseo y el bien común. Si una política de este género fuese ya por siempre inaceptable, así para las provincias Vascongadas, como para toda España, jamás se habían puesto con tanta razón, sobre ninguna gente nacida, la sentencia lúgubre del autor de *El Infierno*:

Lasciate ogni speranza...

A. CANOVAS DEL CASTILLO.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

DIÁLOGO INTERESANTE.

(Imitación del francés.)

—Chico! ¿De dónde sales?

—Qué veo! Tú por Madrid!

Y me arrojé en los brazos de Amadeo Sandoval, un antiguo compañero de colegio que la casualidad me hacía encontrar de manos á boca.

Despues entramos, como de costumbre, en el capítulo de las interrogaciones.

—Querido Amadeo! cuántas veces me he acordado de tí!

—¿De veras?

—Palabra de honor. Y qué ha sido de tu vida en tanto tiempo? Cómo lo pasas?

—Mal, amigo mio, horriblemente mal. Todo, todo conspira contra mí!

—Excepto las enfermedades, exclamé sonriendo: porque tienes un semblante!..

—Tú también? dijo Amadeo, dando un salto. Tú también, como todos? Mi salud por aquí, mi excelente salud por allá! Y sin embargo, paso mi vida renegando de mi salud y maldiciendo de mi excelente constitución.

—Vamos, vamos! Veo que estás de broma.

—Que estoy de broma? gritó Amadeo cada vez más exasperado, sin que yo pudiese adivinar la causa. ¿Qué estoy de broma! Sin duda eres de los que juzgan por las apariencias y te figuras que la robustez es una garantía de felicidad.

—Por lo menos es un elemento; repliqué timidamente.

—Sí, un elemento de desgracia. Ser enclenque y enfermizo... ¡qué dicha! No sé lo que daría por estar en los puros huesos, como mi primo Bernardino. ¿Te acuerdas de Bernardino, el que estuvo en el colegio con nosotros?

—Pobre muchacho! Vaya si me acuerdo! No habrá vivido mucho tiempo. ¿A qué edad murió?

—¿Que no habrá vivido mucho tiempo? ¿Que á qué edad murió? Tú te chanceas. Bernardino está vivo y muy vivo; y gracias á su naturaleza raquítica y miserable, todo le ha salido bien, mientras que yo...

—No te comprendo.

—Pues nada más fácil. Salimos del colegio y en el mismo día fuimos á graduarnos de bachilleres. Yo entré el primero y tuve la desgracia de equivocarme en una fecha. El examinador me miró con aire enojado y dirigiéndose á su compañero exclamó: Un muchacho como este, tan robusto y tan ignorante, necesita estudiar para adelgazar un poco... y dicho y hecho; me dieron calabazas.

Bernardino, por el contrario, se presentó pálido, interesante y parecía que apenas podía sostenerse. El profesor le examinó con marcada emoción y dijo en voz baja al que tenía á su lado: «¡Pobrecillo!... se muere!»

Despues añadió en alta voz: «Amigo mio, repóngase usted. Comprendemos que un largo exámen le fatigaría y solo le haremos una ó dos preguntas. ¿No es verdad que Cristóbal Colon fué el que descubrió el Nuevo Mundo?... Perfectamente. Al cabo de cinco minutos, gracias á su débil constitución, Bernardino fué aprobado por unanimidad.

—¡Diablo! murmuré involuntariamente.

—No he concluido todavía. Los dos solicitamos una plaza de la misma dependencia y llegamos juntos á la antecámara del ministro, donde se hallaban ya varios pretendientes. El portero, enterado al ver á Bernardino tan débil y tan pálido, le dijo al oído: «Caballero, en el estado en que V. se encuentra, no debe hacerse esperar... Venga usted conmigo.» Y pasó el primero y obtuvo en seguida el destino vacante. Yo fui despedido.

—¡Diablo! exclamé otra vez.

—Tén paciencia. Un día Bernardino y yo fuimos á Aranjuez por el ferrocarril. Con el pretexto de que estaba muy delicado y el aire le incomodaba, quiso obligar á un viajero á que cerrara una ventanilla. De aquí se originó una cuestión, y como Bernardino es insolente, detrás de la cuestión vino el desafío.

Por la noche, nuestros amigos me vinieron á buscar y me dijeron: «Tu primo se halla muy delicado de salud y no puede batirse... Un soplo de aire le derribaría... Tú que eres fuerte y robusto, debes volver por el honor de la familia. Al día siguiente recibí por Bernardino una soberbia estocada.

—¡Demonio! Eso, ya...

—¡Hola! ¡Empiezas á participar de mi opinión?

Pues aun no he concluido.

Andando el tiempo, encontramos en nuestro camino una jóven... un ángel, amigo mio... Bernardino y yo nos enamoramos de ella y convenimos en dejarla libre, para que eligiese, entre los dos, al que había de ser su esposo. Una mañana, el padre de la niña me suplicó que fuese á verle, y con acento conmo-

vado, me dijo: «Amigo mio, he consultado el corazón de mi hija; bien sabe usted que las muchachas, á los diez y ocho años, son un poquillo románticas... y francamente, la exagerada gordura de V. y sus colorados mofetes, no pueden inspirar... En una palabra, Eloisa ama á su primo de V. Ella quiere ser el ángel de su existencia, cruelmente trabajada por el lastimoso estado de su salud. Mi hija es poética y adora la *caída de las hojas*. ¿Qué quiere V.? Despues de todo, V. no puede resentirse porque se conceda á su pobre primo este último consuelo.»

Un mes despues, Bernardino se hallaba casado, y yo continué soltero.

Me he dedicado á la literatura; él también publica un libro y se lo arrebatan y se lee con avidez. Se pone en escena un drama ó una comedia suya y se aplaude con furor. ¿Cómo desairar á un escritor que apenas puede sostener la pluma con su débil mano! En cambio yo he pagado por él. Me han dirigido sátiras mordaces, me han escrito sangrientas críticas y he escuchado silbas horribles. Pero ¿qué importa? Yo tengo la fuerza suficiente para soportarlo todo!

En cualquiera parte y siempre, para él llueven beneficios, para mí desgracias.

En una comida, los platos mas delicados para Bernardino; en un salón, el sitio mas cómodo y abrigado, para Bernardino... Para mí zanahorias y aires colados. Y ¡aun vienes á felicitarme por misalud y robustez? Vaya, ¡adios, adios!

—Pero escucha; tú, al menos, tendrás el consuelo de vivir mas...

—¿Mas?... Pues bien, ¡no, ni aun eso! Antes de ayer me ha dicho el médico: «Desconfie V... vea V. á su primo; con su facha raquítica puede vivir cien años, mientras que V., con su robustez excesiva y su fuerza de sangre, se halla muy expuesto á un ataque de apoplejía.»

Y Amadeo se alejó levantando las manos al cielo.

¡Pobre Amadeo!... ¡Diablo de Bernardino! ¿Será verdad el refrán que dice: *No hay mal que por bien no venga?*

EDUARDO BUSTILLO.

A LA MARINA.

NAVEGACION TERMOMÉTRICA.

Hasta últimos del pasado siglo estuvo la navegación sujeta á derrotas rutinarias, hijas de los conocimientos teóricos muy limitados, y aun la mayoría de estos muy vagos, que poseían los marinos, así es que no supieron aprovecharse del conocimiento de las diferentes temperaturas del agua del mar.

Quizá el primero que reparó en ello y se aprovechó, fué el ballenero de Nantucket, Folger, que no encontraba las ballenas en aguas de ciertas temperaturas. Este marino, hombre de mucha navegación y de conocimientos nada comunes en su época, trazó una carta del *Gulf-Stream*, hija solamente de sus observaciones, á ruegos del Dr. Franklin que la mandó grabar en Tower-Hill (año 1770.)

Desde entonces el citado doctor estudió con sumo interés las temperaturas oceánicas, escribiendo en consecuencia un tratado de Navegación Termométrica. Con igual tema escribió otro cuaderno en 1790 Jhonatham Williams.

En las marinas de guerra se han hecho desde las expresadas fechas numerosas y fructíferas observaciones termométricas en todos los mares, no tan solo para la situación del buque en una corriente ó para evitar algun peligro, sino que también para el estudio de la Geografía Física del Mar, moderna ciencia iniciada por el inolvidable Maury, y que nos va descubriendo los más secretos enigmas del Océano.

Como sabe todo marino, en el mar tenemos los dos sistemas de corrientes; las frías ó polares y las templadas ó ecuatoriales. Las primeras, como lo indica su nombre, vienen del Polo, y las segundas del Ecuador, siendo estas mas cálidas que la temperatura del ambiente y aquellas de temperatura más baja que la atmósfera adyacente.

Esta tan sabia circulación oceánica que calienta las aguas en los hornillos

ecuatoriales para trasladarlas despues á mitigar el rudo clima de las regiones polares, proviene, como se comprende al momento, de que las aguas de la zona tórrida á causa del gran caldeoamiento que sufren, se dilatan aumentando de volumen, dirigiéndose en consecuencia hácia el menor nivel de los polos y dejando por el camino una gran evaporación, lo que hace que sus aguas teniendo á igual volumen más materiales componentes, sean de un color azul negrozco ó turquí que tanto la caracteriza. Estas mismas aguas en pasando los Trópicos se enfrían hasta llegar á las regiones polares, recibiendo por el camino las lluvias procedentes de la evaporación que expidieron en la zona tórrida. Enfrías las aguas en las regiones polares, se lanzan hácia el Ecuador á fin de restablecer el equilibrio pasando en corrientes frías muchas veces por debajo de las templadas, por su mayor peso, ó orillándolas, señalándolas un cauce como en un río.

Estas corrientes fijas y templadas forman en cada Océano un circuito completo, dejando en su centro una área de aguas tranquilas en donde se reúnen las algas, maderas, yerbas, etc., espacios estos que los marinos llaman *mares de sargazo*. Buen disgusto le causó al insigne Colon el encontrar el mar de sargazo del Atlántico del Norte, pues su gente se creyó haber llegado al límite navegable. Lo que pasa con estos circuitos oceánicos lo podemos ver en pequeña escala echando en un vaso lleno de agua pajitas ó polvo, é imprimiendo al agua un movimiento de rotación.

En mares despejados las corrientes tropicales se dirigen al N. y S. segun el hemisferio, si la Tierra no tuviera el movimiento diurno, pero á causa de la rotación toman las aguas una inclinación hácia el NE. en el hemisferio del N. y hácia el SE. en el hemisferio del S. Pero los continentes, islas, y bajos desvían las direcciones naturales de las corrientes, haciéndolas seguir su línea de costa ó cambiar completamente de rumbo á causa de choques y bifurcaciones.

De todos modos, siempre que el marino halle que la temperatura del agua del mar es mayor que la del ambiente, señal que está bajo el dominio de una corriente N. ó NE., siendo su intensidad mayor cuanto mayor sea el color turquí de su azul y mayor la diferencia de temperatura. Si el marino halla que el agua del mar está en una temperatura mucho más baja que el ambiente, señal de que está en una corriente S. ó SO., y será tanto mayor su intensidad, cuanto mayor sea la diferencia de temperatura y el color claro del azul de sus aguas.

Además, se ha observado que las aguas al acercarse á una costa, banco ó bajo, disminuyen la temperatura, observando las siguientes reglas:

1.º El agua sobre los bajos es mas fría que la del profundo Océano, y está más fría en razón de su menor profundidad.

2.º El agua sobre los bajos pequeños está menos fría que sobre los grandes.

3.º El agua sobre bajos cercanos á la costa está menos fría que sobre los bajos más distantes, pero más fría que la del mar adyacente.

4.º El agua cerca de costas acantiladas está menos fría, que cerca de costas con playa.

5.º El agua en las cercanías de una banca de nieve está mucho más fría que la adyacente, pudiéndose notar la diferencia hasta cinco millas de distancia de los bancos, si esta es crecida y se halla á barlovento y hasta tres millas si se halla á sotavento.

Para seguir la navegación termométrica de un modo provechoso, conviene que los termómetros que se usen sean de regular calibre á fin de poder ver la graduación sin dificultad por la noche, y poder apreciar hasta cuartos de grados.

Para hallar la temperatura del agua del mar, se saca esta por medio de un balde, siempre por sotavento y lejos de los remolinos y aguas que vienen de la proa, luego se mete el termómetro en el balde por un intervalo de dos minutos á la sombra y lejos del derrame de alguna vela.

En circunstancias normales es conveniente sondar el termómetro cada media guardia ó dos horas mas á las

nueve de la mañana y á las tres de la tarde, horas de la máxima y mínima mareas atmosféricas.

La navegacion termométrica, como se comprende, es de una gran utilidad á toda navegacion, pues que nos indica á corta diferencia el rumbo de las corrientes y la proximidad de costas, bancos y bajos; pero los marinos que más deben usarla y muy concienzudamente, son los balleneros que se internan en las regiones polares tan afectas á densas neblinas y á encontrar bancas tan peligrosas para los buques.

El infrascrito, en sus viajes á las Antillas, Seno Méjicano y Estados Unidos, no tan solo ha determinado siempre las corrientes por medio del termómetro, pudiendo llevar un trabajo de estima sin gran error; sino que en 16 de Diciembre de 1867 en su viaje de Nueva Orleans á Málaga se situó por medio del termómetro sobre el Banco Kutusoff, de 110 metros de agua, determinando el momento de entrada á las 8 1/4 de la noche, y el de salida á las 9 3/4. El agua de sobre el banco se mantuvo siempre á 63 y 64.5, siendo la temperatura de la adyacente al banco 66 (Fahrenheit).

La Direccion de Hidrografia de Madrid mandó imprimir el cuaderno citado de Jhonatham Williams, traducido por el presbítero D. Cipriano Vimercati.

JOSÉ RICART Y GIRALT.

TEATRO DE SHAKSPEARE.

La primera figura que se presenta, eclipsando á todas las demás, en el teatro inglés, es la de Guillermo Shakspeare. Propiamente hablando, no tiene antecesores ni sucesores. Shakspeare constituye por sí solo un teatro; pero de tal amplitud y grandeza, en cuanto al conocimiento del alma humana, que no ha tenido igual en ninguna nacion, ni en ningún tiempo. Aquel genio poderoso no se siente atado por las cadenas de la imitacion. Busca en sí propio la fuerza dramática, y la encuentra varia é inagotable, y la emplea con calor y con ímpetu incomparables, sin cuidarse de lo que hicieron griegos y romanos. A un espíritu de observacion de extraordinario alcance, á una sensibilidad privilegiada y á un sentimiento poético de primer orden, unia Shakspeare la imaginacion más fecunda, más flexible y más universal que ha tenido acaso ser alguno en la tierra. Era su facultad soberana. Todo lo abarcaba aquel ingenio singular. Lo real y lo ideal, lo bueno y lo malo, la risa y el llanto, lo material y lo fantástico, lo positivo y lo abstracto, lo terrestre y lo divino: todo alcanzaba á comprenderlo y á expresarlo. Poseía, cual ningún otro, el secreto de las pasiones humanas, y no se contentaba, como otros poetas esclarecidos, con la impresion superficial y, por decirlo así, poética del movimiento de la vida. Era eminentemente profundo y analítico, y bajaba siempre, para sorprender sus más recónditos impulsos, hasta el fondo del corazón. Reunía y amalgamaba en maravilloso conjunto los grandes instintos del filósofo, del historiador y del poeta.

Le han acusado de dar en sus cuadros sobrado realce á la perversidad humana. El hecho es indudable; pero la acusacion es propia de una crítica estéril y apocada. Shakspeare no hace nada á medias. Retrata con pincel vigoroso, así la perversidad como la virtud, porque sus figuras no son copias individuales de la vida comun; son emblemas de los afectos y de las pasiones de los hombres, y estos emblemas deben ser pintados con grandeza, y llegar á las consecuencias extremas de los móviles decisivos de las acciones humanas. En esto coincide Shakspeare, sin saberlo, con el teatro griego, que lo engrandece todo, levantando lo malo y lo bueno á una esfera ideal.

Los crímenes de los personajes de Shakspeare son gigantescos, porque son gigantescas las concepciones de este grande hombre. Shakspeare habia apurado en vicisitudes desventuradas y humillantes, la hiel de la vida, y propendia, por lo general, á considerar la humanidad bajo un aspecto extremadamente severo y sombrío. Iago y Ricardo III son el ideal de la maldad; pero

¡cuán odiosa la presenta! ¡Cuán distante está Shakspeare, en esta parte, de los escritores modernos; de lord Byron, por ejemplo, que se complace en revestir á don Juan, á Cain, á Sardanápalo y á otros personajes perversos, de cierto barniz de falsa grandeza! Este afán de crear *criminales sublimes*, que por desgracia se encuentra en muchos de nuestros romances vulgares, monstruosas apoteosis de sanguinarios bandoleros, no cabia en el sano entendimiento de Shakspeare. Despedaza á veces, sin miramiento alguno, el alma y los ojos con espectáculos horriblos; pero lo hace buscando en ello la leccion moral. Sus delinquentes son lo que deben ser en la escena: verdaderos delinquentes, repugnantes y desalmados. ¿Qué importa que en el teatro despliegue la perversidad todo su poder, y quite la máscara á todos sus secretos, si el poeta logra inspirar con ellos al espectador aversion y espanto? Hasta las mujeres de los dramas de Shakspeare causan indecible horror, cuando las pinta dominadas por abominables instintos. Góneril, Lady Macbeth, Créssida, son cuadros magistrales de femineal depravacion. Shakspeare no se satisface, como casi todos los escritores dramáticos, con bosquejar los efectos de las malas pasiones: pinta sus vaivenes, su fuerza progresiva, que corroe y tira el corazón, y acaba por presentar sus desastrosos afectos como lógicas consecuencias de los extravíos del alma. Esta es la alta enseñanza moral de la escena, y en ella nadie aventaja al gran dramático inglés.

Cuando, por el contrario, quiere describir el aspecto noble, puro y risueño de la humanidad, ¿quién sabe, como él, pintar tipos de gloria, de virtud y de moral grandeza? Juan de Gaunt es un modelo venerable de la lealtad de un caballero, comparable á los del teatro español, fértil y copioso campo de virtudes caballerescas: Ricardo II, corregido en la amarga escuela del infortunio de sus juveniles extravíos, es uno de los caracteres más nobles y levantados que puede ofrecer la historia de las turbaciones políticas de los Estados. Poseído de la alta idea de que, aun destronado, debe mantener intacta la majestad de los monarcas, ve en su persona, más que un hombre, una institucion sagrada, y este sentimiento infunde en su ánimo una fortaleza sublime, que le impide manchar en lo más mínimo su augusto é indeleble carácter. Pero la figura de Enrique V, eclipsa, en arrojo, en lealtad y en cortesía, á todas las demás. Es un dechado de monarcas, de adalides y de caballeros.

En los caracteres de mujer llega el genio de Shakspeare á la más alta perfeccion. Este *titan de la tragedia*, como le ha llamado la Alemania moderna; ese escritor, que, sin contemplacion á la parte melindrosa del público, lleva hasta la violencia la pintura del crimen en las almas desenfrenadas, retrata á las mujeres inocentes y puras con una verdad y una delicadeza á que no ha llegado ningún otro escritor dramático. No son los *viragos* políticos de Corneille; son mujeres verdaderas, con su embeleso, su irreflexion y sus encendidos afectos. Desdémona, Viola, Ofelia, Miranda, Cordelia, Julieta, Virginia, Imógenes, ¡qué coro de ángeles! Todas estas mujeres son diferentes. Solo se asemejan en el candor, en la fidelidad, en el amor á Dios y á sus deberes, en la nobleza de sus sentimientos, en ese canto indefinible de la mujer honrada, que Shakspeare sentia con intenso fervor.

El espíritu cristiano y caballeresco de la Edad Media, contrastando en ello abiertamente con la civilizacion pagana, habia idealizado el amor, y convertido este sentimiento en una mezcla de afecto humano y de veneracion divina. Shakspeare vivia en un tiempo en que no se habian entibiado todavia aquellas místicas tendencias, que cuadraban grandemente á la índole genial del poeta. El no aborrecia, como Eurípides, á las mujeres: «El amor es mi único pecado», decia donairoamente; y la perfeccion ideal de aquellas celestiales figuras demuestra que llevaba hasta el éxtasis la delicada ternura y la especie de adoracion que les profesaba.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

PARTE HISTORICA

DEL PROCESO DEL GENERAL BAZAINE.

PRIMER CONSEJO DE GUERRA.

PRESIDENCIA DEL DUQUE DE AUMALE.

(Continuacion).

Sesion del 16 de Octubre.

P.—¿Le hablasteis de vuestra correspondencia con el príncipe Federico?

R.—No, creo.

P.—¿No le hablasteis de una carta que habiais escrito al general en jefe de las tropas reales? ¿No añadisteis al mismo Regnier que el Gobierno alemán no creia posible tratar de paz más que con el Gobierno imperial?

—No, señor presidente.

P.—¿Os mostró Regnier el salvo-conducto de Mr. de Bismark?

R.—Sí.

P.—¿Y luego un dibujo al pié del cual el príncipe imperial habia estampado su firma?

R.—Sí señor presidente.

P.—¿Se introdujo, pues, mostrándoos un salvo-conducto alemán y una firma del príncipe imperial? ¿Le recibisteis al momento?

R.—Sin dar importancia á su visita.

P.—¿Al poner vuestra firma junto á la del príncipe imperial, no temisteis que las palabras de M. Regnier, tomasen un caracter de autenticidad peligrosa?

R.—No.

P.—¿Cómo pudo, pues, decir M. Regnier que no podiais resistir más que hasta el 18 de Octubre?

R.—No le hice confidencia alguna de este género.

P.—¿No os pidió Regnier que enviáseis al general Bourbaki al lado de la emperatriz, y consentisteis en ello?

R.—No me opuse.

P.—¿Deberíais preguntaros qué resultado esperabais de la marcha del general Bourbaki ó del Mariscal Canrobert bajo el punto de vista de la defensa de Metz, del honor de las armas, y de la salvacion de la patria? Un mariscal de Francia, un general no puede abandonar el ejército sin autorizacion del general en jefe.

Ahora bien, al autorizar esta partida asumiais toda la responsabilidad.

R.—Señor presidente, obraba en interés de Francia.

P.—¿Dejásteis que primero conferenciara monsieur Regnier, con el mariscal y el general?

R.—Sí, señor presidente, despues de haber visto á Regnier, el general Bourbaki me dijo simplemente estas palabras: Pues bien: acepto.

P.—El 25 firmásteis una orden referente á este asunto, autorizando la marcha del general Bourbaki, la cual dice así: «Habiendo mandado llamar la emperatriz al general Bourbaki, este oficial general queda autorizado para marchar al lado de S. M.» En vuestra obra al reproducir esta autorizacion decís: Deseando la emperatriz, en lugar de habiendo mandado llamar.

R.—En ese libro, escrito muchos meses despues de los acontecimientos y por notas reunidas por mi ayudante de campo, pueden haberse deslizado algunas inexactitudes.

P.—¿Pensásteis en asegurar los medios de que el general Bourbaki pudiera emplear para volver á vuestro lado?

R.—Pensé que volveria sin dificultad, porque creia que habia inteligencias entre la emperatriz regente y el gobierno alemán.

Levantóse la sesion; la del viernes empezaria á la una.

Esta última noticia, es decir que no habria sesion al dia siguiente, fué acogida con gran satisfaccion en la tribuna de los periodistas que no están menos contentos que los vocales del consejo de tener un dia de descanso; y como eran las cuatro menos cuarto, la multitud se precipitó hacia las puertas de salida para alcanzar el tren de las cuatro.

Cinco minutos despues, gracias á los carruajes particulares que luchaban en ligereza con los de alquiler de Versailles, la grande alameda de Trianon tenia el aspecto de la de los Campos Elieos al regreso de las carreras de caballos de Longchamps.

Sesion del dia 17 de Octubre.

Continuacion del interrogatorio.

En ese dia la concurrencia fué enorme, mucho mayor que en los dias precedentes, sin contar las personas situadas en los puestos reservados, que son siempre las mismas y de quienes no puede menos de preguntarse, por que todas esas notabilidades extranjeras asisten con tanta asiduidad á unos debates que solo interesan tan particularmente al honor francés.

En efecto, en todos esos personajes, no se ven más que príncipes y princesas rusas, lores y ladies, y es muy probable que se encuentren en el auditorio más alemanes de lo que fuera menester. Las señoras, sobre todo, van en número asistente cada sesion. En el estrado, como siempre, oficiales generales de paisano, magistrados y diplomáticos.

A la una y cinco minutos entró el tribunal en el salon, luego el mariscal Bazaine y se abrió la sesion.

Presentáronse el capitán Chasseloup-Laubat y un guarda forestal citados como testigos, y continuó el interrogatorio.

El duque de Aumale:—Voy á preguntaros, señor mariscal, qué tentativas hicisteis para comunicar con el Gobierno de la defensa nacional. Escribano leed el despacho dirigido al Gobierno con fecha 15 de Setiembre.

P.—¿Cuando dirigisteis este despacho, conociais ya la existencia del Gobierno?

R.—Ya habia enviado á M. Debains y á los emisarios americanos.

P.—Dirigisteis un despacho al Gobierno el 21 de Octubre y desde entonces no hemos hallado el menor rastro de ninguna otra comunicacion vuestra.

(El despacho á que se refiere el duque de Aumale fué dirigido cifrado á M. Gambetta y no llegó á su destino hasta muchos dias despues. Trátase en él de la mala situacion del ejército del Rhin y de la plaza de Metz).

P.—El 24 de Setiembre se os presentó un medio de correspondencia, y no creo que la lealtad os impidiese utilizarlo; ¿dirigisteis al general Bourbaki que diese noticias vuestras al Gobierno de la defensa nacional?

R.—Preciso es ante todo establecer la difícil situacion en que nos encontráramos. Seguramente nos creiamos el ejército del país, lleno de abnegacion por la patria y no tenia para qué decir al general que diese noticias nuestras; pero desde el momento que iba á Inglaterra, que se dirigia al lado de la emperatriz, no podia darle una mision oficial para el Gobierno de la defensa nacional, que no era el Gobierno legítimo.

P.—Ya veis la grande importancia que tenian los informes del 24 de Setiembre, época del viaje del general. Cuando llegaron las primeras noticias vuestras al Gobierno fué el 8 de Octubre, y comprendéis que este retraso se debió á que no disteis una mision especial al general Bourbaki. Lo que os digo no tiene más objeto que haceros comprender toda la importancia de haberos comunicado lo más pronto posible con el Gobierno.

Hé aquí, pues, todos los informes que hicisteis llegar al Gobierno; pero ¿por qué prometisteis al general Bourbaki que la guardia no seria empleada hasta su regreso? ¿No debisteis prescribirle que se pusiera en comunicacion con el Gobierno de la defensa nacional, no en el sentido político, puesto que no eran tales vuestros propósitos, sino en el militar, á fin de que pudiéseis coordinar vuestros movimientos con los esfuerzos que él hacia por su parte?

R.—El general Bourbaki solo podia saber á su regreso de Inglaterra lo que hubiera sido más conveniente en este asunto.

P.—¿Qué comunicaciones recibisteis del Gobierno de la defensa nacional?

R.—Ninguna.

P.—¿No recibisteis cierto número de despachos, entre otros el del coronel Tournier?

R.—No, señor presidente.

P.—¿Es cierto que en vuestra orden del dia, del 5, calificásteis al gobierno de la defensa nacional de un poder ejecutivo?

R.—Cierto; pero las cosas variaron rápidamente.

P.—¿Pero no habiais tenido comuni-

cacion del decreto de 16 de Setiembre convocando los colegios electorales.

R.—No.

P.—¿El general Boyer no os dió conocimiento de los decretos que aplazaban las elecciones?

R.—No de una manera oficial; yo no leía los diarios que se publicaban en Metz.

P.—¿No sospechábais que una asamblea nacional debía reunirse?

R.—No estábamos al corriente de lo que pasaba más que por los diarios alemanes, á los que no podía dar entero crédito.

P.—¿No sabíais nada de los esfuerzos que estaba haciendo la nacion para resistir?

R.—Los diarios hablaban de ello; pero debía temer que lo hicieran bajo su punto de vista, y por tanto no debía tampoco prestarles una fe ciega.

P.—Reconozco tambien que obrábais dentro de los reglamentos. A menudo habeis empleado agentes que han demostrado una gran decision para comunicar con el coronel Tournier, comandante de la plaza de Thionville y otros. ¿No recordais todos los esfuerzos que se hicieron para establecer las comunicaciones?

R.—No, señor presidente. Sé únicamente que fueron numerosos y que á veces tuvieron buen éxito.

P.—¿No recordais que hácia el 3 de Octubre advertísteis al agente Flahaut que dijera al coronel Tournier que marcharais hácia Thionville para adquirir víveres?

R.—No lo recuerdo: algunas veces empleé á Flahaut, pero no recuerdo el hecho de que me hablais.

P.—¿No dijisteis al intendente Gaffier que os proponíais marchar hácia Thionville?

R.—He podido decírselo, porque sabía que había provisiones en Thionville.

P.—¿Cómo podíais conciliar el proyecto de poner el ejército en marcha con la impresion que teníais de que despues de la capitulacion de Sedan el ejército corría el riesgo de desbandarse despues de dos dias de marcha?

R.—Esta era una idea general que no podía atarme las manos en aquel momento.

P.—Cuando hablábais de vuestra idea, de vuestro movimiento, ¿no pensábais que el enemigo opondría resistencia?

R.—No he creído que no opondría resistencia.

P.—¿No habeis tenido el pensamiento de que os dejarían libertad para hacer víveres á consecuencia de un convenio como resultado de la partida del general Bourbaki?

R.—De ninguna manera. Nuestras hostilidades con el enemigo no cesaron, y lo prueban los combates de 22, 23 y 27 de Setiembre y del 2, 3 y 7 de Octubre. Las hostilidades no debían cesar por la partida del general Bourbaki.

P.—¿No habeis sabido nada de las negociaciones de Ferrieres?

R.—No.

P.—¿No se ocupaban de ellas los periódicos alemanes que leíais?

R.—No. Solamente oí hablar de ciertos viajes de M Julio Favre.

P.—¿Y no habeis sabido nada de los pasos dados cerca de las potencias neutrales?

R.—No podía estar iniciado en los secretos de la diplomacia.

P.—En una palabra; no habeis oído hablar de ninguna negociacion para la paz. Sin embargo, esperábais ver abrirse próximamente las negociaciones. ¿Y no habeis pensado que en tales circunstancias el mejor medio de favorecer estas negociaciones y ayudar á su realizacion hubiese sido adoptar una actitud militar más enérgica y mas resuelta?

R.—He dado constantemente instrucciones especialmente al general Coffinieres, para economizar los víveres.

P.—No habeis pensado que para sostener estas negociaciones era preciso mantener acciones sostenidas. Hemos visto que los combates se sostenían rigurosamente é indicaban la fuerza de resistencia del ejército. Pero solo eran combates para adquirir forrajes. Eran operaciones de detalle, pero ¿no hubieran apoyado mejor las negociaciones empezadas y causado mayor temor al enemigo, si dichas operaciones se hubiesen llevado á cabo en mayor escala?

R.—Teníamos de 16 á 18.000 heridos. Los hospitales estaban atestados. Debíamos cuidar á nuestros heridos, pues el ejército alemán, aunque perdiese 100 hombres eran reemplazados inmediatamente con 300, mientras que para nosotros perder 100 hombres era mucho. Yo seguía mis ideas de conservar un ejército en tal estado, que en la paz pudiese servir á mi país, como ulteriormente ha servido.

P.—¿Es decir que no creéis que fuese útil para facilitar las negociaciones ó emprender operaciones formales?

R.—No. Habíamos perdido mucha gente, y por otra parte un artículo del reglamento me prescribía economizar mis tropas.

P.—Sin embargo, sabiendo que se habían entablado negociaciones y preparándoos vos mismo á abrirlas con el enemigo, ¿disponíais la marcha sobre Thionville sin tener esperanza segura de salir bien?

R.—Solo tenía datos muy incompletos.

P.—Pero os preparábais á negociar, y no es la iniciacion el mejor auxiliar de las negociaciones.

R.—Repito que habíamos sufrido pérdidas muy sensibles.

P.—Pero este conjunto de operaciones militares de que se ha hablado ya, ¿representa acaso todo lo que podía intentarse y llevarse á cabo por medio de las armas?

R.—Quería saber lo que había resultado de la mision de Bourbaki; en el fondo este era un lazo para sorprender á M. Bismark. Era una táctica mia. Nada en contrario he dicho en mis comunicaciones con M. Regnier. En los primeros dias de Octubre empezaron á organizarse las fuerzas nacionales. Por mi parte he hecho en mi esfera todo cuanto podía hacer.

P.—Supongo, que en el mes de Setiembre contando aun con 120.000 hombres, caballos, municiones, no podíais imaginar que había que pensar en una capitulacion. ¿Creéis que os fuese permitido el tomar la resolucion por vos mismo de entrar en negociaciones, aunque fuera cambiando la palabra «Capitulacion», por la de «Convenion militar»? No trato de poner en tela de juicio la extension de los poderes que se os habían confiados. Teníais el honor de ser jefe del ejército, mariscal de Francia, gobernador de Metz, y vuestra larga y gloriosa página en la historia de nuestro país, todo os daba extensos poderes; pero os pregunto: ¿podíais tratar con el enemigo sin dar aviso previo al Gobierno?

R.—Señor presidente, no había Gobierno, no me aconsejaba más que de mi conciencia y esta me decía que procurase tratar.

P.—Francia existía siempre. ¿De modo que con vuestra capitulacion entendíais dejar abandonada la plaza de Metz á sus propios recursos y retiraros en libertad á cierta distancia.

R.—No, señor presidente.

P.—¿Teníais el propósito de exigir del enemigo que un número igual de sus soldados dejara las armas.

R.—Nada se llevó á cabo; pero es probable que siempre habría obrado en favor de los intereses de la nacion.

P.—Mas la neutralizacion de cierto número de enemigos tampoco hubiera sido una cláusula de grande igualdad, porque vuestro ejército se componía de todos los cuerpos.

R.—Es cierto, señor presidente, pero en todos los cuadros había grandes bajas.

P.—Me veo obligado á rogaros que preciséis los términos de esa convenion en que pensábais. ¿No dijisteis á Regnier que lo que exigíais era que vuestro ejército se retirase con los honores de la guerra y quedara neutral hasta el fin de las hostilidades?

R.—No recuerdo absolutamente lo que dije á este propósito.

P.—Os pregunto, si en aquella conversacion hablásteis de la neutralidad del ejército que constituiría la fuerza del Gobierno de la nacion.

R.—Me parece que las palabras de que me serví fueron que se haría lo que se pudiera para apelar al poder constituido del país. En esto obraba y me proponía obrar según las circunstancias.

P.—¿No os pareció peligroso transmitir al enemigo estas palabras: «Sos-

tendremos el orden interior y haremos respetar la convencion?»

¿No habíais considerado hasta qué punto podíais ligaros?

R.—Señor presidente, yo he dicho que no tomaba á Regnier en serio, y á él fué á quien confié estas palabras.

P.—No tomábais á Regnier en serio, convenido; ¿pero fué á ver al conde de Bismark, quien os envió un despacho; le contestásteis y le contestásteis extensamente estableciendo las bases de una capitulacion?

R.—Procuré ponerme en relaciones con el Gobierno alemán solamente para saber si la regencia y ese Gobierno pensaban en negociar.

P.—¿Decía más vuestra carta á M. de Bismark, más de lo que queríais que dijera?

R.—Si no hubiera sido tan leal en todos estos pasos no hubiera reclamado á Berlín todos los documentos que el consejo de guerra tiene á la vista. Mi objeto era detener la guerra ante todo.

P.—Si he insistido en estos particulares es porque deber mio es especificar completamente hasta la naturaleza de los hechos sobre que versa este interrogatorio que vamos á suspender por un momento.

Suspendióse la sesion por 20 minutos y volvió á abrirse á las tres menos cuarto.

El duque de Aumale.—Recibísteis noticias de Regnier despues de su partida?

El Mariscal Bazaine.—No, señor presidente.

P.—¿Supisteis, pues, que no había ya motivo de ocuparos de él?

R.—Sí, señor presidente.

P.—El 7 de Octubre recibísteis del general Coffinieres, la siguiente carta:

«Debo informar á V. E. del estado de los recursos de víveres y municiones de la ciudad de Metz y de los almacenes de la plaza.

«Las autoridades civiles me han manifestado que solo tienen trigo para diez dias.

«Los almacenes de la plaza no contienen desde esta mañana más que 832.479 raciones de pan; ahora bien, como el número de los que las reciben es de 160.000, no tenemos más que para cinco dias.

«Si V. E. juzga conveniente disminuir la racion de pan á 300 gramos, elevando la racion de carne á 1.000 gramos, podremos vivir ocho dias más. Me veo obligado, bien á pesar mio, á dar al consumo la reserva de los fuertes.

«Hay que añadir que la ciudad consume unos 350 quintales diarios. La fusion de estos recursos con los nuestros podría á lo sumo hacernos ganar un dia. El tercer cuerpo posee unos 200 quintales de harina.»

En el mismo dia escribíais á los jefes de cuerpos:

«*Bem Saint-Martin* 7 Octubre,

«El momento se aproxima en que el ejército del Rhin se encontrará en un situacion más difícil tal vez que la que ningún ejército francés ha tenido nunca que soportar.

«Los graves acontecimientos políticos y militares que han ocurrido lejos de nosotros y cuyas dolorosas consecuencias sufrimos, no han conmovido ni vuestra fuerza moral ni vuestro valor militar; pero no ignorais que complicaciones de otro género se unen diariamente á las que engendran para nosotros los hechos exteriores. Los víveres empiezan á escasear y en un plazo, muy corto por cierto, nos faltarán por completo.

«La alimentacion de los caballos del ejército y de carga ha llegado á ser un problema, y cada dia que trascurre hace su solucion mas improbable. Nuestros recursos están agotados, los caballos enferman y van á desaparecer. En tan graves circunstancias os llamo para expresaros la situacion y daros parte de mi sentimiento.

«El deber de un general en jefe es no dejar ignorar cosa alguna en caso semejante á los jefes de cuerpo á sus órdenes é ilustrarse con sus pareceres y consejos. Colocado más inmediatamente en contacto con las tropas, debéis saber Mr... lo que se puede esperar de ellas. Así, pues, antes de adoptar una resolucion definitiva, he querido dirigiros este despacho para suplicaros que despues de un maduro y detenido exámen, y de haber conferenciado con los generales

de division de vuestro cuerpo, me manifestéis por escrito vuestra opinion personal y vuestras apreciaciones motivadas.

«Tan luego como tenga conocimiento de este documento, cuya importancia no puede ocultarse á vuestra penetracion, os reuniré de nuevo en consejo supremo, del que saldrá la solucion definitiva de la situacion del ejército cuyo mando me confié S. M. el emperador,

«Os suplico que me deis conocimiento por escrito, ántes de 48 horas, la opinion que tengo el honor de pedir, y acusarme recibo del presente despacho.»

El duque de Aumale.—En contestacion á la carta anterior, los jefes de los cuerpos de vuestro ejército, os enviaron los informes que van á leerse.

El escribano Cartres leyó efectivamente los documentos citados por el duque de Aumale, debiendo advertir que los jefes de cuerpo, en el consejo de 10 de Octubre, emitieron todos su parecer, bajo distintas formas, de que era preciso entrar en negociaciones si el enemigo ofrecía condiciones honorosas, y en el caso contrario, que era preciso intentar un esfuerzo supremo.

P.—Desearia saber, señor mariscal, ¿por qué cuando reunísteis despues á vuestros jefes de cuerpo, no se leyeron más que ciertos informes?

R.—No creí que fuese necesario leerlos todos.

P.—Mas, ¿por qué en la primera reunion no hablásteis ni de M. Regnier, ni de los pasos que habíais dado, ni de las comunicaciones del conde de Bismark, ni de la partida del general Bourbaki?

Tal vez si vuestros jefes hubieran conocido todos estos hechos, hubiesen modificado el parecer que emitieron.

R.—Estaban enterados de la llegada de Regnier y de la marcha del general Bourbaki. Respecto á mi carta del 29, este era un hecho puramente personal, cuya responsabilidad absoluta y completa debía asumir yo solo.

P.—Regnier no había dado cuenta de su persona, el general Bourbaki no había regresado; ¿no creéis que hubiera sido conveniente ó necesario informar á los jefes de cuerpo de las negociaciones entabladas?

R.—¿Dios mio! Señor presidente, ya he dicho, y repito, que no consideraba como cosa seria aquellas negociaciones. Además, esos señores conocían la llegada de Regnier, y la partida del general Bourbaki, y como yo no hacía más que pedirles su opinion, la responsabilidad de las resoluciones era exclusivamente mia.

P.—Sí; pero entonces, como os decía hace poco, ¿no habiendo regresado el general Bourbaki, ni escrito nada Regnier, ni habiendo sido contestada vuestra carta del 29 hubiérais debido hablar á los jefes de cuerpos del principio de las proposiciones hechas al enemigo?

R.—Señor presidente, ya he tenido el honor de deciros que el viaje de Regnier y la marcha del general Bourbaki eran cosas conocidas, y que mi carta del 29 era un asunto personal mio.

P.—Al día siguiente, 11 de Octubre, los diarios de Metz insertaron un comunicado concebido en estos términos:

«En contestacion á las falsas noticias esparcidas en la ciudad, el mariscal general en jefe, que no ha recibido parte alguno en confirmacion de los favorables hechos de armas que se suponen verificados en París, se limita á desear su realizacion, y asegurar á los habitantes de Metz que nada se les oculta; tengan, pues, confianza en su lealtad.

Por lo demás, hasta hoy el mariscal ha comunicado siempre á la autoridad militar de Metz los diarios franceses ó alemanes que han llegado á sus manos.

Aprovecho además esta ocasion para asegurar que desde que empezó el bloqueo jamás ha recibido comunicacion alguna del gobierno á pesar de cuantas tentativas he hecho para establecer relaciones.

Suceda lo que quiera, un solo pensamiento debe ocupar el ánimo de todos, la defensa del país; ni más que un grito puede salir de vuestros pechos: «¡Viva Francia!»

Debo, pues, preguntaros si cuantos pasos disteis fueron imperados por el pensamiento que había inspirado esas nobles palabras.

R.—Todos mis actos, todas mis medidas estaban inspiradas por el honor de

mi ejército y la salvación de Francia.

P.—Hé aquí las instrucciones que disteis al coronel Boyer:

«En el momento en que la sociedad amenazada por la actitud que ha tomado un partido violento, y cuyas tendencias no pueden tener por resultado la solución que ansían todos los espíritus sanos, el mariscal jefe del ejército del Rhin, imperándose en su deseo de salvar al país de sus propios excesos, interroga á su conciencia y se pregunta si el ejército á sus órdenes no está acaso destinado á servir de palladium á la sociedad.

«La cuestión militar esta juzgada, los ejércitos alemanes han quedado victoriosos, y S. M. el rey de Prusia no podría dar gran precio al estéril triunfo que obtendría disolviendo la única fuerza que podría en la actualidad dominar la anarquía en nuestro desgraciado país y asegurar á Francia como á Europa una tranquilidad tan necesaria, despues de las violentas conmociones que acaban de agitarla.

«La intervención de un ejército extranjero, aun victorioso; en los asuntos de un país tan impresionable como Francia, en una capital tan nerviosa como Paris, podría no tener resultado, sobreescribir de una manera ilimitada los ánimos y ocasionar desgracias incalculables.

«La acción de un ejército faances, organizado aun, en buen estado de moralidad, y que despues de haber lealmente combatido al ejército aleman, tiene la convicción de haber sabido conquistar la estimación de sus adversarios, sería de un peso enorme en las circunstancias actuales. Restablecería el orden y protegería la sociedad, cuyos intereses son comunes con los de Europa.

«Daría á Prusia, á consecuencia de esa misma acción, una garantía de las prendas que tuvieron que reclamar en la actualidad, y en fin, contribuiría al advenimiento de un poder regular y legal, con el que podrían reanudarse relaciones de toda especie sin sacudimientos y legalmente.»

P.—¡Creeis, señor mariscal, que las instrucciones comunicadas por vos á M. Boyer tuvieran el carácter de una conversación política más que militar?

R.—Yo no habria admitido una conversación política.

TEATRO DE APOLO.

Próxima la terminación de las obras de adorno del teatro de Apolo, creemos oportuno dar á nuestros lectores una idea, siquiera sea ligera, de tan celebrado edificio.

Cinco puertas con cancelas de hierro, de las cuales las tres del centro son bastante anchas, con arcos de medio punto, dan paso al primer vestíbulo, en el que, además de seis magníficas columnas imitadas á mármol y dos de hierro que sostienen las techumbres se han colocado hermosos jarrones y bien modeladas estatuas de bronce. El techo, las paredes y los capiteles de las columnas están también perfectamente imitados á piedra. Detrás de este hay un segundo y tercer vestíbulo. El segundo, con montera de cristal, tiene á su izquierda la contaduría y á su derecha el café. En el tercero, que conduce derechamente á la galería de entrada á las butacas, teniendo á derecha é izquierda las escaleras de los pisos superiores, se han colocado también algunas estatuas de bronce, arañas del mismo metal, y su techo y sus paredes se están imitando al color natural de aquellos objetos.

En el centro del piso primero se encuentra el diván de descanso, lujosa y hermosamente decorado, según el gusto del Renacimiento y siguiendo los más severos preceptos del arte; el techo, cuyo mérito excede de toda ponderación, es debido al pincel del reputado artista señor Sanz, y representa á Mercurio conduciendo á nuestro planeta las musas del arte en sus múltiples y variadas manifestaciones. Son de admirar en este trabajo, que honra á su autor, la perfección del dibujo, la frescura de las tintas y la entonación y valentía del colorido. En dicho piso se hallan los palcos entresuelos, harto capaces y cómodos. La delantera exterior de estos palcos, ó sea el

antepecho, está caprichosamente adornado con una colección de retratos de nuestros más insignes artistas y autores dramáticos, cuyos medallones, de una tercia próximamente en redondo, se destacan admirablemente en medio de la profusión de tallados dorados que adornan el frente de dicho antepecho, así como el marco de la embocadura y delanteras exteriores de todos los pisos.

La sala es de forma de herradura y bastante espaciosa, algo más capaz que la del teatro de la Zarzuela; las butacas, que de un momento á otro han de colocarse, son riquísimas y en extremo elegantes. El teatro tiene cuatro pisos, contando el bajo, y todo el edificio está sostenido por una serie de columnas de hierro que, arrancando de las plateas, en el último piso, se enlazan entre sí formando arcos de medio punto, sobre los cuales corre la escocia en que tiene asiento la cubierta, cuyo techo, semi-cóncavo, es una media naranja magistralmente pintada por el mencionado Sr. Sanz, y cuya pintura es un inspirado y hermosísimo fresco, representando á Apolo desterrando los errores del Parnaso, á donde llama las virtudes y los deidades que simbolizan las bellas artes.

En los frentes superiores de la embocadura, en el lugar que queda en el techo, entre la media naranja y la embocadura, y en las esquinas que junto á éste tiene aquella, hay magníficos retratos de artistas célebres y deslumbrantes figuras alegóricas.

La embocadura es algo más estrecha que la base de la herradura, cerrada á cada lado con cinco palcos de proscenio, en cuatro de los cuales vienen á concluir las líneas formadas por los antepechos de los pisos respectivos.

El escenario, construido con arreglo á los últimos adelantos, es perfecto y espacioso, y en él pueden representarse, si se quiere, obras de grande espectáculo.

Los candelabros y arañas son de metal dorado y de un gusto artístico admirable. La lucerna es magnífica. El sistema de alumbrado es nuevo en nuestro país y está perfectamente distribuido.

Todo el decorado es lujosísimo, proporcionado y armónico, notándose hasta en el menor detalle el sello característico del arte á que debe rendir profunda adoración el director de dichas obras.

El telón de boca, debido al pincel del acreditado artista catalán Sr. Plá, es una obra maestra; aquellos pliegues de la cortina encarnada, aquellos fondos, aquellos detalles, no son para descritos sino para vistos, sobre todo con luces artificiales.

El distinguido pintor Sr. Dominguez, autor del cuadro *La muerte de Séneca*, premiado en Madrid y en Viena, está acabando una decoración para el nuevo coliseo. Según nuestras noticias, en la primera función se estrenarán, además del telón del Sr. Plá, una decoración de calle de los Sres. Ferri y Busato, otra de salón del Sr. Muriel, y probablemente la del Sr. Dominguez.

Los corredores, cuyas paredes están estucadas, son en extremo anchos, ventilados y cómodos.

El teatro de Apolo, que debe abrir sus puertas al público en los primeros días de Diciembre, es sin disputa el primero de los coliseos de España, y no es aventurado afirmar que tendrá pocos rivales en el extranjero.

Confiada la dirección de este teatro al notabilísimo actor é inteligente empresario D. Manuel Catalina, figurando como figura en esta notable compañía la eminente Matilde Diez, no es posible desconocer la grandísima importancia de dicho coliseo, que, en la actual temporada, ha de influir poderosamente en el desarrollo de las letras y de las artes.

Hoy que las letras y las artes, por efecto de la perturbación que nos trabaja, atraviesa uno de esos periodos de abatimiento y de decadencia que en tan grave peligro ponen la ilustración y la cultura de los pueblos que de las artes y las letras se derivan principalmente; hoy que las fogosas contiendas de la política absorben la pública atención, esterilizando los nobles esfuerzos de los que á un fin más bello se encaminan, consuela algo ver que hay todavía quien guarda vivo en su alma el sentimiento del arte, y al arte consagra su

inteligencia, sus recursos y su actividad.

En este concepto, el Sr. Gargollo, propietario del nuevo teatro de la calle de Alcalá, ha merecido bien de la patria literatura. Sin solicitar el concurso de nadie cuando de tan árdua empresa se trataba y cuando tan pocas garantías de paz y estabilidad ofrecía la situación política de nuestro país, el Sr. Gargollo arriesgaba considerables sumas y emprendía la construcción del teatro de Apolo que, concluido hoy, gracias á su iniciativa y á sus solos recursos, es el más suntuoso templo erigido al divino arte de Talía, á lo cual deben estarle agradecidos todos los amantes del progreso de y la civilización.—F.

BIBLIOGRAFÍA.

EPISODIOS NACIONALES, por D. Benito Pérez Galdós. —La batalla de Trafalgar. —La corte de Carlos IV. —El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.

Voy á faltarme á mí mismo. Sin que nadie me lo indique ni me lo exija; sin que, como en otro tiempo, la impaciente mano del cajista necesite para pasto de sus dedos y ganancia de su jornal y del mío, casi siempre menor que el suyo, de las líneas que precipitadamente iba emborronando; sin que crea tampoco que importen mucho á la fama y provecho del autor estos insulsos renglones, es lo cierto que acabo de leer de una *acostada*, que no *sentada*, pues todavía no he encontrado silla alguna más cómoda que mi ancho y mullido lecho, el último de los *Episodios nacionales*, del Sr. Pérez Galdós, y á pesar de mi pereza, de mi desconfianza y hasta de mis temores de echar á perder la publicación si pongo mano en ella, como obra de arte y como empresa de lucro, no puedo menos, antes que se me pase la impresión recibida y se borren las consideraciones que acuden á mi mente, de escribir lo que quiero y se me antoje, y no á guisa de crítico, papel de que huyo cielos y tierra, ni á modo de admirador, ni tampoco de amigo, ni menos de obligado, sino *porque sí*, como dijo Olona, del por qué son valientes los españoles, y con el indisputable derecho de quien hace lo que quiere, no estando este querer comprendido en las autorizaciones con que han autorizado las Cortes á mi autorizado amigo D. Emilio Castelar.

Hace tiempo que devano yo en mi soserá un ovillo, sin haber conseguido deshacer el enredo que siempre me detiene en mi tarea. El ovillo es España. El enredo lo contenido en las siguientes preguntas:

¿Son los Españoles perezosos ó convencidos?... ¿No quieren trabajar ó sacan poco del trabajo?

Me explicaré. Al recorrer la Península de Sur á Norte y de Este á Oeste, encuentro un pueblo fuerte, rudo, sufrido, enérgico, sano y robusto. En todas las miradas brilla la inteligencia, en todos los movimientos la fuerza, en todos los tonos é inflexiones de la voz el despejo y la alegría... ¿Es feliz este pueblo?... Parece que sí.

Pues profundicemos un poco.

De cada diez individuos sabe leer uno y escribir medio; de cada diez campesinos nueve se hallan de lo peor *hateados* del mundo, todas las décadas hay una revolución general y mil motines parciales, las locomotoras, monstruos de la civilización, se detienen ante los raills destrozados, como Colon ante una tibia humana roída por canibales; el alambre de los telégrafos, cual nervio de persona muerta, yace á trozos por el arrecife de las carreteras y la electricidad tartamudea apenas, en vez de proseguir su elocuente y múltiple charla por los ámbitos de la trasparente atmósfera; á lo mejor se vé un drama con el siguiente título: *Diego Corrientes ó el bandido GENE-ROSO* ó un cura echando incienso á todo dios con un tabuco: ó un general gritando: «¡Presidarios, hermanos míos, preparen, apunten, er!» ó se escuchan los siguientes dichos: «*Debe y no pagues que somos mortales. Tuyo ó ajeno no te acuestes sin dinero. Fíate en la Virgen y no corras.*»

Los que quieren trabajar piden protección al gobierno; mientras los que trabajan tienen ya tal protección; y los

gobiernos echan la culpa á los pueblos y los pueblos á los gobiernos, y nadie quiere consumos, nadie capitación, nadie quintas, y todos piden más consumos, más contribuciones, más quintas; y cada cual vocifera libertad y pega; y cada cual pega y vocifera libertad; y en la misma tierra, en el mismo día, á la misma hora, la federal y D. Carlos, los cantonales y los teocráticos, el *alfa* y el *omega*. Castelar y Nocedal, Roque Bárcia y Santa Cruz, tienen hecho tablas su asunto con peones españoles, caballos españoles, torres españolas, sin que en este ajedrez extraño quede jamás el juego por ninguno de los mantenedores, sino que se recrudece ó desmaya; según que los peones van logrando entrar en la casilla anhelada ó son devorados por las insidias de otros peones que aspiran á lo mismo, es decir, á comer y á comerse mutuamente.

De este apetito general puede deducirse que los españoles tienen hambre, ó más claro, que son pobres. ¿Lo son y por consecuencia son desgraciados?... Parece que sí.

Y aquí vuelta á enredarse el ovillo. Pues si son pobres ¿por qué no trabajan? Entonces abro la historia y veo al *Tostado* escribir más que él mismo, á Colon descubrir mundos, á Hernán Cortés acumular imperios, á Cervantes asombrando generaciones, y en las tumbas de todos estos caballeros la siguiente inscripción:

«El que no *vivió* de hambre, murió de rabia y abandono! ¡Cuánto trabajaron!»

Y si huyo de la historia y echo mi vista por los tiempos presentes, en vez de encontrar haraganes, solo encuentro hombres de hierro para el trabajo, con una sola diferencia.

Los de aquí, es decir, los que no emigran, se dividen en tres clases:

Usureros.
Capitalistas, á ratos.
Pobres ó mendigos.
Los primeros no se arruinan jamás. Los segundos cada diez años. Los terceros... ¡como los primeros, tampoco se arruinan!

Y digo yo: ¡Qué diablos! En todas partes hay usureros y pobres... Veamos ahora quiénes trabajan.

Me acerco al escultor y no vende.
Al escritor... y tampoco.
Al pintor... id. de lienzo.
Al obrero... y no tiene bastante jornal.
Al fabricante... y tiene demasiados obreros.

A la nación... y debe á los empleados.
A los empleados... y hay para ellos poca nación.
A la Bolsa... y baja.
A la Deuda... y sube.

—¡Vamos! deduzco en seguida, ya me convencí España es pobre.

Esto explica sus emigraciones, su malestar continuado, sus motines y sus apuros, sus conquistas y sus pérdidas.

Si quiero ser rico emigraré.

Si no, si tengo algún pequeño caudal defenderé de la voracidad de los que lo apetezcan; y ya que no puedo ser rico trabajando, puesto que para hacerlo no quiero irme de aquí ni exprimir al prójimo... ¡*me tenderé en el surco!*

Al pronunciar esta frase creo que he desenredado el ovillo, y vuelvo á quedarme pensando.

—Efectivamente, me digo, hé aquí la prueba de que los españoles no son perezosos, sino excépticos para el trabajo.

Hé aquí tal frase tomada no de este ni del otro sofista, sino del pueblo, y no del pueblo afeminado y corrompido de las capitales, no señor, sino del que trabaja rudamente, del que maneja la verdadera riqueza, del amante de la rubia y fecunda Ceres, no el repugnante Pluto, del pueblo agricultor en una palabra.

¿Qué significa *tenderse en el surco*?

¿Qué significa?

Pues no otra cosa sino que un hombre se apodera de la esteva, unce el buey al arado, remueve los terrones, compra el grano y lo deposita en la tierra.

¿Es haragan quien suda en tales surcos? ¿Es poco atrevido quien en ellos siembra su grano?

Esperemos.
Pasa un año y no llueve.
¡Adios surcos... adios grano!
—Hagamos otros dice el labrador.
Y los hace.

Y llovió mucho aquel año.

E hizo al tercero otros surcos.

Y no llovió ni poco ni mucho, sino muy bien y á tiempo; pero cádate aquí que cae un pedrisco.

Y abre otros surcos.

Y no hubo pedrisco, sino ¡qué desgracia!... al ir á meter la hoz en la rubia mies, una plaga de langostas, una inundación del vecino arroyuelo, una carga de caballería entre las autoridades pronunciadas, una invasión de fenicios, de cartagineses, de romanos, de godos, de árabes; de austriacos, de franceses, de internacionalistas ó todo á un tiempo, se llevó con mil demonios el fruto de sus trabajos y afanes.

Y el labrador mirando al surco, comienza á echar sus cuentas. Y ve desfilar diez años de hacer surcos en vano y siembras al viento. Y le dá un desmayo. Y, al volver en sí, se encuentra como enterrado en el surco, y ó se muere de veras, exclamando: «¡Alasno muerto la cebada al rabo!» ó... ¡se tiende en el surco! frase gráfica, comprensiva de una actividad constante, y de una desgracia más constante todavía.

Y al llegar aquí vuelve á enredarse el ovillo, y me pregunto:

—¿Pero como es posible que España sea tan pobre?

¡Qué no hicieron por poseerla los diferentes pueblos de la tierra! ¡Qué maravillas de su suelo no nos cuentan los geólogos! Nada. España es rica y los españoles unos perdidos. Y vuelta á creer que el lio se ha deshecho.

Pero, en seguida, vuelve á enredarse.

Porque me acuerdo del muelle de la Habana, del de Buenos-Aires, del de Montevideo, del de Lima, del de Veracruz, y donde quiera que vea un español, con porvenir por delante, allí encuentro un prodigio de actividad, de fuerza, de movimiento de trabajo y de esperanza.

Entonces exclamo, volviendo á enredar la madeja:

—No: no son los españoles perezosos, sino desengañados y aburridos. ¿En qué parte del mundo ha llovido más oro en pasta que en España? A torrentes venía de América, por aquí ha pasado... ¿Dónde está?

La pobreza general lo ha consumido ante la extranjera industria, que se lo ha cambiado por vestidos, por armas y por todos sus productos.

Y vuelta á aclararse el enredo.

—¡Vamos!—exclamo—¡ya caigo! Nos falta industria. Somos valientes; somos trabajadores; pero somos unos zopenecos, unos brutos. Protejamos la industria, demóse sus derechos al pueblo, su autonomía.

¡Que si quieres!

La industria protegida, ansía ahorcar á sus protectores, los derechos del pueblo se someten al siguiente dilema: O saqueo ó dictador. O federal ó D. Carlos, y héteme otra vez que somos pobres, porque si no lo fuéramos, estaríamos contentos, seríamos industriales de nuestros naturales productos, crearíamos una riqueza nueva y dejaríamos en paz la suya á los que por otro medio y en otros siglos la adquirieron...

¿En qué quedamos ¿somos ricos ó pobres, haraganes ó activos?

Salgo entonces por esas calles desentredando siempre mi ovillo, y veo:

Un violinista metido á relojero.

Un poeta hecho sastre.

Un sastre, actor.

Un duque, torero.

Un torero, bailarín.

Un bailarín, gimnasta.

Un general oliendo á esencias, chupando caramelos y tocando el arpa.

Un confitero derritiéndose los sesos en la dehesa de Amanuel los domingos, aprendiendo el ejercicio.

Y á todo el mundo fuera de su centro, deduciendo en el acto lo siguiente:

—Justo. Como no hay un cuarto, nadie hace negocio con lo que sabe ó maneja, y tomando á equivocación de oficio y carrera la carencia de premio á sus trabajos, todo el mundo deja lo que sabe y nada le produce, por aquello en que, aunque no halle producto, no encuentra rebajado su propio mérito, ni acibarado el fondo de su alma por las decepciones ó la impotencia.

De todo esto saco que en vano es luchar. Pobre nuestro suelo ó haraganes

nosotros, no hay más que tenderse á dormir y vamos viviendo. A qué escribir, si no se venden los libros. A qué venderlos si no se compran. A qué comprarlos, si no se leen.

¡A dormir! ¡A dormir y á soñar!..

Pero aquí de Perez Galdós.

Dotado de una fortuna bastante independiente para poder vivir con holgura, de vida ejemplar, siendo muy jóven; de gustos sencillos, natural de Canarias, es decir, lánguido en el hablar, tardo en los movimientos y vivo de imaginación, reúne por su posición, por su raza, por sus tradiciones y por sus facultades físicas, todas las condiciones necesarias para formar el tipo de ese perezoso soñador, de ese atleta de entendimiento y parálitico de materia, tal como yo le concibo, bello ideal de mis convicciones españolas, después de largos años de trabajo y de fatiga.

En efecto, no hay nadie que me convenza á mí de que, solo escribiendo literatura, pueda ganarse en España una fortuna, único objeto del trabajo, si este no ha de limitarse eternamente á percibir menos salario que el de un regular barbero. Sin recurrir á tipos históricos y célebres, yo, que llegué á la vida literaria muy jóven, jamás he visto vivir cómodamente á nadie con la buena literatura, porque dicho se está que la mala, como la mía, por sostenerse de la cantidad, y no de la calidad, parécese á la familia de los pobres. No se agota nunca, está al alcance de todos y por todas partes se mete con la importunidad del mendigo, hasta que al fin saca mendrugo. Constante en esta manía, paréceme que corren peligro de muerte todos aquellos amigos ó enemigos míos, si los tengo, que ateniéndose únicamente á cultivar en literatura lo bueno, lo bello, lo provechoso y lo lícito, van encaneciendo y encorvándose bajo el peso de los años, siempre aplaudidos, siempre respetados, pero siempre pobres y eternamente confusos y dudosos sobre el porvenir.

De esta manera he visto vivir aquí á Becker, á Roberts (Roberto), á Rivera, á Monroy, á Viedma, á Carlos Rubio, á Esquivel, etc., contando únicamente en sus vidas por días de reposo ó de fortuna aquellos en que una credencial ganada á tiros, junto al cadalso ó en un calabozo venía por tan distinto sesgo que el literario á premiar no sus talentos, sino sus servicios políticos, cuando no resultaba que, al premiarse estos, quedábanse ellos muy por debajo de algun arrocinado cacique de elecciones, de un general *Bum bum*, de bigotes retorcidos, ó de un constante y servicial amanuense del jefe de paz ó de pelea.

Como vi morir á los muertos, sigo viendo vivir á los vivos.

Castelar no gana una peseta en España, sino de ministro, en lo cual pierde como literato; Gayangos, si no hubiera Lóndres, continuaría enseñando árabe á los que aprender lo quisieran; á Valera, á ese rey de nuestros prosistas y prócer entre doctos, no se le han acercado en su vida más editores que los que le marcan de antemano el asunto, método y hasta las palabras de la proyectada obra, concebida en sus iliteratos y antiartísticos cacúmenes.

Et sic de ceteris.

Pero volvamos á Perez Galdós y digamos algo de sus *Episodios nacionales*, acerca de los que todavía se hallan *in albis* los lectores de la *Revista*.

Toda la charla anterior no es más que la refundición en cuartillas de las razones que yo expongo al autor de los *Episodios nacionales*, cuando, lleno de talento, de imaginación, de modestia y de confianza, viene á verme, reprochándome lo que llama mi pereza, exponiéndome su vida, entregada por completo al estudio, en lo más florido de su edad, y fé ardiente en que trabajando sin cesar, no puede por menos el público de enriquecerle, si sus obras son de agrado. El público, pues, ha de dar la razón á Mefistófeles, que soy yo, ó á Fausto, que es él.

No puedo colocarme en peor lugar ni á él ponerle en sitio más justo.

Veamos ahora quien debe perder.

Yo tengo la ventaja de que apuesto en España y la desventaja de que lo hago sobre obras exquisitas y nacionales.

A mi lado están de diez y siete millones de habitantes, trece que no saben leer, y de los cuatro que restan dos que

no leen más que á duras penas las cartas de sus familias, y la cuenta de sus lavanderas, si las tienen. De los dos restantes solo queda á Perez Galdós uno; pues el otro millon lee de gorra, es decir, pidiendo prestado á la otra mitad los libros que gustan.

Del millon que resta, la mayor parte no lee más que periódicos. Otra no despreciable, primero muere que entrar en una librería. Le han de dar el libro á pedazos, por debajo de la puerta, como el arsénico, por tomas infinitesimales, y mejor prefiere dar 80 reales entrega por entrega, que 8 reales por un libro.

Otra parte muy importante de ese público y quizás la mejor acomodada, incapaz de pedir un ochavo ni cosa que lo valga sin pagarlo, no tiene inconveniente en demandar al autor, antes por el contrario, se pica si no se lo regala, el libro, que aparte de su valor material como papel é impresión, representa sus vigiliadas, sus trabajos, su esperanza, su alimento, su porvenir y su fortuna.

Como se vé, si pierdo mi apuesta no será por cándido.

Pesemos ahora mis desventajas.

Pero estas merecen capítulo aparte.

III.

A pesar de lo que llevo dicho, la afición de leer en España, entre los que leer saben, ha crecido mucho. Además, ningún habla como el habla española dispone de tan numeroso público por la faz de la tierra. Gracias á la intrepidez de nuestros padres, á su dulce manera, relativa con su época se entiende, de colonizar los dominios, el modesto Diccionario de la Academia española, es el libro donde se encierra la expresión obligada de millones de encontrados y distintos pensamientos, así ante la falda del Maladetta, como en las vertientes del Chimborazo, lo mismo en las claras riberas del Tormes que en las apartadas costas del archipiélago filipino.

El porvenir, pues, que debía ser ya presente, de la industria librera española, es magnífico y será estable desde el momento en que haya tratados de propiedad literaria con los países nuestros hermanos, y exista, allí como aquí, el comercio de buena fé.

Apenas hay libro que tenga mediana aceptación en España, que no sea en seguida reproducido de contrabando en Leipzig ó Bélgica y vendido con profusión en las repúblicas ó provincias hispano-americanas. De tal aserto es mayor testigo el mismo Sr. Perez Galdós, pues su apreciada novela *La Fontana de oro*, impresa en Alemania, véndese hoy por miles de ejemplares en América, según noticias. Vése, pues, claro que á los autores españoles solo les faltan editores sin usura y de buena fé, industriales librerías, en una palabra, que exploten por provecho de ambos lo que los extranjeros con su espíritu de arreglo y de administración admirables contemporáneamente ejecutan.

Existe, por otra parte, y en lo que se refiere á la lectura de novelas, otro público de españoles que, digámoslo con franqueza, exceptuando contadas obras, prefieren en francés, en inglés ó traducidas las novelas de Balzac, de Dumas, de Feuillet, de Jorge Sand, de Walter Scott, de Dickens, de Bulwer, de Manzoni, de Goethe, etc., á esas tremendas majaderías históricas ó cursilerías de costumbres que por á qui publicamos, para encanto de porteras, asombro de campesinos, ó entretenimientos pecaminosos de estudiantes y educandas. Pues bien, todo ese público que es sensato, agotado el repertorio que ya conoce, preferirá, de seguro, novelas buenas españolas, en esta tierra del *Lazarillo de Tormes* y del *Quijote*, á las escritas en extraño idioma y con no muy comprensibles argumentos en una sociedad distinta.

Para esto solo falta sentido común en el concebir, ternura, natural valentía, fecunda riqueza, magia de estilo, asuntos populares, conocimiento de las épocas, facilidad en la concepción, atrevimiento ó novedad en los detalles, madurez en los juicios, galanura y verdad en las formas, ligereza en el relato y todas esas mil y mil cualidades que han hecho siempre de la novela pasto sabroso para el espíritu, encantador enigma para el entendimiento y dulce delicia en los momentos de ocio para las imaginaciones ricas y los ánimos solitarios.

Ahora bien, pocas novelas reunirán estas cualidades tanto como las del autor de *Fontana de oro* y de *El Audaz*, que aun no habiendo llenado, á nuestro humilde juicio, las expuestas condiciones, ya dejaron ver, al publicarse en esta *Revista* las nada comunes dotes de su autor para tan difícil género de trabajo.

Intachables como estilo, con muy pocas semejantes en algunos de sus cuadros de costumáres, llenas de verdad y de frescura, magistralmente dibujados sus principales tipos, solo se resintieron aquellas obras de lo poco meditado del plan y de alguna lentitud ó futilidad en la trama, pero dejando ver desde el momento un estilista de primer orden, un observador atento, un espíritu recto y atrevido con modernas aspiraciones; instrucción abundante y fines intencionados y justos, ya políticos, ya sociales.

Todas estas cualidades se unen en el Sr. Perez Galdós á una vocación literaria impenitente, á una asiduidad constante, á una modestia exquisita y á una gran fé en su patria y en su arte; así es que, abandonando con desden la política, encubridora á veces de medianías y fácil protectora de buscones, lanzóse de lleno al cultivo de sus gustos, emprendiendo por sí solo, como autor y editor la publicación de estos *Episodios nacionales*, imitación en la manera de exponerlo, de las novelas de Erkman Chatrian, que profusamente traducidas, no hay español que no conozca.

Abordando sus asuntos por el comienzo del siglo, hirió la mente de nuestro novelista la derrota-poema de Trafalgar, fin de nuestro poderío marítimo y sacrosanta memoria de heróicos mártires de una política desatentada.

A *Trafalgar* asiste como simple grumete, un chico, criado en la playa de la *Caleta*, en Cádiz, que todo, buque de guerra, cañones, marinos, maniobras, ingleses, política, balas, sangre, naufragos, héroes y patria lo vé, lo oye, le impresiona, le conduce, le admira y lo siente por primera vez de su vida, con el candor y sencillez de la infancia, mezclándose á la irreflexiva alegría del párvulo el primer dolor del hombre y la candente lágrima del patriota.

Desarrollado el plan con bastante método, admirablemente presentados los tipos, principalmente el de *Churruca*, cuya figura inspira el más gran respeto, al mismo tiempo que la ternura mayor, termina el libro con los detalles de tan gran catástrofe, amenizada con las sales de *Gabrielillo*, el grumete-narrador, y tipos cómicos, tales cuales el embustero *Malespina* y otros.

Como modelos de descripciones citaremos la de la salida de nuestra escuadra del puerto de Cádiz, en que lo ennumerativo se une á lo patético, lo sencillo á lo sublime de un modo magistral.

A pesar de tantas difíciles cosas realizadas, echo, sin embargo, de menos en el episodio de Trafalgar, algo de tecnicismo marítimo y soltura en el relato, notándose cierta precipitación en la tercera mitad del libro, causada sin duda por el propósito del autor de encerrar cada episodio en marcado número de páginas.

Desembarazado ya de la presentación del personaje principal en las sucesivas novelas, práctico en el terreno, más en armonía el asunto con sus conocimientos, más novelescos, aunque muchísimo más pequeños, sus personajes, publicó en seguida el Sr. Perez Galdós su segundo episodio titulado *La corte de Carlos IV*.

Esta es una obra casi acabada y perfecta dentro de su género y condiciones ya que el imitador deja atrás á los imitados, con toda la ventaja de color que las paletas de Murillo y de Goya tienen sobre las de Vernet y Delacroix.

Al comenzar á desarrollarse la creación, *Gabrielillo* el grumete de Trafalgar, saliendo de la infancia y de su ciudad natal, encuéntrase en la corte á servicio de la *Gonzalez*, actriz anti-Moratista, y enamorada en secreto de Mañquez. Corren los años de 1807; pero el narrador cree preciso dar cuenta de algunos de los sucesos trascurridos en el bienio pasado, y nos lleva á presenciar el estreno del *Si de las niñas*. Pocos trabajos literarios conocemos tan bien acabados como el susodicho relato. La verdad, la inspiración y la gracia desentieran del mundo de los recuerdos á *choriceros* y *polacos*, con sus odios, sus costumbres y sus extravagancias.

Toda una época muerta nace de pronto a la vista del lector, é innumerables cuadros de costumbres unidos al interés más creciente suceden al de la representación de Moratin. Este, *Comellas la Gonzalez*, *Maiquez la duquesa de...* y *la condesa de...*, fotografiadas en la obra de Perez Galdós con mucha delicadeza y con toda la frescura, la libertad, las pasiones y las intrigas de su tiempo, bajo los fingidos nombres de Lésbia y Amaranta, las costumbres domésticas, las públicas, las cortesanas, las palaciegas hasta en sus menores detalles; toda una sociedad, todo un cementerio vuelven á tomar luz, color, movimiento, vida y formas bajo la potente varita del mago que los evoca, sin que el polvo de las bibliotecas en que ha ido á tomar noticias de tales muertos, encubra un instante la brillantez del color ni la sonrosada tinta de aquel crepúsculo de un absolutismo agonizante y enfermizo, en lucha desenfrenada con sus recuerdos y que iba á morir entre las convulsiones de toda clase de anarquias, así políticas y científicas como literarias, morales y domésticas. El cándido y pueril amor de *Gabrielillo* por la virtuosa *Inés*, cuya misteriosa, púdica, inteligente y franca imagen es una concepción del cada, figura de mujer santa y buena, colocada con gran intención al lado de las libres que en la corte de Carlos IV pululan; el valiente retrato del gran *Maiquez* y su apasionado amor por *Lésbia*; la afición ignorante de *Gabrielillo* por *Amaranta*; la magistral y petulante figura del viejo diplomático: la angelical pintura del *Padre Celestino*, eterno pretendiente optimista; la simbólica y enérgica del amolador *Chinitas*; toda la historia, episodios, y personajes de la conspiración del Escorial, en que el hijo se vuelve contra su padre y trata de deshonorar á la que con aquel comparte el poder el lecho; la dramática noche en que en casa de *Lésbia* y con ella representa *Maiquez* el *Otelo* y que forma el desenlace de las mil historias encerradas en este episodio, son, á mi ver, no solo felicidades de una imaginación rica, sino también sorprendentes revelaciones de un escritor concienzudo, de un espíritu observador, sano y poético, que logra encerrar estas condiciones bajo la simpática malla de un estilo apto para todos los tonos, generos y dificultades.

No sabemos cuántos ejemplares habrá tirado el Sr. Perez Galdós de este Episodio; pero en cualquier país donde se leyese, y en el tiempo transcurrido desde su publicación, la primera edición, por abundante que hubiera sido, se hubiera ya agotado.

Fué una fortuna para mi leer el tercer Episodio, ó sease *El 19 de Marzo y el 2 de Mayo*, pues los recibí á un tiempo, inmediatamente que el anterior, porque confieso que mi impaciencia y curiosidad hubieran sido muchas en el mes de interregno que el editor-autor ha establecido para publicar cada tomo.

Comienza la acción en Marzo de 1808. El infantil grumete y adolescente criado desengañado de mentidas ambiciones, comienza á emprender actitudes más independientes, é ingresa en el pueblo trabajador y en la civilización futura, dedicándose al oficio de cajista. La política se va acentuando, la intervención de Francia comienza á pesar sobre España, derrúmbase el poder de Godoy, triunfan las artimañas de Fernando, los galanteos comienzan á convertirse en catástrofes, el descuido en malestar, los crímenes en castigos; bailes en motines, los motines en sangre, el episodio en momento crítico, la narración en novela, la novela en drama, el drama en tragedia y la tragedia en poema.

En un librito de 300 páginas, y entre las mil contrariedades de los amores de *Gabrielillo* é *Inés*, la ola política social va avanzando hasta terminar en salvaje tempestad, de iniquidades por un lado, de heroísmo y virtudes por el otro. Jamás asunto tan grande se ha encerrado en libro más pequeño, ni personajes más humildes y sencillos dado cuenta de tan grandes cosas.

Como si el escritor se excediese á sí mismo con el contacto de tan levantada atmósfera, aparecen tres nuevos personajes, los avaros tios de *Inés* y el *mancebo*, cuyos caracteres, colorido, costumbres y personas, en nada tienen que envidiar por lo exacto con respecto á la verdad, y por lo típico con respecto á los seres humanos, á las acabadas creacio-

nes de Dikens, ese Velazquez de los novelistas.

No haya miedo de que yo exagere. Ahí está el libro del Sr. Perez Galdós para responder de lo que digo, é invito, al que de parcial me trate, á discutir mis asertos.

Prosíguese desarrollando la acción, asistiendo el lector á la entrada en Madrid de los franceses y de Fernando VII, ese *Sol del mundo*, como le llamaba la *Primorosa*, tipo acabado de la manola de Madrid, así como *Pujitos*, embrión del futuro miliciano, hasta que al fin amanece el glorioso cuanto horrible día 2 de Mayo.

Los que quieran tener una idea de aquellos sublimes instantes, no con referencia al historiador ó al poeta, sino ejecutados y narrados por ese mismo pueblo que los llevó á cabo, acudan á leer en el libro del Sr. Perez Galdós la relación de *Gabrielillo*, tanto durante el combate como en aquella *noche, lóbrega noche*, negro crespón de tan funerarío día.

El amolador *Chinitas*, personificación acabada de nuestro inteligente pueblo, que veía venir los sucesos, sucumbe junto á Daoiz y Velarde, á cuyo lado se batea la *Primorosa* y *Gabrielillo*.

El santo *D. Celesino*, que nunca ha comprendido que se pueda matar un pollo, también cae prisionero, no al herir ni al matar, sino al comunicar á sus conciudadanos el santo amor á la patria, abriendo para sus agonías dos anchas puertas en el cielo: la de los mártires y la de los patriotas.

Imposible es trascribir la animación, grandeza y sencillez del cuadro del señor Perez Galdós; así es que, abandonando sinceramente el deber de su alabanza, transmito mis juicios á las impresiones que el lector halle en su lectura.

IV.

Tales son, á la ligera narrados, los argumentos de los tres *Episodios nacionales* que hasta ahora lleva dados á la estampa el autor de *La Fontana de oro*.

Como antes dijimos, en su estructura imitan las novelas de Erkman Chatrion, y exceptuando *Trafalgar*, según mi humilde opinión, superan, tanto en la forma, como en el asunto, á las obras de estos.

Dos son los autores que en las novelas francesas colaboran, limitándose uno á la delineación del plan y rebusco de materiales conducentes á él, y otro á la manera de exponerlo bajo formas literarias.

Según se vé, esta división del trabajo disminuye las dificultades, para las cuales se basta solo el Sr. Perez Galdós.

Concretáanse, además, las novelas citadas á narrar los episodios del primer imperio, resultando la censura de sus glorias militares; pues el quejido del pueblo y la sangre inútilmente vertida por las ambiciones del gran tirano, son el sentimiento y el color de los diversos asuntos.

La tarea del Sr. Perez Galdós es más noble, más novelesca, más simpática y más grande.

En *Trafalgar* figuran héroes, irresponsables ante la historia, y en los dos restantes *Episodios* asiste el lector á las convulsiones de una sociedad decrepita, y vé á un pueblo abandonado por todo el mundo á las garras potentes del águila imperial revolverse gigantesco y terrible luchar con ella, derrocarla y abatirla, creando al mismo tiempo sus libertades y dando magnífico ejemplo de grandeza á las demás naciones.

Mientras en las producciones francesas el *conscripto* humilde marcha resignado bajo la potente diestra de su emperador, en las narraciones españolas, el ignorante pueblo herido en su dignidad y no creyendo en la vileza de su propio soberano, sin marina, sin ejército, sin educación, sin práctica de negocios, solo por un sentimiento de hidalguía y de grandeza, cubre á su indigno rey con el manto de la patria, ante ella se inmola, por ella combate y triunfa, y después de tan grandes y espontáneas hazañas, olvidase de sí mismo, personificando en Fernando VII todos sus triunfos y todo su heroísmo, para ser después engañado y vendido en sus esperanzas y derechos, como antes lo fuera en la dignidad é independencia patrias.

Tal es y tal será en los cuadros suce-

sivos, á juzgar por los títulos anunciados, el objeto de los *Episodios nacionales* del Sr. Perez Galdós, con los cuales quedan sobrepajadas en grandeza é interés las narraciones francesas de semejante índole.

Dejo, pues, bastantemente probado, que los *Episodios nacionales* de que me ocupo, son notables obras del ingenio, y que deben ser popularísimas en España.

Sobre la gloria que toda la prensa al autor concede, jlogrará el editor, que es el mismo, acumular los beneficios que en otro cualquier país consiguen tales ramos de literatura?

¡*Taht is the question!*

Esta es la cuestión que corresponde al desenredo de mi ovillo, pues cansado estoy de ver que obras que todo el mundo alaba, en nada han enriquecido á sus autores.

V.

He concluido.

Después de escritas estas enojosas cuartillas, caigo en la cuenta de que el señor Perez Galdós dirige *La Revista de España*, donde han de ver la luz pública, según mi ignorada voluntad.

Peor para su modestia, que es mucha, tener que leer estos laudatorios renglones míos, en los que aseguro se refleja débilmente mi admiración por sus obras, y sobre todo, por su fé en el arte y en el trabajo.

Volviendo al enredo de mi ovillo.

¿Venderá el Sr. Perez Galdós la cuarta parte de libros que han vendido en Francia los editores de las novelas Erkman Chatrion?

Para la contestación suplico el coche propio; pues solamente así podré creer en semejante *Episodio nacional*.

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

Ha sido nombrado cónsul general de Austria en Lisboa el Sr. Jorge de Martyrto, que lo era antes en Corfú.

Del día 6 al 12 de Noviembre, hubo en Viena nueve casos de cólera, falleciendo cuatro atacados.

Ha fallecido en el castillo de Holik, cerca de Praga, el feld-mariscal austriaco, príncipe Eduardo de Schwarzenberg.

El presidente de la comisión francesa de la exposición universal, Sr. Sommerard, ha recibido del emperador de Austria la cruz de la Corona de Hierro de primera clase.

En el próximo aniversario de su proclamación, el rey de Austria piensa conceder una amnistía general en todos sus dominios.

Desmiéntese oficialmente el rumor de crisis en el ministerio de Croacia.

Ha sido concedido el *exequatur*, nombrando cónsul otomano en Semlin á Tizio Effendi.

Ha llegado á Viena el conde Andraszy, presidente del ministerio austriaco.

Nuestro representante en París comunicó ayer al señor ministro de Estado la constitución del nuevo ministerio francés bajo la base de la entrada de los orleanistas en el poder, permaneciendo en sus puestos los ministros bonapartistas. Así, los Sres. Magne y Descilling continúan al frente de los departamentos de Hacienda y Agricultura, pasando el duque de Broglie al Interior, Dearus á Negocios extranjeros, Jouston á Instrucción pública, Larcy en Obras públicas y Depeyre en Justicia y Cultos.

Las últimas noticias de Pesth dan como cierta la dimisión de los ministros Szlary y Kerkapoli. La llegada del emperador de Austria á la capital de Hun-

gría debía ser la señal de esta noble retirada.

La *Prensa* de Viena apela con este motivo á la circunspección y al buen sentido político del partido liberal húngaro, y confía en que no abandonará su posición dominante, cumpliendo un acto de abnegación que le exigen las circunstancias.

La retirada del ministro Szlary sería ciertamente un golpe funesto para el partido liberal húngaro.

Un telegrama de Posen dice que el 21 se presentó el inspector Koenig en el palacio archiepiscopal, para realizar el embargo de lo que allí encontrase, á nombre del tribunal civil que ha condenado á monseñor Ledochowki. Los agentes de la autoridad se llevaron los muebles de tres aposentos de palacio.

La *Gaceta de Londres* ha publicado el Real decreto que convoca al Parlamento británico para el 5 del próximo Febrero. Anúnciase que la Reina Victoria ha expresado el deseo de asistir en persona á la inauguración de la nueva legislación parlamentaria, suponiendo que el estado de su salud se lo permita.

Ayer se recibió en el ministerio de Estado del correo de China, que alcanza al 18 de Setiembre, en cuya fecha nada de particular ocurría en aquel país que merezca especial mención.

En la sesión que celebró el día 23 la Asamblea de Versalles, el duque de Broglie leyó la siguiente carta del mariscal Mac-Mahon:

«Cumpro el grato deber de expresaros mi reconocimiento por la alta prueba de confianza que acabais de darme.

Al confiarme por siete años el depósito del Poder ejecutivo, habeis querido dar á Francia la seguridad, garantía necesaria de su engrandecimiento.

Corresponderé á vuestros deseos, y siempre encontrareis en mí un firme sosten del orden y un fiel defensor de las decisiones de la Asamblea nacional.»

Pildoras Holloway.—Las curas de debilidad, afecciones de la bilis y desórdenes del estómago é higado obtenidas por este inapreciable medicamento son tan sorprendentes y tan bien conocidas en el mundo entero que el ha llegado á considerarse como superior á todos los demás remedios, particularmente para la curación de las afecciones del higado, los ataques de bilis, los desarreglos de estómago, la hidropesía y la debilidad física. Los efectos beneficiosos de las Pildoras Holloway en las indicadas enfermedades son permanentes y duraderos, consistiendo en renovar todo el sistema, fortalecer los órganos de la digestión y facilitar la respiración. Por medio de la acción de esta medicina la secreción y la circulación son libradas de esas partículas morbosas de que nacen las inflamaciones, los dolores, las fiebres, y el decaimiento físico; de suerte que puede decirse que las Pildoras Holloway, con sus propiedades purificantes, destruyen la virulencia de las más terribles de las dolencias.

Agua circasiana.—Toda la prensa extranjera y todos los médicos más eminentes recomiendan el uso del agua circasiana como la única infalible para devolver á los cabellos blancos su primitivo color y fuerza juvenil: copiamos la opinión de un célebre doctor á este respecto.

«Uno de los mayores inconvenientes que hay en el empleo de las tinturas, es la grande irritación que causan en los tubos capilares y que dan lugar á la caída del cabello: estos inconvenientes fueron los primeros que llamaron la atención de los inventores del agua circasiana, y su vieron la grande fortuna de hallar un preparado que, no solo es completamente inofensivo, sino que reúne la mayor eficacia y simplicidad en su uso.»—Firmado, *Dr. Duval*.

SECCION DE ANUNCIOS.

A TODOS LOS QUE SE BAÑAN Ó HAYAN BAÑADO
GRANDIOSO DESCURRIMIENTO VEJETAL.



Las aguas todas, sin excepcion, atacan los cabellos en su base o superficie, los deslustran, enredan, asperecen, ponen quebrecidos y pegajosos, y con frecuencia son el origen de prematuras canas, es, ónices y alopecias, totales ó parciales, si no se usa durante un mes despues.

El ACEITE DE BELLÓTAS CON SAVIA DE COCO, llamado en las Américas la Biblia del tocador y de la clínica por sus admirables propiedades higiénico-medicinales, contiene la caída, lustra y des enreda en el acto, reproduce el perdido, oculta y precave las canas, limpia el cuero de caspa, erupciones; y poniéndose unas gotitas en los oídos antes de tomar el baño, se evitan sorderas, zumbidos, dolores de cabeza, cefalalgias.

Se vende en 2,500 farmacias, droguerías y perfumerías del globo, y en la fábrica, calle de la Salud, 9, pral. y Jardines 5, Madrid, á 6, 12 y 18 rs. frasco con prospecto y busto en la etiqueta, para no ser víctimas de ruines falsificadores. Está recomendada por médicos y 800 periódicos. Inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor universal.

Hay café de bellotas con almendra de coco, para curar en una hora la diarrea, dienteria (pujos). Admirable para viaje, 12 rs. libra, 6 media, en cajas.

BLANCO NIEVE DE CLEOPATRA

COLORIDO HUMANO O ROSA DE CLEOPATRA

Un rostro blanco sólo, exento de pecas, arrugas, manchas, espinillas ó ligeramente sonrosado, es como un rayo de sol que se presenta en un hermoso paisaje.

La blancura, la flexibilidad, la transparencia y la lozanía del cutis, son condiciones indispensables para la hermosura completa de la mujer.

Con estos dos higiénicos y mejorados descubrimientos, que estubo usando por espacio de cuarenta años esta célebre y bellísima reina de Egipto, consiguió acabar la carrera de la vida con los ojos, la dentadura y toda la superficie de su cuerpo como la misma Hebe, ó diosa de la juventud.

Precio: 24 rs. frasco de ocho onzas de cabida, del Blanco, y 24 del colorido humano. Uso: se agita bien el frasco; se da con un pañito ó esponjita y con otro se extiende á voluntad.

Exijase este busto en la etiqueta para evitar fraudes de este sin rival cosmético. Salud, 9, principal, y Jardines 5, Madrid, y en 2,500 farmacias, droguerías y perfumerías. El perfeccionador, L. de Brea y Moreno, inventor acreditado.

AGUA DE COLONIA, SUPREMA, JOHANN MARIA FARMA,

Rei dem Julisch Plaz in Coln.

REPRESENTACION EN MADRID, JARDINES, 5.

- Perfume persistente y agradable.
- Gotas en lumbré exahuma el aposento.
- Fricciones en púvda vida genitil.
- En agua estrecha é impide la sífilis.
- Gotas en thé para flatos y estómago.
- Cucharadita en agua para vómitos.
- En frotaciones quita el cansancio.
- En baño tonifica y forta ece.
- En agua lustra y suaviza el cutis.
- Para, quita dolor de muelas en el acto.
- Un chorrito en agua aclara la vista.
- 5 rs. frasco, 2 botella y 12 cuartillo.
- Han llegado 5.000 litros.—Calle de Jardines, núm. 5, Madrid.

NO MAS REINA DE LAS TINTAS.

Nuevos inventos para escribir el comercio.

- TINTA de lila, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.
- TINTA azul, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.
- TINTA roja, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.
- TINTA verde, 6 rs. frasco, 11 cuartillo.
- TINTA negra, 4 rs. frasco, 7 cuartillo.
- TINTA cornalina, 1 rs. frasco, 2 cuartillo.
- TINTA diamantina, 10 rs. frasco, 2 cuartillo.
- Soa aromáticas, no se alteran, secan en el acto, y dan duración á las plumas.
- Frasquitos de todos colores, para prueba, viaje y bolsillo, á real.
- Jardines, 5, y Salud, 9, bajo.—35 por 100 de descuento.—L. Brea, inventor.

PRIMER DSCUBRIMIENTO DEL MUNDO,

DE LOS CONOCIDOS DESDE SU ORIGEN.

LEED UN SABIO DOCUMENTO EXPEDIDO A FAVOR DEL INVENTOR DEL ACEITE DE BELLÓTAS CON SAVIA DE COCO.

D. Silverio Rodriguez Lopez, licenciado en medicina por la Universidad de Salamanca, y en cirugía por la de Madrid, fundador é individuo de varias sociedades científicas, médico del ejército y de la Armada, etc., etc.

Certifico: Que he observado los efectos del Aceite de bellotas con savia de coco equatorial, invencion del Sr. L. de Brea y Moreno, y hallado que es efectivamente un agente higiénico y medicinal para la cabeza, utilísimo para prevenir, aliviar y aun curar varias enfermedades de la piel del cráneo é irritación del sistema capilar, la calvicie tina, herpes, usagre, dolores nerviosos de cabeza, gota, reumatismo, llagas, males de oídos, vicio verminoso, y segun experiencia de varios profesores, distinguiéndose entre otros el Dr. Lopez de la Vega, es un epecial adest. Aceite para las heridas de cualquier género que sean; es un verdadero bálsamo, cuyos maravillosos efectos son conocidos; puede reemplazar tambien con ventaja al Aceite de hígado de bacalao, en las escrófulas, tisis, raquitismo, en las leucorreas y otras muchas afecciones; recomendando su uso en las enfermedades sífilica, como muy superior al «Bálsamo de Copaiba», y en general en toda enfermedad que esté relacionada con el tejido capilar que refresa y fortifica. Pueden asegurarse, sin falta, en lo más mínimo á la verdad, que el Aceite de bellotas es un excelente cosmético medicinal indispensable á las familias. Y á petición del interesado hoy la presente en Madrid á ocho de Setiembre de mil ochocientos setenta.—Silverio Rodriguez Lopez.

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en 250 droguerías, perfumerías y farmacias de todo el globo, con mi nombre en el frasco, cápsula, prospecto y etiqueta, por haber unes é indigno falsificadores. Dirigirse á la fábrica para los pedidos calle de la Salud, número 9, ctoz. pral. y bajo, y Jardines 5, Madrid, á L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas.

COMPANIA GENERAL TRASATLANTICA. VAPORES-CORREOS FRANCESES.

1.º El 7 de cada mes, servicio directo de Saint Nazaire á Fort de France, La Guayra, Saranilla y Colon.

—Servicios en combinacion desde Fort de France á Saint-Pierre, Basse-Terre, Pointe á Pitre, Santa Lucia, San Vicente, Granada, Trinidad, Démerari, Surinam y Cayena.

—Servicio desde Panamá hasta Valparaiso con escala en Guayaquil, Payta, San José, Callao, Islay, Arica, Iquique, Cobija, Caldera y Coquimbo.

2.º El 20 de cada mes, servicio directo de Saint-Nazaire á SANTANDER, San Tomas, LA HABANA y Veracruz.

—Servicios en combinacion desde San Tomas hasta Guadalupe, Martinica, PUERTO-RICO, Cap Haitien, SANTIAGO DE CUBA, Jamaica y Colon.

3.º Servicio en combinacion desde Panamá para Ecuador, Perú, Chile, América Central, California, etc.

4.º Salidas del Havre ó de Brest para Nueva-York:

Del Havre: 24 de Octubre, 7 y 24 de Noviembre; 5 y 19 de Diciembre.

De Brest: 26 de Octubre; 9 y 23 de Noviembre; 7 y 21 de Diciembre.

Dirigirse para mayores informes, billetes, fletes, etc., en Madrid, Paseo de Recoletos, núm. 9, y Puerta del Sol, núm. 9.

En Santander, Señores hijos de Dóriga.

En París, en el Grand hotel, (boulevard des Capucines 12.)

En Saint-Nazaire, á M. Bourbeau, agente.

Y en las principales poblaciones de la Península á los agentes de la compañía de seguros El Fénix Español.

CUARTANAS, TERCIANAS, INTERMITENTES, CURADAS POR LAS FEBRIFUGO-INFALIBLES PILDORAS

DE FERNANDEZ, único que ofrece la devolución de las seis pesetas que cuestan las cajas si no curan, por rebeldes que sean, sin que un solo caso falle.

Pedir prospectos detallados á los autores Fabian Fernandez, Calzada de Oropesa, y Pablo Fernandez, Madrid, Ruda, 14, boticas, los que rebajan por mayor y remiten Valencia, Cabello; Zaragoza, Ritos; Logroño, Zardoya; Pamplona, Esparza, Canarias Las Palmas, Lizana; Puerto-Rico, Mayaguez, Noguera; Málaga, Calvet.

PALMERSTON RESTAURANT OLD BROAD STREET LONDRES.

El mayor elogio que puede hacerse del único establecimiento español que hay en Londres, es que no lo frecuenta una persona que no vuelva al mismo. Diariamente se encuentran en él familias de las principales casas de España.

Veinte años de éxito atestiguan la eficacia de este potente derivativo recomendado por los primeros médicos de Europa. Una ó dos aplicaciones son suficientes y no cae san sino un poco de picazon. Depósito en Madrid, L. Ferrer y C.ª, Montera, 51, principal; Chicote, Ancha de San Bernardo, 41; Gáliz, Cárnuch, 41.

Jarabe vegetal del Dr. Chable, de París, para curar sarpullidos, derramamientos, enfermedades venéreas, baños minerales, pildoras, pomada anti-herpética.—Depósito en Madrid Ferrer y Compañía, Montera, 51 principal.



VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

VARIACION DE SERVICIO DESDE ABRIL DE 1873.

LINEA TRASATLANTICA PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salidas de Cádiz el 30 de cada mes.
Salidas de Santander el 15 de id.
Salidas de Coruña el 16 de id. (escala.)

LINEA DEL LITORAL EN

COMBINACION CON LAS SALIDAS TRASATLÁNTICAS

Salidas de Barcelona el 29 para Valencia, Alicante, Cádiz, Coruña y Santander; y de Santander el 16 para Coruña, Cádiz y Barcelona.

AGENTES.—Cádiz, A. Lopez y C.ª; Barcelona, D. Ripol y C.ª; Santander, Perez y García; Coruña, E. Da Guarda; Valencia, Dar y C.ª; Alicante, Faes hermanos y C.ª; Madrid, Julian Moreno, Alcalá 28.

PILDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY.

PILDORAS HOLLOWAY.

Estas pildoras son universalmente consideradas como el remedio mas eficaz que se conoce en el mundo. Todas las enfermedades provienen de un mismo origen, á saber: a impureza de la sangre, la cual es el manantial de la vida. Dicha impureza es prontamente neutralizada con el uso de las pildoras Holloway, que, limpiando el estómago, los intestinos, producen, por medio de sus propiedades balsámicas, una purificación completa de la sangre, dan tono y energía á los nervios y músculos, y fortifican la organización entera.

Las pildoras Holloway sobresalen entre todas las medicinas por su eficacia para regularizar la digestión. Ejerciendo una acción en extremo salutar en el hígado y los riñones, ellas ordenan las secreciones, fortifican el sistema nervioso, y dan vigor al cuerpo humano en general. Aun las personas menos robustas pueden valerse, sin temor, de las virtudes fortificantes de estas pildoras, con tal que, al emplearlas, se atiendan cuidadosamente á las instrucciones contenidas en los opúsculos impresos en que va en vuelta cada caja del medicamento.

UNGUENTO HOLLOWAY.

La ciencia de la medicina no ha producido, hasta aquí, remedio alguno que pueda compararse con el maravilloso Ungüento Holloway, el cual posee propiedades asimilativas tan extraordinarias que, desde el momento en que penetra la sangre, forma parte de ella; circununciando con el fluido vital expulsa toda partícula morbosa, refrigera y limpia todas las partes enfermas, y sana las llagas y úlceras de todo género. Este famoso Ungüento es un curativo infalible para la escrófula, los cánceres, los tumores, los males de piernas, la rigidez de las articulaciones, el reumatismo, la gota, la neuralgia, el ic-doloroso, y la parálisis.

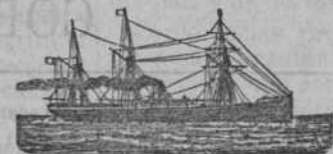
Para asegurar la curación rápida y permanente de las enfermedades, conviene siempre que se tomen las Pildoras al mismo tiempo que se emplea el Ungüento.

Cada caja de Pildoras y bote de Ungüento van acompañadas de amplias instrucciones en español relativas al modo de usar los medicamentos.

Los remedios se venden, en cajas y botes, por todos los principales boticarios del mundo entero, y por su propietario, el profesor Holloway, en su establecimiento central 535, Oxford Street, Londres.

THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY.

COMPANIA DE NAVEGACION. POR VAPOR AL PACIFICO.



LINEA REGULAR SEMANAL.

VAPORES-CORREOS INGLESSES

PARA RIO-JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS-AIRES, VALPARAISO, ARICA, ISLAY, CALLAO DE LIMA Y TODOS LOS PUERTOS DEL PACIFICO

tocando cada 15 dias en Pernambuco y Bahía.

Salidas... (De Liverpool todos los miércoles. De Santander. } una vez al mes.
(De Burdeos todos los sábados. De Coruña. }
(De Lisboa todos los martes. De Vigo. } dos veces al mes.

De Madrid, sábados. Los pasajeros 1.º y 2.º pueden anticipar salida.

PRECIO de los billetes.	A Pernambuco, Bahía ó Rio-Janeiro.			A Montevideo y Buenos-Aires.			A Valparaiso, Arica, Islay ó Callao.		
	1.º	2.º	3.º	1.º	2.º	3.º	1.º	2.º	3.º
Desde Madrid (via Lisboa).....	2075	2060	1053	3441	2060	1149	6505	4166	2681
Santander, Coruña ó Vigo.....	2940	1960	1175	3430	1960	1175	7345	4900	2940
Lisboa.....	2700	1960	1175	3430	1960	1175	6700	4200	2800

Los magníficos buques de esta Compañía reúnen todas las comodidades y adelantados conocios. Trato inmejorable. Los señores pasajeros que teniendo tomado billete quieren diferir su marcha, pueden hacerlo avisando á la agencia.

AGENTES CONSIGNATARIOS.—Santander, C. Saint-Martin.—Coruña, José Pastor y Compañía.—Vigo, M. Bárceña y hermano.—Lisboa, E. Pinto Basto y compañía.

Para informes, tomar pasaje y fletes, dirigirse al agente general de la Compañía

L. RAMIREZ, CALLE DE ALCALA, 12, MADRID.

PLUS DE COPAHU

JARABE DE HIERRO del Dr. Chable de París para curar Gonorrhéas, Debilidades del canal y Pildas de las venas.—Inyección Chable.—Depósito en Madrid, Ferrer y C.ª, Montera 51 pral.

